



A la deriva
penelope fitzgerald



Lectulandia

Inspirada en la vida real, *A la deriva* rinde homenaje a quienes en los años sesenta emprendieron una azarosa aventura personal, una nueva forma de vida, pero terminaron por ser arrastrados por la corriente.

Penelope Fitzgerald (1916-2000) escribió su primera novela en 1977, y desde entonces su trayectoria literaria suscitó el elogio de la crítica y el reconocimiento del público. *A la deriva* fue galardonada con el prestigioso *Booker Prize* en 1979.

Lectulandia

Penelope Fitzgerald

A la deriva

ePub r1.0

Titivillus 19.06.15

Título original: *Offshore*
Penelope Fitzgerald, 1979
Traducción: Catalina Martínez Muñoz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Al Grace
y a quienes navegaron en él.

che mena il vento, e che batte la pioggia,
e che s'incontran con sì aspre lingue.

—¿Debemos deducir que *Dreadnought* nos está pidiendo que mintamos? —preguntó Richard.

Dreadnought asintió, satisfecho de que lo hubieran comprendido tan fácilmente.

—Sólo para cerrar la venta. Parece ser el único modo de resolver mis problemas. Si todos los aquí presentes acordamos no mencionar dónde está la filtración principal, o mejor dicho, si no decimos nada a menos que nos lo pregunten directamente...

—¿De verdad quieres que digamos que el *Dreadnought* no hace agua? —inquirió Richard con ostensible impaciencia.

—Ésa es una forma demasiado brusca de decirlo.

Todas las reuniones de los propietarios de los barcos, en virtud de un movimiento tan natural como las propias mareas, tenían lugar en el magnífico dragaminas de Richard. El *Lord Jim*, un auténtico reproche para los aficionados, impecablemente pintado de gris, eclipsaba al resto de los barcos y casi los doblaba en tonelaje, tal como Richard, con su elegante americana azul marino, dirigía la reunión. Aunque en modo alguno deseaba él esta responsabilidad. Vivir en el muelle de *Battersea*, frente a viviendas de excelente calidad y bajo la vigilancia de las autoridades del puerto de Londres, exigía sin duda un comportamiento determinado. Richard era el último hombre sobre la tierra o el mar dispuesto a imponerlo. Pero alguien debía hacerlo. El deber es eso que todo el mundo prefiere eludir llegado el momento. Por fortuna, Richard no necesitaba definirlo. Los servicios prestados durante la guerra en la Reserva de Voluntarios de la Marina y su carácter, antes y después de esta circunstancia, ya lo habían hecho por él.

Richard ni siquiera deseaba presidir la reunión. Se habría sentido mucho más cómodo con un pequeño comité, pero los dueños de los barcos, algunos de los cuales en realidad no eran tal cosa sino arrendatarios, no eran proclives a constituirse en comités. Entre el *Lord Jim*, amarrado casi a la sombra de Battersea Bridge, y las viejas gabarras de madera del Támesis, situadas a doscientas yardas río arriba, junto a los muelles del vertedero y la fábrica de cerveza, mediaba un gran abismo. Quienes vivían en los barcos, criaturas que no eran ni de agua ni de tierra firme, hubieran preferido ser más respetables de lo que eran. Aspiraban a establecerse en la orilla de Chelsea, donde a comienzos de la década de 1960 vivían muchos miles de personas entregadas a ocupaciones dignas por las que percibían unos ingresos razonables. Pero, angustiados por esa suerte de incapacidad para ser como los demás, terminaron por irse a pique junto a todo lo que arrastra la corriente, hasta hundirse en los enfangados amarraderos de aquel río expuesto al azote de fuertes mareas.

En un sentido biológico cabía decir de ellos, como de cualquier criatura sometida al influjo de las mareas, que habían superado con éxito la selección natural. No era

fácil desalojarlos. Pero vender el barco, abandonar el muelle, parecía una decisión desesperada, como la de los anfibios cuando, en las primeras etapas de la historia de la vida, se establecieron en la tierra. Muchas de estas especies perecieron en el intento.

Richard, lanzando una mirada en derredor de su sólida mesa chapada en metal, tuvo la impresión de que todos mostraban una actitud irreprochable. No parecía haber manera de evitar la situación, y puesto que Willis había solicitado que se discutiera su caso, Richard recabó opiniones con sumo rigor.

—¿*Rochester*? ¿*Grace*? ¿*Bluebird*? ¿*Maurice*? ¿*Hours of Ease*? ¿*Dunkirk*? ¿*Relentless*?

Richard procedió tal como la situación exigía al dirigirse a ellos por los nombres de sus respectivas embarcaciones, pues técnicamente hablando estaban en puerto. Maurice, un muchacho encantador, comprendió nada más llegar al muelle que Richard nunca abandonaría esta costumbre y, en consecuencia, todo el mundo lo llamaría *Dondeschiepolschuygen IV*, nombre que aparecía escrito con letras doradas en la proa de su barco. Por eso decidió rebautizarlo, y lo llamó *Maurice*.

Nadie quería ser el primero en hablar, y Willis, un pintor de marinas de unos sesenta y cinco años, propietario del *Dreadnought*, estaba sentado con las manos apoyadas sobre la mesa y la cabeza inclinada, de tal modo que sólo se le veía la coronilla, con el pelo canoso y de punta. El largo gemido de la sirena de un barco que navegaba río abajo alivió el tenso silencio. Era una señal peculiar del Támesis: estoy a punto de zarpar. La marea estaba subiendo, pero los barcos aún reposaban sobre el fango.

Al oír un leve aunque significativo ruido procedente de la cocina, Richard se excusó con cortesía. Puede que a su regreso sus compañeros estuvieran en condiciones de aportar algo más sobre un asunto tan delicado como el que les ocupaba.

—¿Qué tal, Lollie?

Laura estaba cortando algo en pequeños trozos, con un libro de cocina abierto frente a sí. Le lanzó una mirada cansada, amplia, una mirada cuyos horizontes seguramente estaban delimitados por muchas hectáreas de campos de labranza y prados. Richard sabía bien que, por lealtad hacia él, Laura jamás se quejaba por el hecho de vivir en un barco en el centro de Londres y no en una acogedora casita. Para evitar tentaciones Laura visitaba a su familia una vez al mes y les contaba que en el Támesis vivía gente muy divertida. Pero entre ellos no fingían. Y, sin embargo, Richard, que siempre cerraba sin pesar cualquier capítulo de su vida una vez concluido, que se complacía en encontrar una explicación racional para todas las cosas, no era capaz de explicar su apego por el *Lord Jim*. Lo cierto es que tenía dinero suficiente para vivir en una casa, y que las reformas de *Jim* le habían salido muy caras. Y si el río le hablaba mientras dormía, más que cuando estaba despierto, Richard pensaba que no le quedaba más remedio que prestarle atención.

—Ya estamos terminando —dijo Richard.

Laura echó hacia atrás su melena larga y húmeda. Teóricamente, su aspecto dependía de los servicios de un sinnúmero de profesionales: mi peluquero, mi último peluquero, mi médico, mi otro médico al que fui cuando comprobé que el primero no me estaba sirviendo de nada... Pero con o sin sus atenciones, Laura siempre sería hermosa.

—Esta cocina no está tan mal con el nuevo extractor, ¿verdad? —siguió diciendo Richard—. Claro que aún sigue habiendo un poco de humo...

—Te odio. ¿No puedes deshacerte de toda esa gente?

Maurice, que había llegado bastante tarde, intervenía justo en ese momento supuestamente en defensa de Willis. Era un comprensivo incorregible. Su trabajo, que consistía en recoger a los hombres por la noche en el bar —con el que tenía un acuerdo laboral— para llevarlos a los barcos, no era demasiado lucrativo. Maurice no había nacido para ganar dinero, pero tampoco para lamentarse por ello o por cualquier otra cosa. Quienes lo apreciaban no encontraban el modo de decírselo, pues parecía tratar a amigos y enemigos por igual. Por ejemplo, un conocido suyo, un tipo muy desagradable, usaba parte de la bodega de Maurice como almacén de artículos robados. Richard y Laura eran de los pocos propietarios de los barcos que no estaban al corriente de la situación, pero Maurice se sentía casi orgulloso, porque Harry no era un cliente, sino alguien que le había pedido un favor sin ofrecerle nada a cambio.

—Tendré que advertirle a Harry de que no hable de la filtración —dijo.

—¿Sabe algo? —preguntó Willis.

—Ha estado en la marina mercante. Si alguien viene a ver el *Dreadnought* le pedirá su opinión.

—Nunca lo he visto hablar con nadie. No viene por aquí muy a menudo, ¿verdad?

El *Lord Jim* se estremeció entonces de proa a popa, tras recibir una inconfundible sacudida. No cayó nada al suelo, porque todo estaba bien asegurado en aquel barco, pero éste viró, pareció temblar ligeramente y se elevó. La marea lo había levantado.

Un incómodo escalofrío recorrió al mismo tiempo a todos los que se encontraban sentados alrededor de la mesa. Durante las seis próximas horas —o quizá algo menos, pues en Battersea la marea alta dura cinco horas y media y la marea baja seis horas y media— vivirían no sobre tierra, sino sobre agua. Y todos percibían los remiendos, las fugas y las vías de agua de sus embarcaciones como debilidades de sus propios cuerpos. Temían, y al mismo tiempo ansiaban, volver y encontrarse con que el último calafateado se había echado a perder. Las gabarras del Támesis no tienen quilla y flotan en los primeros centímetros del bajío. La única excepción era Woodrow, del *Rochester*, un director de una pequeña empresa ya retirado y un fanático de la conservación de su barco. Aunque la marea alta no producía terror en Woodie, sí le causaba cierta inquietud, pues a decir suyo el *Rochester* tenía hermosas líneas bajo el agua, líneas que quedarían ocultas por espacio de doce horas.

Un sonido siniestro y apenas audible, no más intenso que el de la puerta de un

armario al cerrarse, precedía invariablemente en todas las barcazas del muelle a otros más fuertes, procedentes de cada traca, cada cuaderna y cada falca, desencadenando una chirriante descarga de crujidos e incluso de gemidos que parecían casi humanos. Las viejas y excéntricas embarcaciones, que flotaban sobre el agua sin apenas hundirse debido a la ausencia de carga, aguardaban el regreso de sus patrones.

Richard, como un buen capitán, percibía el malestar de la reunión incluso a través del sólido tabique de teca. Si se hubiera hecho a la mar en siglos pasados, un motín jamás le habría pillado desprevenido.

—Les diré que se marchen.

—Puedes decirle a alguien que se quede a tomar una copa si quiere —dijo Laura—, si es que hay alguien aceptable.

A veces imitaba inconscientemente la voz de su padre, y como él, de vez en cuando bebía más de la cuenta, de puro aburrimiento. Richard sentía un inmenso afecto por ella.

—He comprado *Country Life* —dijo Laura.

Él ya se había dado cuenta. Cualquier novedad saltaba a la vista en el *Lord Jim*. La revista estaba abierta por la sección de anuncios inmobiliarios, donde se veía la fotografía de un jardín de césped, con un cedro que proyectaba su sombra sobre aquél, y una casa cuadrada al fondo que revelaba la finalidad del jardín. Cada mes aparecía una imagen similar, con ligeras variaciones en lo referente al tamaño y al condado, lo que inducía a pensar que o bien los lectores de *Country Life* estaban por encima de cualquier cambio o bien nadie se reconocía en aquellos lugares.

—No me refería a esa casa, Richard, sino a otras que hay más adelante. Son más pequeñas.

—Tal vez podría invitar a Nenna James —dijo Richard—. Me refiero a la del *Grace*.

—¿Por qué? ¿Te parece guapa?

—Nunca lo había pensado.

—¿No la ha abandonado su marido?

—No sé bien cuál es la situación.

—El cartero siempre decía que no había mucho correo para el *Grace*.

Laura empleó el verbo en pasado porque el cartero había dejado de entregar la correspondencia: desde que se cayó dos veces de la inestable plancha del portalón y todo el correo de la mañana se empapó en el fango del río, el Servicio de Correos, con toda la razón del mundo, notificó a los vecinos del muelle que en lo sucesivo no se les entregaría el correo en mano. Reconocían, no obstante, que el señor Blake, propietario del *Lord Jim*, había rescatado a su empleado en ambas ocasiones, y querían hacer constar su agradecimiento por ello. Desde entonces la gente de los barcos debía recoger la correspondencia en la oficina del astillero, lo que para Laura era casi como vivir en el extranjero.

—Nenna me cae bien —continuó Richard—. La verdad es que me cae muy bien.

No sé si me gustaría quedarme a solas con ella.

—¿Por qué no?

—Porque a lo mejor se echaría a llorar o se desnudaría de repente. —Esto le había ocurrido a Richard una vez en Néstor y Sage, los asesores financieros con los que trabajaba. Estaban pensando en *remodelar* la oficina por completo, con un diseño más moderno y abierto.

Los asistentes a la reunión parecieron aliviados cuando Richard regresó al salón. Firmemente plantado en el suelo, para contrarrestar el vaivén del barco, su sola presencia en el umbral de la puerta bastaba para insinuar que, por más difíciles que fueran las cosas, todo acabaría saliendo razonablemente bien. No porque él estuviera demasiado seguro de sí mismo, sino porque tenía buen olfato para juzgar qué era lo más adecuado.

Willis le dio las gracias a Maurice por su apoyo.

—Bueno, has hablado... como un buen amigo en los momentos difíciles...

—No tienes por qué agradecerme nada.

Willis se incorporó ligeramente.

—De todos modos, no me creo que ese tipo haya estado en la marina mercante.

Asunto aplazado, pensó Richard. Sin vacilación, pero con cortesía, escoltó a la abatida concurrencia hasta la escala de toldilla. Siempre era un alivio salir a cubierta. Las primeras brumas del otoño impedían ver el río en toda su extensión. Las gaviotas flotaban como los barcos, revoloteaban ociosamente en torno al *Lord Jim*, con sus plumas blancas manchadas en la línea de flotación.

—Seguro que tendrás mucho tiempo para resolver tus problemas —le dijo a Willis—; cerrar la venta de uno de estos barcos no es tarea fácil. La filtración está en la popa ¿no es cierto? Supongo que habrás puesto en marcha las cuatro bombas... una en cada sentina.

Esta imagen del *Dreadnought* era tan errada que Willis prefirió no decir nada, limitándose a hacer un gesto que recordaba en algo al saludo de un suboficial de marina. Luego se fue tras los demás, que debían bajar a tierra y recorrer todo el dique. El centro del muelle estaba ocupado por pequeñas embarcaciones, en su mayoría desocupadas durante el invierno, algunas amarradas y cubiertas con lonas. Pertenecían a gente que sólo las usaba cuando llegaba el buen tiempo. Los asistentes a la reunión tenían que llegar hasta el descargadero de la fábrica de cerveza, cruzar la cubierta de proa del *Maurice* y pasar por una serie de portalones que los comunicaban con sus propios barcos. Woddie debía cruzar el *Maurice*, el *Grace* y el *Dreadnought* para llegar al *Rochester*. El *Maurice* era el que estaba más cerca del descargadero.

Justo en ese momento pasaba por allí uno de los últimos vapores de recreo de la temporada, con sus camarotes iluminados, camino de Kew. «Señoras y señores, el muelle de Battersea. A su derecha, la colonia de artistas. En esos barcos vive gente, como en el Sena; llevan una vida bohemia. Sí, hay gente viviendo en esos barcos».

Richard había retenido a Nenna James.

—Me gustaría que te quedaras a tomar una copa con nosotros. Laura quiere que te quedes.

Nenna tenía mal carácter, pero también un sexto sentido para intuir lo que podía molestar a otras personas, y ese instinto sólo le había fallado una vez, en el caso de su marido. Nenna captó de inmediato que Richard estaba desanimado por los escasos resultados de la reunión. Ni el análisis ni la discusión habían sido satisfactorios.

—Me gustaría saber la hora exacta.

Richard se alegró mucho; sólo se ponía así de contento cuando podía determinar algo con el máximo grado de precisión. ¡La hora exacta! Puede que a Nenna le interesase ver sus cronómetros. Generalmente no funcionaban bien en las embarcaciones pequeñas: eran muy sensibles a los cambios de temperatura (Richard no sabía si Nenna estaría al corriente de esto) y también a la vibración, claro. Podía decirle no sólo la hora exacta, sino el nivel exacto de la marea en cada puente del río. La gente no solía interesarse por este tipo de cosas.

Laura pasó las botellas y los vasos en una bandeja por la ventanilla de la cocina.

—Huele a algo ahí dentro.

Olía claramente al alquitrán que la gente de los barcos, después de pasar la mayor parte del día haciendo reparaciones, dejaba por todas partes.

—Bueno, si te molesta el olor podemos irnos a popa —dijo Richard cogiéndole la bandeja. Nunca consentía que una mujer llevase peso. Entraron los tres en una salita muy pequeña, con armarios empotrados y almohadones rojos. Una pequeña estufa emitía un tenue resplandor, con el tiro ajustado para producir justo la temperatura adecuada.

Laura se dejó caer en el asiento.

—¿Qué tal llevas el hecho de vivir sin tu marido? —le preguntó a Nenna, al tiempo que le pasaba un gran vaso de ginebra—. A veces pienso en ti.

—¿Queréis que traiga más hielo? —preguntó Richard. Aunque había hielo de sobra.

—No me ha abandonado. Sólo que de momento no estamos juntos.

—Eso eres tú quien tiene que decirlo, pero lo que yo quiero saber es ¿cómo te las arreglas sin él? Seguro que a Richard no le importa que digas que las noches son frías; incluso le parecerá un cumplido.

Nenna los miró a los dos. La verdad es que era un alivio hablar de ello.

—No sé hacer muchas de las cosas que las mujeres no saben hacer —dijo—. No sé darle la vuelta a *The Times* sin arrugar las páginas, no sé doblar un mapa por sus pliegues, no sé descorchar una botella, no sé clavar un clavo derecho, no soy capaz de entrar en un bar y pedir una copa sin preguntarme qué pensarán los demás, y no sé encender una cerilla acercándola hacia mí. Tengo una buena educación y dos hijas, y me las arreglo bastante bien; sé hacer otras cosas mucho más importantes, pero éstas no soy capaz de hacerlas y cuando llega el momento me pongo enferma y lloro.

—Yo puedo enseñarte a doblar un mapa —se ofreció Richard—. No es nada

difícil en cuanto le coges el tranquillo.

Laura entornó los ojos. Se estaba concentrando intensamente.

—¿Te dejó en el barco?

—Yo compré el *Grace* cuando él se marchó; me gasté casi todo el dinero que nos dejó. Necesitaba un espacio para las niñas y para mí.

—¿Te gustan los barcos?

—Me resultan muy familiares. Me crié en Halifax. Mi padre tenía una cabaña de verano en el lago Bras d'Or. Y allí teníamos varios barcos.

—Espero que no tengas problemas con las reparaciones —intervino Richard.

—Cuando llueve tenemos goteras...

—Será el revestimiento. Prueba a cubrir la cubierta con lona asfáltica.

Aunque se esforzaba de veras, Richard no entendía cómo la gente podía vivir con las cosas estropeadas.

—Personalmente dudo que tenga mucho sentido estar todo el día reparando estos barcos tan viejos. Mi opinión, si es que a alguien le interesa, es que son activos amortizables. Que se vayan deteriorando poco a poco, recuerda su valor, y al cabo de unos años que se los lleven al desguace y nos den por ellos lo que valgan.

—En ese caso no sé dónde nos iríamos a vivir —dijo Nenna.

—Creí que habías dicho que estabas buscando un lugar en tierra.

—Sí, sí.

—No era mi intención angustiarte.

Mientras escuchaba estos comentarios sin demasiado interés, Laura tuvo tiempo de beber una mayor cantidad de alcohol, volviéndose, más que hostil, inquisitiva.

—¿Dónde has comprado ese jersey?

Ambas llevaban los gruesos jerséis reglamentarios de la Marina, de color azul, con una abertura de poco más de un centímetro en los costados, a la altura de la cintura. Nenna se había subido las mangas, pues en la salita hacía calor, dejando al descubierto unos brazos redondeados y cubiertos de un vello dorado y muy fino.

—Lo compré en las rebajas, al final de Queenstown Road.

—No es tan grueso como el mío.

Laura se inclinó hacia adelante y comprobó el tacto del tejido con el pulgar y el índice.

—Sé juzgar la calidad, y está claro que es más fino. ¿Quieres comprobarlo, Richard?

—Me temo que no entiendo mucho de punto.

—En ese caso, sube la calefacción. ¡Vamos, tonto! ¡Nenna se está congelando!

—No tengo frío, gracias; estoy bien.

—¡Pues tienes que estar aún mejor! ¡Richard, es nuestra invitada!

—Puedo regular la estufa si quieres —dijo Richard aliviado.

—¡No es necesario que la regules!

Nenna comprendió que a Richard le habría gustado que hiciera un gesto o dijera

algo, pero no quería ofender a Laura.

—Nosotras usamos de todo para calentarnos —empezó a decir—; la madera que arrastra la corriente, coque lavado y cualquier cosa que arda. El invierno pasado Maurice me contó que tuvo que pedirle prestada una vela a *Dreadnought* para descongelar la cerradura de la leñera. Y en cierta ocasión que invitó a un amigo y no conseguía que la estufa quemase como es debido tuvo que mantener el fuego vivo a base de cerillas y ganchitos de queso.

—No es buena idea tener la leñera en cubierta —observó Richard.

Por alguna razón, Laura había estado siguiendo el hilo de la conversación con doloroso interés.

—¿Es que los ganchitos de queso son combustibles?

—Eso dice Maurice.

Laura desapareció. Nenna tenía el tiempo justo para decir «Tengo que irme», pero Laura apareció de inmediato, trotando con dignidad aunque ligeramente escorada y sosteniendo una enorme bolsa de ganchitos de queso.

Tras esquivar a Richard, que se levantó nada más ver que Laura llevaba algo en la mano, abrió la tapa de la estufa de un puntapié y lanzó puñados de ganchitos de queso sobre el brillante lecho de combustible.

—¡Qué calor!

Las llamas crecieron rápidamente, despidiendo un intenso olor a queso quemado.

—¡Es estupendo! ¡Qué calor! ¡Tengo muchos más! ¡Hay montones en la cocina! Richard los irá tirando al fuego. ¡Los tiraremos todos!

—Parece que viene alguien —dijo Nenna.

Se oían pasos en cubierta, como la salvación para las víctimas de un asedio. Nenna conocía bien el andar decidido de la menor de sus hijas, pero se oían también otras pisadas más fuertes. Le dio un vuelco el corazón.

—Mamá, huele a quemado.

Tras una breve aunque ardua batalla, Richard volvió a colocar la tapadera de latón sobre la estufa. Nenna se dirigió hacia la carroza.

—¿Quién está contigo, Tilda?

Unas piernecitas de seis años, con las botas de agua cubiertas de barro reseco, aparecieron en la escotilla abierta.

—El padre Watson.

Nenna vaciló antes de responder, y Tilda gritó:

—Mamá es ese cura viejecito y bueno. Ha venido al *Grace* y yo lo he traído hasta aquí.

—El padre Watson no es viejecito, Tilda. Dile que pase, por favor. Es decir...

—Por supuesto —dijo Richard—. Tómese un *whisky*, padre, ¿le apetece? —No sabía con quién estaba hablando, pero creía, por las películas que había visto, que los curas católicos bebían *whisky* y contaban largas historias; eso podría resultar muy útil dadas las circunstancias. Richard habló con serena autoridad. Nenna sintió

admiración por él y le entraron ganas de echarle los brazos al cuello.

—No, no voy a entrar, pero gracias de todos modos —dijo el padre Watson, cuyos pantalones se agitaban ahora al viento junto a las botas de Tilda, sobre un cuadrado de cielo—. Sólo he venido a decirle un par de cosas, señora James, pero puedo esperar si está usted ocupada con sus amigos o si no llego en buen momento.

Pero Nenna, para asombro del cura, que rara vez se sentía bien recibido por aquella familia, se encontraba ya a medio camino de la carroza. Había empezado a lloviznar, y el largo impermeable del sacerdote aparecía salpicado de gotas de lluvia sobre las que se reflejaban las luces de la costa y las luces de fondeo de la embarcación anclada.

—Me temo que la pequeña se va a mojar.

—Es impermeable —dijo Nenna.

No bien llegaron al muelle, el padre Watson empezó a hablar en tono mesurado.

—Ya se imaginará que he venido por las niñas. Traigo un recado de las monjas, de las Hermanas de la Misericordia. —A veces se preguntaba si no tendría más éxito en la ingrata tarea que estaba llamado a desempeñar si tuviera acento irlandés o algún tipo de peculiaridad en el habla.

—Sus hijas, señora James. Tilda y la otra niña, la de once años.

—Martha.

—Un nombre precioso. Martha era quien se ocupaba de las tareas domésticas durante las visitas de nuestro Señor. Pero creo que no es nombre de santa.

Es muy posible que el padre Watson dijese estas cosas automáticamente. Seguro que no había ido andando hasta el muelle desde su austera casa parroquial sólo para hablar del nombre de Martha.

—Supongo que cuando haga la confirmación se le pondrá otro nombre. No debería tardar demasiado en hacerla. Propongo Stella Maris, Estrella del Mar, puesto que ha decidido usted construir su hogar sobre las aguas.

—¿Ha venido a quejarse porque las niñas no van al colegio, padre?

Habían llegado al descargadero, pésimamente iluminado. Los propietarios de la fábrica de cerveza, que como todos los cerveceros de la década de 1960 tuvieron la idea de recuperar la supuesta animación del siglo XVIII, habían solicitado permiso para transformar la fábrica en una elegante cervecería con terraza. Pero el concepto en sí chocaba frontalmente con el húmedo, melancólico y sin embargo imperecedero espíritu del muelle. Una vez archivado el proyecto, el lugar fue alquilado a diversos fabricantes y almacenistas de poca monta; las naves y los depósitos derruidos aún debían de ser propiedad de alguien, al igual que las pilas de cajones con sus rótulos medio borrados.

Pero, aun olvidado e infestado de ratas, seguía siendo un descargadero. La orilla del río, donde los espíritus de Virgilio extendían anhelantemente los brazos hacia la otra orilla, y a Dante el barquero no le permitía subir al barco, las escasas planchas que señalan el lugar donde se encuentran tierra y agua son sin duda un lugar

adecuado para detenerse a reflexionar, aunque, como le ocurrió al padre Watson, pudieras tropezar con un barril de creosota de cincuenta litros.

—No estoy acostumbrado a tan poca luz, señora James.

—Mire al cielo, padre. No aparte la vista de la zona más clara del cielo, y los ojos se irán adaptando poco a poco.

Tilda se adelantó brincando, cómoda y segura en la oscuridad, como en cualquier parte donde sólo se viera o se oyera el agua. Convencida de haber satisfecho sobradamente con el sacerdote la cuota de educación que le hacían pagar su madre y su hermana mayor, Tilda subió de un salto al *Maurice* y, tras echar un vistazo en torno suyo, cruzó a toda velocidad la plancha del portalón que conectaba con el *Grace*.

—Discúlpeme por no continuar, señora James. Se trata exactamente de lo que usted ha dicho, de la asistencia a la escuela. Me han comunicado que esta situación puede tener consecuencias legales.

Qué ingrato debía de resultarle al padre Watson decirle todo aquello, pensó Nenna, y qué lejos debía de estar de sus expectativas cuando recibió sus dos primeras órdenes menores y realizó sus últimos actos de renuncia. ¡Encontrarse en un descargadero oscuro, golpearse con un barril de creosota y no oficiar siquiera de capellán del convento, sino de algo parecido a un inspector de escuela!

—Sé que no han ido a clase con regularidad. Pero es que no han estado bien, padre.

Ni siquiera el padre Watson podía tragarse una excusa semejante.

—Me ha sorprendido la buena salud y la energía de la pequeña Tilda. De hecho, he pensado que deberían orientar su educación hacia uno de esos servicios sociales que dieron tan buenos resultados en la última guerra... Me refiero a las *WRENS*^[1], claro está. Se trata de una actividad que no es incompatible con la vida cristiana.

—Ya sabe usted cómo son los niños; un día están bien y al día siguiente no tanto. —Nenna se mostraba flexible ante la verdad, más próxima a Willis que a Richard en este sentido—. Y a Martha le ocurre lo mismo; es normal a su edad.

Nenna pensó que el padre Watson se alarmaría ante esa referencia a la inminente pubertad de Martha, pero el sacerdote, por el contrario, pareció tranquilizarse.

—Si ése es el problema, lo mejor que puede hacer es encomendarla a los expertos cuidados de las hermanas. —¡Qué obstinado era aquel hombre!—. Esperan que las niñas asistan a clase el próximo lunes.

—Haré lo que pueda.

—Muy bien, señora James.

—¿No quiere usted venir hasta el barco?

—No, no; me da miedo hacer la travesía por segunda vez. —¿Qué había ocurrido la primera?—. Me temo que me he desorientado. Tendrá que indicarme el camino hasta tierra firme.

Nenna le dijo que llegara hasta la cancela que, desengoznada, ya no servía de

barrera, subiera hasta el muro de contención del río, tomara la primera calle a la izquierda y luego la primera a la derecha, para subir por Partisan Street hasta King's Road. El sacerdote se mostró más aliviado que si hubiese completado una misión en beneficio de quienes viven en las aguas sepultadas bajo la tierra.

—He preparado la cena, mami —dijo Martha cuando Nenna volvió al *Grace*. Nenna se sentiría mucho más a gusto consigo misma si se pareciera a su hija mayor. Pero Martha, pequeña y delgada, con unos ojos oscuros que daban muestras de conocer ya las imperfecciones del mundo, no se parecía a su madre, y mucho menos a su padre. Ese momento crucial en el que los niños descubren que sus padres son más jóvenes de lo que en realidad son ya había pasado para Martha hacía mucho tiempo.

—Estamos preparando judías. Si viene el padre Watson tendremos que abrir otra lata.

—No, cariño; se ha ido a casa.

Nenna estaba cansada y se sentó en la sobrequilla que discurría de extremo a extremo de la gabarra. Era un gran error depender en exceso de los propios hijos.

Martha trabajaba a gusto en la cocina del *Grace*, que se encontraba en la proa y tenía dos quemadores de gas conectados a una bombona, y un fregadero de latón. El agua procedía de un depósito situado en la cubierta que un empleado del puerto se encargaba de rellenar cada veinticuatro horas. Hacían falta grandes dosis de improvisación, y Martha fue calentando los tres platos metálicos sobre la sartén en la que silbaban las judías.

—¿Lo habéis pasado bien en el *Lord Jim*?

—Pues no, nada bien.

—¿Y yo lo habría pasado bien?

—No. No lo creo. La señora Blake se puso a tirar ganchitos de queso a la estufa.

—¿Y qué dijo el señor Blake?

—Él sólo quiere hacerla feliz; hacerla feliz. No sé.

—¿Qué quería el padre Watson?

—¿Es que no ha hablado contigo?

—Parece que tenía ganas de hablar, pero lo envié a buscarte con Tilda. Tilda necesitaba hacer un poco de ejercicio.

—Quería saber por qué no habéis ido al colegio últimamente.

Martha suspiró.

—He leído tus cartas —dijo—. Están desperdigadas por el camarote y la mayoría ni siquiera las has mirado.

Las cartas eran el vínculo que unía a Nenna no sólo con la tierra, sino con su existencia anterior. Las cartas venían de Canadá, de su hermana Louise, quien le aconsejaba que saliera con viejos conocidos que estaban de paso en Londres o que le ofreciese la hospitalidad de una familia a un encantador muchacho austríaco, no mucho mayor que Martha, cuyo padre era una especie de conde, aunque también se

dedicaba al negocio de la importación y la exportación, o que se acordara de esa magnífica mujer, la amiga de una amiga suya, que había tenido una historia muy, pero que muy triste. Había asimismo algunos recibos (no muchos, porque Nenna no tenía cuenta corriente), una tarjeta postal de un antiguo compañero de colegio que empezaba diciendo «Seguro que no te acuerdas de mí», y dos caritativas súplicas enviadas por el padre Watson a una dirección tan incierta como el *Grace*.

—¿Algo de papá?

—No, mami; eso fue lo primero que busqué.

No había más que decir al respecto.

—Me duele la cabeza, Martha. Seguro que las judías me sientan bien.

Tilda entró en el barco, empapada y negra como el carbón de los pies a la cabeza.

—Willis me ha regalado un dibujo.

—¿De qué?

—Del *Lord Jim* y unas gaviotas.

—No deberías haberlo aceptado.

—Yo también le he regalado uno.

Se había quedado en el *Dreadnought* para ver cómo entraba el agua por la filtración principal. Llegaba hasta la mitad de la litera y casi alcanzaba las mantas de Willis. Nenna se mostró muy disgustada.

—Bueno, pero se retira cuando baja la marea. Tendremos que enseñárselo a la gente cuando la marea esté baja y conseguir que se marchen antes de que suba.

—Supongo que podrá repararlo —dijo Martha.

—No, el destino está en su contra —dijo Tilda. Y después de tomar un par de cucharadas de judías casi se quedó dormida encima de la mesa. De todos modos, era imposible darle un baño, porque sólo les estaba permitido llenar la bañera con la marea saliente.

La marea subía deprisa. La niebla se había aclarado y la Central Eléctrica de Lots Road, al noreste, lanzaba desde sus cuatro majestuosas chimeneas largos penachos de humo perlado que descendían lentamente y se tornaban pardos. Las luces resplandecían, y sobre la amplia superficie del agua se formaban innumerables remolinos en forma de V que indicaban la situación exacta de todo aquello que el río no había sido capaz de ocultar. Si las industrias del Támesis aún existiesen, si los barqueros aún se ganaran la vida buscando monedas en los bolsillos de los ahogados, ésta sería la hora perfecta para faenar. Más arriba, masas de nubes otoñales surcaban el transparente cielo violeta.

Después de cenar se sentaron a la luz de la estufa. Nenna no tenía ganas de escribir a Louise, que estaba casada con un próspero hombre de negocios. Empezó a escribir: «Querida hermana, dile a Joel que el hecho de crecer en el corazón de la capital y en la orilla del histórico río que cruza Londres ya es en sí mismo una excelente educación para las niñas».

Tilda se había subido a la jarcia. El palo del *Grace* medía cuatro metros y medio de alto, era de pino ennegrecido y estaba inserto en una cajera, lo que permitía bajarlo a la cubierta cuando el barco pasaba por debajo de los veintiocho puentes que se alzaban entre Richmond y el mar. Le faltaba el palo de mesana, le faltaba la botavara, el palo mayor no se había construido pensando en que alguien subiría a él, y Tilda estaba sentada en un lugar donde, aparentemente, no había espacio para sentarse.

Martha, que era tan testaruda como su hermana, a veces también se subía allí y, colgada un poco más abajo, leía en voz alta un tebeo de terror. Pero ese día Tilda estaba sola, observando la inclinación de las cubiertas mientras los cables cedían o se tensaban, la pasiva línea de la costa, el agua secreta.

A Tilda no le importaba en absoluto el futuro y, en consecuencia, tenía una enorme capacidad para ser feliz. En ese momento era absolutamente feliz.

Esperaba a que subiera la marea. Justo en frente del *Grace*, un montón de cajones que habían sido transportados por los recodos y los tramos rectos del río desde Gravesend, a más de treinta kilómetros de allí, reposaba sobre el agua mansa como hechizado, sin moverse siquiera un centímetro. Las barcazas se balanceaban sobre sus amarras hacia todos lados, indefensas sin las instrucciones de la marea. Resultaba extraño ver que las nubes se movían mientras el agua estaba tan quieta.

Tilda parpadeó dos veces, aun a riesgo de perderse justo esos dos segundos vitales mientras tuviera los ojos cerrados. Entonces uno de los extremos de un cajón se separó de los demás y empezó a alejarse sigilosamente, dando media vuelta muy despacio. Tilda, que había estado conteniendo la respiración, espiró al fin. Un temblor recorrió las cadenas de los barcos; las barcazas de hierro, que no cesaban en su vaivén, chocaron unas con otras. Empezó entonces el gran balanceo. Los tablones que flotaban junto a la orilla seguían viajando río arriba, pero se concentraban en mitad de la corriente y cambiaban rápidamente de dirección. El Támesis estaba virando hacia el mar.

Willis le había contado muchas veces que esas chalanas, aunque tuvieran grandes velas, no necesitaban más de dos hombres para navegar; incluso bastaban un hombre y un niño para manejarlas sin problemas. Las velas cobraban poco a poco un tono tostado, como la tierra, y las engrasaban de tal modo que nunca llegaban a secarse por completo. Ahora no quedaba ninguna. Pero el *Grace* no necesitaba velas para hacerse a la mar con el reflujo de la marea. No necesitaría velas hasta llegar al puerto de Londres. Con su fondo plano, se dejaría arrastrar por el agua, con las máquinas apagadas, sirviéndose hábilmente de las corrientes ocultas. Aquella niña de seis años conocía hasta la última corriente y el último remolino del río. Llevaba mucho tiempo estudiando los secretos del Támesis. Nadie más que ella habría advertido el brillo del

oro y los diamantes: el anillo en el dedo del hombre muerto cuando su mano afloró a la superficie. ¡Adiós! La identificó como la mano de su padre, ausente desde hacía muchos años. El *Grace*, con una capacidad de 180 toneladas a plena carga, se abrió camino hacia los bajos arcos junto a la orilla de Middlesex, donde no había espacio para otra embarcación, adelantando o dejando atrás a todas las demás. Al llegar al Tower Bridge, cuando cuatro discos de más de un metro de diámetro, con rayas blancas y negras, se despliegan a unos cuatro metros de las señales en dirección a tierra, significa que el puente no se puede elevar, por razones mecánicas o de cualquier otra índole. Sólo el *Grace* podría pasar por allí; el *Maurice* no podría, ni siquiera el *Dreadnought*, y la imagen sería inolvidable. Hombres y mujeres se acercaban hasta el muelle para ver cómo se desplegaban las grandes velas marrones con una niña de seis años a cargo del chigre, y el *Grace* en dirección a Ushant, olió el mar abierto.

Se oyó un crujido al pie del palo. Una gata, con la boca llena de plumas de gaviota, se afanaba por trepar, pero tras recorrer unos cuantos metros perdió apoyo con las garras y se deslizó gradualmente hasta la cubierta.

—¡Stripey!

La gata del barco era muy adecuada para el muelle, en todos los sentidos. Se movía normalmente con una especie de avance náutico, con el vientre pegado a la cubierta, como al acecho y dispuesta a encarar el mal tiempo. Lo poco que le quedaba de las orejas aparecía pegado a la cabeza.

A fuerza de años de asearse a lametones, pues nunca había llegado a perder por completo su dignidad, Stripey tenía tanto fango por dentro como por fuera. Vivía en permanente estado de readaptación, no sólo a las mareas y a las estaciones del año, sino también a las ratas que encontraba en el descargadero. Hasta que éstas tenían determinado tamaño, esto es, el tamaño que alcanzan las ratas a las pocas semanas de nacer, las cazaba y se las comía y, segura de su autoridad, las agarraba por la cola y las depositaba a los pies de Martha. Cualquier rata de mayor tamaño acabaría con Stripey. La consiguiente incertidumbre sobre las idas y venidas de Stripey había terminado por producir en Martha un ligero desequilibrio mental.

A Stripey no le importaba que la gente le diese de comer y sabía dónde buscar cobijo cuando hacía frío. Dormía fuera, en alguna de las chimeneas que se erguían en la cubierta. Acurrucada en el interior del tubo, obstruía el paso del humo y lo devolvía al interior del barco, haciéndolo casi inhabitable. En consecuencia, Woodie, Willis, Nenna, Maurice e incluso sus visitas tosían a todas horas. Pero Stripey rara vez pasaba dos noches seguidas en el mismo sitio.

Encaramada al mástil y tras haber salido a mar abierto con el *Grace*, Tilda observó con atención el muelle. Su idea del funcionamiento del mundo se basaba en lo que allí veía, y tenía muy poco que ver con el tráfico de la gran ciudad, colapsado a escasos cientos de metros de allí.

Ningún movimiento en el *Lord Jim*. Willis caminaba hacia el *Dreadnought* con el

hombre del embarcadero, quien a juzgar por su actitud se negaba a proporcionar más alquitrán, gas o agua hasta que se hubiese abonado la factura pendiente.

En el *Rochester*, Woodie se disponía a recoger para el invierno. Al parecer no era como el resto de la gente de los barcos. Su pequeña compañía discográfica, según explicaba con excesiva frecuencia, había cerrado por voluntad propia, dejándole el dinero suficiente para apañárselas bastante bien, y pensaba pasar el invierno en su casa de Purley. Apañárselas bien resultaba bastante extraño en el extremo norte del muelle. Woodie también hablaba de buscar a alguien para que limpiara el casco del barco, pues lo quería tan limpio como el del *Lord Jim*. El resto de las embarcaciones tenían tal costra de vida marina que apenas era posible tocar la madera. Una densa capa de algas y percebes las cubría, y seguro que las ballenas se alegrarían al verlas pasar.

El *Maurice* estaba desierto, pues a su dueño lo habían invitado a pasar el día en Brighton, cosa por lo demás habitual. Pero la camareta no parecía cerrada. Una furgoneta se detuvo en el descargadero y un hombre salió de su interior y lanzó un montón de cajas de cartón sobre la cubierta del *Maurice* por encima del costado del muelle. Una de las cajas se abrió al caer. Estaba llena de secadores de pelo. El hombre bajó entonces a cubierta para apilar las cajas con más cuidado. Habría sido preferible cubrirlas con lona asfáltica, pero quizá se había olvidado de llevarla. No perdió el tiempo en mirar a su alrededor y sólo cuando dio marcha atrás con la furgoneta para marcharse dejó ver su rostro. Era muy pálido e inexpresivo, como si considerase superfluo cualquier gesto, dadas las circunstancias.

Willis, con su andar decidido, miró las cajas amontonadas en el *Maurice*, se detuvo, incluso sacudió ligeramente la cabeza, pero no hizo nada. Nenna podría haber añadido a su lista de cosas que los hombres hacen mejor que las mujeres la capacidad que éstos tienen para no hacer absolutamente nada sin apresurarse. Lo cierto es que Willis nada podía hacer con respecto a las cajas. Seguro que a Maurice no le gustaría que la policía viniese a husmear en su barco.

—¡Eh, Tilda! ¡Ten cuidado! —gritó Willis. Tilda sabía muy bien que el río podía ser peligroso. Aunque había llegado a sentir los barcos como su medio natural y se compadecía de la vida de los habitantes de *Chelsea*, desprovista de ratas y de mareas, respetaba el agua y sabía que era posible morir a poca distancia del muelle.

Una tarde de primavera, el *Waalhaven*, una barcaza holandesa de resplandeciente metal procedente de Rotterdam, que resultaba majestuosa incluso fondeada, echó el ancla frente a los barcos-casa, en el centro del río. Seguramente había obtenido el despacho de aduanas en *Gravesend* y zarpado con la marea saliente. El *Maurice*, también de Rotterdam, había sido en su día un pariente pobre de esta espléndida embarcación. Las barcazas varadas en tierra parecían observar al *Waalhaven* como los reos al hombre libre.

Su tripulación formaba en cubierta con la solemnidad de quienes asisten a una importante reunión de negocios. Un impecable encuentro de prestigiosos empresarios

calzados con botas de agua que discurría con el espíritu de cordialidad que siempre había caracterizado a la empresa.

Justo después del té, el patrón se acercó al pasamanos y pidió a gritos al *Maurice* que enviara un bote para que un grupo de hombres pudiera bajar a tierra. Como no obtuviera respuesta y comprendiendo que había llegado a un lugar sin recursos de ninguna clase, se retiró de nuevo para deliberar. Poco después, como la luz empezaba a declinar y la corriente avanzaba a gran velocidad, tres hombres lanzaron su propio bote y navegaron hacia el muelle. Habían estado esperando a que subiera la marea para navegar de costado, civilizadamente. Era como una demostración del arte náutica en bote, una lección de navegación deportiva. Aún calzaban sus botas de agua, pero llevaban los zapatos de bajar a tierra en una bolsa impermeable. Acaso los dioses del río les habían robado el ingenio.

El terral se colaba por el hueco que había entre los almacenes de la orilla de Surrey con su fuerza de costumbre. Woodie, que observaba la elegante salida del bote, sintió unas ganas enormes de prestarles su *Chart 3* para causar en ellos la impresión de que al menos había alguien competente entre los habitantes de ese tramo del río. Richard, a su regreso del trabajo tras un día agotador, se detuvo en el dique a contemplar la escena y recordó que una vez había subido a bordo del *Waalhaven* para tomar una copa, cuando el barco atracó en Orfordness.

Una vez pasado el hueco entre los edificios, el viento se debilitaba hasta amainar por completo, y el bote perdió el rumbo y fue arrastrado por la corriente hacia las tres gabarras amarradas a un lado. El mástil se enganchó en el saliente de la primera gabarra, produciendo un chasquido que se oyó a ambos lados del río. El bote se atascó, y la corriente lo aspiró bajo la proa del barco; posteriormente se dio la vuelta, firmemente sujeto por el palo de acero, que no llegó a partirse. Los hombres salieron despedidos por la borda y también fueron succionados por el agua bajo los pesados fondos de hierro de las gabarras. Poco después emergió a la superficie primero la bolsa de zapatos, luego dos de los hombres, luego un par de botas, flotando con las suelas vueltas hacia arriba.

Tilda recordaba el incidente con angustia, aunque tampoco pensaba demasiado en ello. Se preguntaba qué habría sido del otro par de botas. Pero no dejaba que su corazón gobernase su memoria, como les ocurría a Martha y a Nenna. Era un defecto que Tilda no tenía.

Willis volvió a llamarla:

—¡Eh, Tilda! ¡No hace falta que grites! —Suponiéndola delicada, Willis no quería que forzase la voz. Tilda y Martha cantaban maravillosamente, y Willis, a quien le gustaba mucho la música y siempre se mostraba optimista acerca del futuro de los demás, se deleitaba imaginándolas dando conciertos como solistas. Aún se sabían «Abends, wenn wir schlafen gehen», una canción que les enseñaron las monjas para cantar en las fiestas, y lo cierto es que la interpretaban como ángeles, aunque ángeles que no llegaban a entender las palabras que decían a partir del

segundo verso. Puede que tuvieran más éxito con «Jailhouse Rock». Pero Tilda había aprendido sin ayuda de nadie a imitar el desagradable silbido del contramaestre, estirando mucho los labios, y el sonido llegaba casi hasta el *Lord Jim*. Esta señal indicaba que Tilda estaba bajando del palo. El padre Watson, aterrado al verla, les confió a las monjas que aquel sonido se parecía más al que pudiera producir un artefacto mecánico que al de un ser humano. Sus palabras confirmaron la opinión de las hermanas de la Misericordia de que las niñas, tan listas y bien dotadas para la música, corrían peligro en aquel barco espiritual y acaso físicamente, y que alguien debía hablar con la señora James mucho más en serio.

De cubierta para adentro el *Grace* estaba limpio y ordenado, pero después de visitar el *Lord Jim*, Nenna siempre sentía el impulso de ponerse a limpiar los accesorios y adornos de metal. No había demasiados: los asideros de la carroza, las bisagras de los armarios y el mango de la bomba del váter, que formaba parte del equipamiento original y llevaba grabada la fecha de 1905.

Nenna tenía treinta y dos años, una edad en la que si una mujer sigue siendo rubia es que lo será siempre. Había llegado a Londres después de la guerra para estudiar música, pero ahora ya no se sentía ni canadiense ni inglesa. Edward y Nenna se casaron en 1949. Ella aún seguía estudiando en el conservatorio por aquel entonces, violín como instrumento principal, y se enamoró como sólo una violinista puede enamorarse. Nenna pensaba que quizá no se habían tomado el tiempo necesario para pensárselo bien antes de casarse (ése era el tipo de preguntas que hacía su hermana Louise). Edward pasó algún tiempo en el cuerpo de ingenieros, pero después de abandonarlo no tuvo mucha suerte a la hora de encontrar un trabajo estable. Edward no tenía la culpa, y si alguien decía lo contrario, Nenna aún sentía como si les perforasen. Tenían un pequeño apartamento. La gente que le preguntaba por qué no hacía uso de su talento y daba clases de canto seguro que jamás se habría decidido a hacer nada por el estilo si viviera en dos habitaciones encima de una frutería y tuviera dos niñas que criar. Pero a Edward los amigos le decían que tenía olfato para los negocios y que sería capaz de salir de aquella situación; por eso la lavandería le pareció una excelente inversión. Era una idea muy novedosa por aquel entonces eso de llevar la ropa para lavarla en máquinas en lugar de hacer la colada en casa, mientras un amable encargado te saludaba, añadía el jabón y tenía la ropa lista cuando volvías a recogerla; pero he aquí que el encargado en cuestión no resultó ser de gran ayuda a la hora de llevar la contabilidad. El cierre de la lavandería dio lugar a un proceso judicial en el que Edward y Nenna no fueron declarados culpables, pero cobraron conciencia del desprecio de su abogado, un hombre que siempre parecía tener muchísima prisa.

Ésta era sin duda la razón por la cual los pensamientos de Nenna, siempre que se quedaba sola, se convertían en una especie de juicio en el que la visión de la propia Nenna acerca de su matrimonio resultaba ridículamente sencilla y demostrablemente cierta, pero también, casi exactamente al mismo tiempo, definitivamente errada. Su conciencia, sin que nadie la invitase a hacerlo, celebraba por su cuenta una vista preliminar independiente, e intervenía en el proceso leyendo declaraciones muy desagradables.

«... La historia de su vida, señora James, se ha caracterizado hasta el momento por su falta de distinción. Me atrevería a decir que mientras la vivía era usted

consciente de lo distinta que era... al menos en comparación con las vidas de otros».

«Lo ha expresado muy bien, señorita». Nenna comprendió que el magistrado se había convertido en juez.

«Sin embargo... en 1959 su marido llegó a la conclusión, y me inclino a pensar que usted se mostró plenamente de acuerdo con él, de que sería una medida sensata, dadas las circunstancias, aceptar un empleo durante 15 meses en una empresa constructora en Centroamérica, con el fin de ahorrar la mayor parte de su salario...».

Nenna protestó, manifestando que nunca le había parecido exactamente sensato, pues ello implicaba la separación de los enamorados, lo cual no tiene el menor sentido, y añadiendo que ambos pensaron que David, una ciudad de Panamá, sería un lugar horrible para las niñas. El argumento parecía convincente, el juez se inclinó hacia adelante, con aprobadora actitud. Animada por este gesto, Nenna admitió que su marido le confió las últimas 2.000 libras que les quedaban y que con este dinero compró una casa flotante, concretamente una gabarra llamada *Grace*.

—¿Echaban de menos las niñas a su padre?

—La mayor sí. Tilda aparentemente no, pero nadie sabe lo que piensa, salvo su hermana Martha.

—Gracias, señora James; le rogamos que se ciña exclusivamente a los hechos... Naturalmente ¿usted le escribió una carta a su marido para comunicarle las decisiones que había tomado en su ausencia?

—Le comuniqué nuestra nueva dirección de inmediato. Por supuesto.

—¿La dirección que le facilitó fue 626 Cheyne Walk, Chelsea S.W. 10?

—Sí, eso es. Es la dirección de la oficina portuaria, donde se entrega la correspondencia.

—¿... dándole la impresión, como le sucedería a cualquiera que no conozca el distrito, que había conseguido usted una casa o un apartamento bien equipado en Chelsea a un precio muy razonable?

«Bien equipado» era una expresión improcedente, pero la defensa de Nenna, siempre lenta en sus reacciones, no opuso objeción alguna.

—No quería preocuparlo. Además, muchísima gente daría cualquier cosa por vivir en el río.

—Está cambiando usted de posición, señora James...

—Cuando le envié unas fotos a mi hermana, que vive en Canadá, le pareció muy bonito.

—¿Lo encontró romántico?

—¡Sí, es muy romántico!

—¿Especialmente para quienes no lo conocen bien?

—No puedo responder a eso.

—Puede que conozcan la pintura de Whistler, o acaso su afirmación de que cuando la niebla vespertina viste la ribera de poesía, como si la cubriese con un velo, y los humildes edificios se pierden en el cielo oscuro, y las altas chimeneas se

convierten en campaniles, y los almacenes son palacios en la noche, y la ciudad entera cuelga de los cielos, y el país de las hadas se extiende ante nosotros... entonces el caminante se apresura para volver a casa, y la naturaleza, que por una vez no ha desafinado, entona su exquisita canción sólo para el artista, su hijo y su señor: ¿su hijo porque la ama y su señor porque la conoce...? ¿Quiere que vuelva a leerle esa declaración, señora James?

Nenna guardó silencio.

—¿No es cierto sin embargo que Whistler vivía en una casa confortable?

Nenna no se daba por vencida:

—Uno en seguida se acostumbra a las pequeñas incomodidades. A la mayoría de la gente le gusta mucho.

—Señora James, cuando su marido regresó a este país con la intención de reunirse con su esposa y sus hijas, ¿le gustó mucho la casa flotante llamada Grace?

—¿No son demasiado húmedas muchas de esas casas flotantes o embarcaciones en desuso, incluido el *Grace*?

—Señora James, ¿le gusta a usted su marido?

—Señora James, ¿es cierto, o no, que su marido se quejó por el hecho de que el *Grace*, además de ser húmedo, necesitaba continuas reparaciones y era difícil, si no imposible para ustedes, mantener una relación sexual satisfactoria teniendo en cuenta que su camarote era al mismo tiempo una especie de pasillo por el que sus hijas iban y venían constantemente para acceder a la escotilla, y que una interminable sucesión de personas, incluido el lechero, andaban pisoteando la cubierta? Me dirá usted que el lechero se ha negado a seguir haciendo el reparto, pero eso viene a confirmar mi alegato anterior, en el sentido de que el barco no sólo no es apto para vivir, sino que es insalubre.

—Yo amo a mi marido, lo quiero. Los quince meses y ocho días que estuvo ausente fueron los más largos de mi vida. Sigo sin creer que todo haya terminado. ¿Por qué no puedo estar con él? ¿Por qué no viene con nosotras? No ha encontrado un sitio donde podamos vivir juntos. Está viviendo en una pensión, al noreste de Londres.

—42 b Milvain Street, Stoke Newington.

—¡Por el amor de Dios! ¿Quién sabe dónde está eso?

—¿Ha intentado usted en algún momento ir allí para ver al demandante, señora James? Me veo en la obligación de recordarle que no podemos admitir ninguna prueba si no es de primera mano.

De manera que ahora todo había terminado. Ella era la demandada o, mejor dicho, la acusada, y debería haberlo sabido desde el primer momento.

—Repito. ¿Ha estado usted alguna vez en Milvain Street, lugar que, a juzgar por lo que todos nosotros sabemos, puede ser un hogar perfectamente adecuado para usted y su familia?

—Sé que no es posible. No podría serlo.

—¿Vive él allí solo?

—Sí, estoy completamente segura.

—¿No hay otra mujer?

—Nunca lo ha mencionado.

—¿En sus cartas?

—Nunca le ha gustado demasiado escribir cartas.

—Pero usted le escribe todos los días. ¿No es quizá un poco excesivo?

—Parece que no hago nada a derechas. Todo el mundo sabe que las mujeres escriben montones de cartas.

Nenna había empezado a gritar, lo que mereció la desaprobación de la sala.

—Sólo quiero que ceda un poco. ¡Sólo quiero que diga que he hecho bien al encontrar un lugar donde vivir!

—Depende demasiado de los elogios, señora James.

—Eso depende, señorita, de quién procedan.

—¿Podría decirse que es usted una mujer muy obstinada? —Eso fue una intervención de su conciencia, aunque lo cierto es que en el pasado jamás se había distinguido por su obstinación, y resultaba muy desconcertante ese empeño por el *Grace*, que tanto complicaba las cosas. En los momentos de mayor serenidad Nenna también comprendía por qué a Edward, aunque de corazón generoso, le costaba tanto ceder. No estaba en absoluto acostumbrado a ceder. Al parecer, su familia nunca tuvo la costumbre de intercambiar regalos, lo cual resultaba inconcebible para Nenna, cuya infancia había estado repleta de regalos que transmitían en sus brillantes envoltorios disculpas, amor y reconciliación en abundancia. Edward no sabía expresarse de ese modo. Y tampoco sabía comprar. Por ejemplo, cuando nació Martha, Edward pensó que debía llevar flores al hospital, pero no sabía que si compras una azalea en pleno invierno y la llevas en autobús y recorres con ella calles heladas, todos los brotes se mueren por el camino.

Nenna no le puso reparos a la azalea marchita. Fueron las jóvenes madres de las camas contiguas quienes se rieron al verla. Esto ocurrió en 1951. Dos de los bebés que nacieron en aquel hospital fueron bautizados con el nombre de Festival.

—Preste atención, señora James.

El primer alegato del caso fue una lamentable discusión, relatada ante el tribunal con pelos y señales. Edward no había regresado de Centroamérica con ningún dinero ahorrado, aunque Nenna tampoco lo esperaba. Si hubiese ahorrado algo habría cambiado de carácter y habría dejado de ser el hombre a quien ella amaba. Además, lo importante es que tenían el *Grace*. Nenna, optimista por naturaleza, se proponía pedirle a la madre de Edward que se ocupara de las niñas durante algún tiempo. Edward y Nenna estarían solos en el *Grace* y podrían cerrar las escotillas y pasarse las veinticuatro horas del día en la cama si les apetecía.

—Señora James, ¿pretende que este tribunal crea que era usted sincera en este punto? Sabe usted bien que su suegra vive a una distancia considerable,

concretamente en un barrio de Sheffield, y que en ningún momento se ha ofrecido a cuidar de las niñas.

Edward había hecho la misma objeción. Pero lo cierto es que la discusión en cuestión, puestos a analizarla con tanto rigor, no se había desencadenado por este asunto, sino por otro completamente distinto: dónde diablos había metido Nenna sus raquetas de squash mientras él estuvo ausente. Ambos pensaron que el clima de Panamá sería perjudicial para las raquetas, aunque al final resultó que podría habérselas llevado sin problemas. Si Nenna las había guardado en el *Grace*, la humedad las habría destrozado. Pero la cosa era aún peor: las raquetas no estaban en el *Grace*. Nenna estaba muy arrepentida. ¡Ay, Dios mío, me pesa de todo corazón haberos ofendido! Treinta minutos de squash proporcionan a un hombre una cantidad de ejercicio equivalente a dos horas de cualquier otro deporte. Edward le había confiado la custodia de sus raquetas, lo cual en cierto sentido era un deber sagrado. Pero Nenna era incapaz de recordar dónde las había puesto.

—¿Las has perdido deliberadamente?

—Yo no hago nada deliberadamente.

Eso parecía ser cierto. Los actos de Nenna eran a veces defensivos, a veces confiados, casi siempre inoportunos.

—¿Perdió usted el control en esta ocasión y le arrojó un objeto contundente al señor James?

Sólo había sido su libreta de ahorros, y Edward tenía toda la razón cuando dijo que no valía la pena mirarla.

Pero el alegato de la discusión, aborrecible y desconcertante al ser expuesta a los ojos de otros, cambió entonces de rumbo y se convirtió finalmente en una prueba para la defensa. En pleno arrebató de ira Edward le había preguntado a Nenna qué día de la semana pensaba ella que era, pues en aquel momento, en el distorsionado mundo de la discusión, este detalle había cobrado la máxima importancia.

—Vamos a ver, ¿es miércoles o jueves?

—No lo sé, Ed; lo que tú quieras.

Viéndose con entera libertad para elegir, Edward se aplacó de inmediato, y por fortuna pasaron varias horas a solas en el barco. Las niñas estaban en el colegio, y todo el dolor que Nenna hubiera sentido a lo largo de su vida se diluyó en la felicidad que fluyó entonces como la corriente, con sus diversos torbellinos, del gran río que se extendía a su alrededor.

Puede que el caso se estuviera viniendo abajo, para decepción de los abogados de la defensa, a quienes, por lo demás, no resultaba fácil distinguir de los de la acusación. Bastaba muy poco para llegar a un «acuerdo», pero la palabra «acuerdo» parecía apuntar a dos personas arrogantes, mientras que ambos eran bastante humildes. Tampoco era cierto, como de manera poco parcial insinuó la acusación, que a Nenna y a Edward les gustase vivir en un ambiente de crisis. Ambos necesitaban tranquilidad y recordaban con agrado los momentos de paz que habían

compartido, hallando en ellos su verdadero hogar.

Cuando Nenna no estaba en el estrado, a veces se sorprendía a sí misma preparándose para una inspección en la que Edward o la madre de Edward o un poder superior a cualquiera de ambos podía presentarse —Nenna esperaba que lo hicieran cuando la marea estuviera baja— con la intención de sorprenderla in fraganti. Dispuesta a superar esta prueba, Nenna dejaba que la imagen se desvaneciera mientras brillantaba los metales y limpiaba el barco. La cubierta debía estar limpia, las escotillas bien cerradas, Stripey fuera de la vista y, sobre todo, las niñas debían acudir al colegio con normalidad.

—El lunes iréis las dos al colegio, ¿verdad que sí, Martha?

Martha, como su padre y como Richard, no veía la necesidad de imaginar ficciones. Miró fijamente a su madre con sus ojos castaños.

—Iré y llevaré a Tilda cuando la situación lo permita.

—Pues el padre Watson volverá a visitarnos.

—No lo creo, mamá. La última vez perdió el equilibrio en la plancha del portalón.

—Estoy harta de poner excusas.

—Deberías decir la verdad.

¿De qué modo podría resultar aceptable la verdad? Tilda había desencadenado los acontecimientos con su espontaneidad ante la vida, como hacía siempre. Obligada por las monjas a bordar en punto de cruz un paño para sujetar la tetera como regalo para su padre, Tilda replicó que nunca había visto a su padre con una tetera en la mano y que papá se había marchado.

Lo cierto era que al salir de clase había perdido los quince centímetros de tela que tenía asignados para su bordado. Martha lo sabía, pero no quiso delatar a su hermana.

En un primer momento, Tilda contó una historia muy elaborada, diciendo que su madre estaba buscando un nuevo papá, pero su intuición, veloz como el vuelo de un pájaro, le indicó que estaba yendo demasiado lejos, y añadió entonces que ella y su hermana rezaban todas las noches a Nuestra Señora de Fátima para que su padre volviera pronto. Las cosas no le habían ido demasiado bien a Tilda hasta ese momento, a pesar de que sus lúcidos ojos grises, que revelaban claridad bajo la claridad, desafiaban a las monjas a no escandalizar a un ser inocente. Tilda tenía fama de ser de las que coloreaba los libros de un modo irreverente, pintando la barba de Nuestro Señor de color púrpura, o incluso verde, casi siempre, a decir verdad, porque nunca se molestaba en ser la primera en coger los lápices. Ahora, sin embargo, había pasado a inspirar compasión. Tras una entrevista en privado con la madre superiora, las hermanas anunciaron que todas las mañanas se rezaría un rosario especial durante el tiempo dedicado a los propósitos especiales, y que la Junior School en pleno rezaría para que el papá de Martha y Tilda volviera a casa. A continuación, si hacía buen tiempo, irían en procesión hasta la réplica de la gruta de Lourdes a tamaño natural construida en el patio de recreo con una variedad de roca artificial muy parecida a la antracita. La hermana Paul, autora de diversos devocionarios, escribió la

oración especial: «Corazón de Jesús, haz que los ojos del padre no católico de tus pequeñas siervas, Martha y Matilda, se abran, y que su alma tibia se torne ardiente, para que pueda regresar por siempre a su verdadero hogar, amén».

—Son buenas mujeres —dijo Martha—, pero no pienso volver allí mientras las cosas sigan así.

—Podría hablar con ellas.

—Yo de ti no lo haría, mami. Empezarían a rezar también por ti.

Levantó la vista disimuladamente para ver si Nenna se lo había tomado a mal.

Tilda apareció con una pelota de barro en los brazos y la dejó caer sobre la mesa. La pelota, que parecía carroña, se movió y estiró una flaca pata negra que resultó ser de Stripey.

—Se está autodestruyendo voluntariamente —observó Martha, pero cogió una toalla vieja y empezó a frotar a la gata, que atisbaba entre los pliegues de tela blanca como Lázaro a través del sudario.

—¿Cómo se ha puesto así? —preguntó Nenna—. Esto no es fango de la orilla.

—Estaba cazando ratas en el muelle y se cayó en una gabarra cargada de arcilla, la Mercantile Lighterage Limited, la de bandera blanca con un rombo negro.

—¿Quién la ha traído desde allí?

—Uno de los tripulantes la encontró en Cadogan Stairs y se la entregó a Maurice.

—Bueno, intenta escurrirle el agua de la cola. Con cuidado.

La arcilla se endureció rápidamente sobre la mesa y el suelo. Martha estuvo casi media hora pasando la fregona y raspando, hasta que Tilda se desinteresó por completo. Entretanto oscureció, y la oscuridad parecía ascender desde el río hasta fundir éste con el cielo. Nenna preparó la cena y encendió la estufa de leña. Las viejas barcas que antaño recorrían la costa este y los puertos del Canal gemían y suspiraban sujetas a sus amarras, mientras sus nuevos propietarios permanecían tranquilamente sentados en su interior.

Un haz de luz brillante, de color malva chillón, entró por la escotilla sin previo aviso.

—Debe de ser del *Maurice* —dijo Martha—; no puede ser una luz de la costa.

Oyeron a Maurice cruzar la plancha del portalón; luego una pisada más fuerte, al saltar el medio metro de distancia que lo separaba de la cubierta del *Grace*.

—Maurice no pesa tanto. Anda a saltos.

—¿Como un gato? —preguntó Nenna.

—Dios no lo quiera —dijo Martha.

—¡*Grace*! —llamó Maurice, imitando el tono de voz de Richard—. Puede que os apetezca venir y echar un vistazo.

Nenna y las niñas se sacudieron la pereza vespertina y salieron a cubierta, donde quedaron estupefactas. En la cubierta de popa del *Maurice*, ligeramente en ángulo con el *Grace*, se había operado una extraña transformación. La intensa luz —eso fue lo primero que llamó su atención— procedente de una vieja farola se inclinaba

peligrosamente, insinuando algo parecido a un montaje *amateur* de los *Cuentos de Hoffmann*, fabricada con planchas de plástico malva en lugar de cristal y siguiéndole el rastro a un largo cable que desaparecía bajo la carroza. La cubierta aparecía salpicada de algo que parecían adoquines, y el chigre de la borda de sotavento estaba horrorosamente pintado de rojo, blanco y dorado.

El agua que levantó al pasar un carbonero sacudió a los dos barcos, y el eco intenso de su ululante sirena inundó el aire, sofocando sus voces. Maurice, que permanecía con medio cuerpo en la sombra y otro medio teñido de púrpura intenso, logró decir al fin:

—Te recuerda a Venecia, ¿verdad?

Nenna vaciló.

—Nunca he estado en Venecia.

—Yo tampoco —dijo Maurice, decidido a disipar de inmediato todo indicio que pudiera interpretarse como un alarde de superioridad por su parte—. Lo digo por una postal que recibí una vez. Bueno, en realidad recibí bastantes, y a partir de ellas he conseguido reconstruir un rincón típico de la ciudad. No me refiero al Gran Canal, sino a otro más pequeño. Cuando haga una temperatura tan agradable como esta noche podréis dejar la escotilla abierta e imaginar que estáis en el corazón de Venecia.

—¡Qué bonito! —exclamó Tilda.

—Tú no pareces muy convencida, Nenna.

—Sí, sí. Siempre he querido conocer Venecia; casi más que cualquier otro lugar. Pero estaba pensando qué pasaría si se levanta el viento.

Lo que no debía preguntar, y al mismo tiempo tampoco debía considerar como algo que no debía preguntar, era qué pasaría cuando viniese Harry. El *Maurice*, un almacén de mercancías robadas, debía ofrecer un aspecto lo más discreto posible.

—Puede que muy pronto me marche al extranjero —dijo Maurice con indiferencia.

—¡No nos lo habías dicho!

—Pues sí, la otra noche conocí a alguien que me hizo una especie de oferta para un posible trabajo.

No valía la pena preguntar de qué clase; ya había habido demasiados intentos. A veces Maurice iba hasta Bayswater para perfeccionar la técnica del patinaje, con la esperanza de encontrar trabajo en el espectáculo de la pista de hielo. Puede que en aquel momento se estuviera refiriendo a eso.

—¿Piensas vender el barco?

—Sí, claro; cuando me vaya.

—Bueno, tu filtración no es tan grave como la del *Dreadnought*.

Este consejo pareció deprimir a Maurice, que intentaba colocar los adoquines en distintas posiciones.

Tengo que preguntarle a Willis qué tal le va... hay que pensar en muchas cosas...

supongo que si alguien pidiera una descripción de este barco el rincón veneciano podría pasar por una característica original...

Apagó la luz malva. La gente de los barcos no podía permitirse el lujo de derrochar la electricidad, y la demostración estaba planeada para más avanzada la noche, pero la había encendido antes para darles una sorpresa.

—¡Sí! Pronto viviré en tierra. Tendré que decirle a mi amigo que saque todos sus trastos de aquí, por supuesto.

—Maurice se está volviendo loco —dijo Martha en voz baja mientras regresaban al *Grace*.

El extraño período de optimismo de Maurice no duró mucho tiempo. Sensible al autoengaño en los demás, también era por desgracia muy consciente del suyo propio. No volvió a hablarse nunca más de la oferta de empleo, y pronto resultó imposible saber quién intentaba complacer a quién en lo relativo a la farola veneciana.

—¿Qué puedo hacer, Maurice? —preguntó Nenna. Confiaba en él más que en ninguno de sus vecinos. Para empezar, Maurice no comenzaba su jornada laboral hasta las siete o las ocho de la tarde, y solía pasar el día en el barco, siempre dispuesto a escuchar; otras veces, sus clientes se marchaban temprano, a eso de las dos o las tres de la mañana, y entonces Maurice, más alegre de la cuenta a causa del *whisky*, se presentaba en el *Grace*, conservando incomprensiblemente el equilibrio sobre la plancha del portalón, y se sentaba a esperar en la regala. Nunca bajaba, por miedo a molestar a las niñas. Nenna se envolvía en su abrigo y sacaba un par de mantas para él.

Cuando estaba un poco bebido, Maurice se convertía en un oráculo al llegar la madrugada: ambiguo, caprichoso, pero impresionante. Incluso su voz cambiaba ligeramente. Contaba las tristes verdades del beodo, revelando en un momento fortuito lo que jamás se había propuesto decir. Si la marea estaba baja, Nenna y Maurice observaban el resplandor que se formaba entre la pleamar y la bajamar; si se encontraba en un punto intermedio escuchaban la cadencia del agua y esperaban hasta que los barcos se elevaban; si estaba alta contemplaban el río como un dios poderoso, con su barba de espuma blanca formada por los restos de detergente, que llamaba a los veintisiete ríos perdidos de Londres para que volvieran a casa, suspirando a medida que declinaba la noche.

—¿Crees que debería marcharme, Maurice?

—No puedes.

—Tú dijiste que pensabas marcharte.

—Nadie se lo creyó. Tú tampoco. ¿Qué piensan los demás?

—Creen que tu barco es de Harry.

—Nada es de Harry; desde luego nada de lo que hay en las bodegas. Él prefiere vivir sin propiedades. En cuanto al *Maurice*, mi abuela me dio dinero para que me comprase algo cuando me fui de Southport.

—Yo nunca he estado en Southport.

—Es muy bonito. Coges el tren en el centro de Liverpool, y es la última estación, justo en la orilla del mar.

—¿Has vuelto alguna vez por allí?

—No.

—Si el *Maurice* es tuyo, ¿por qué tienes que hacer tratos con Harry?

—A eso no puedo responder.

—¿Qué harás si viene la policía?

—¿Qué harás tú si tu marido no vuelve?

Nenna pensó: «Tengo que aprovechar la oportunidad de resolver mis asuntos, aunque sea por puro azar, como quien arroja palitos a la corriente». Luego repitió:

—¿Qué haré, Maurice?

—¿Has ido a verlo?

—Todavía no. Aunque sé que debo ir. Iré en cuanto encuentre a alguien que pueda quedarse con las niñas un par de noches si fuera necesario. Gracias por ayudarme a tomar la decisión.

—No digas eso.

—¿Que no diga qué?

—No me des las gracias.

—¿Por qué no?

—No me las des por eso.

—Maurice, ya sabes que sola no soy capaz de tomar esa decisión.

—No deberías.

—¿Por qué no Maurice?

—¿Por qué te parece que es una buena idea? ¿Por qué crees que te sentirías más feliz si lo hicieras? No hay una sola clase de felicidad, sino muchas. Tomar una decisión es un tormento para cualquier persona con imaginación. Cuando decides algo magnificas las cosas que podrías haber hecho y que ahora ya nunca podrás hacer. Si esa decisión puede hacer daño a una sola persona no deberías tomarla. Todo el mundo te dice que te decidas antes de que sea demasiado tarde, pero si de verdad es demasiado tarde deberíamos alegrarnos. Sabes muy bien que tú y yo nos parecemos mucho, Nenna. Que nosotros debemos vivir donde vivimos, entre la tierra y el agua. Tú aún sigues medio enamorada de tu marido, y además está Martha, que ya es casi una adolescente, y Richard, que no puede renunciar del todo a la marina, y Willis, que es mitad artista y mitad estibador, y un gato que está medio vivo y medio muerto...

Se detuvo antes de describirse a sí mismo, si es que tenía la intención de hacerlo.

Partisan Street, situada frente al muelle, era un lugar peligroso, frecuentemente visitado por la policía en el curso de sus investigaciones. El rincón veneciano era como un regalo del cielo para los niños, que nada más salir del colegio se iban allí a tirar piedras. Harry regresó al *Maurice* transcurrida una semana, como siempre cuando no había nadie a bordo, para llevarse su remesa de secadores de pelo y arrojar por la borda la farola y los adoquines. Tilda, que era lista como un lince, recuperó buena parte del plástico púrpura, pero la mayoría de los trozos estaban rotos, y costaba imaginar que pudieran servir para algo. Maurice le agradeció la intención,

aunque tampoco le importaba demasiado.

Willis respetaba profundamente a Richard, a quien en su fuero interno consideraba el Capitán, y a veces así lo expresaba en voz alta. Además, y aunque en la reunión lo habían acusado abiertamente de falta de honestidad, su escala de valores era muy similar a la de Richard, sólo que Willis no se consideraba con recursos suficientes para aplicar estos valores con la misma frecuencia y en situaciones tan diversas como lo hacía el Capitán. Gracias a Dios no parecía probable que Richard llegase a encontrarse nunca en una situación desesperada, mientras que Willis, por su parte, pensaba que no había esperanza alguna para él a menos que lograra vender el *Dreadnought*. Según sus cálculos, 2.000 libras serían más o menos suficientes para marcharse y pasar el resto de sus días con su hermana viuda. No podía presentarse allí con las manos vacías, aunque todo el mundo le decía lo bien que le sentaría el cambio.

—La casa de mi hermana está construida sobre grava. Allí no se nota la humedad. Es imposible, por más que te empeñes.

Pero tampoco se veía el río, y Willis tendría que buscar el modo de llenar el gran vacío que quedaría en su vida cuando ya no pudiese observar el tráfico fluvial, arriba y abajo. Como muchos pintores de marinas, Willis nunca había visto el mar. Durante la guerra había trabajado como auxiliar de guardacostas. No tenía conocimiento alguno de navegación marítima, pero observar cómo cumplen los barcos con los trámites legales, conocer cada categoría, cada aparejo y cada cargamento es hacer de la inactividad virtud, y Willis, desde el *Dreadnought* y desde lugares tan alejados de la costa como el Cat and Lobster y Gravesend, había ejercido honrosamente el oficio de observador. A Willis, nacido en Silvertown y siempre envuelto en el ruido de los astilleros, le desagradaba el silencio. Como le ocurría a Tilda, le resultaba más fácil dormir cuando oía a las gabarras, como ataúdes de hierro en el Día de la Resurrección, chocar unas con otras en el amarradero durante toda la noche entre el murmullo del bajío.

Pese a su escaso éxito con el dibujo en el convento, Tilda también quería pintar marinas. Aspiraba a pintar exactamente como Willis, a dibujar el aparejo con una regla y que le saliera todo a la perfección. También quería disfrutar de una comida de domingo siempre que fuese posible, como hacía Willis, quien seguía la costumbre de sus vecinos de servir primero el budín de pasas con salsa y después el asado.

A Willis siempre le había ido bastante bien como artista, y sus cuadros, cuidadosamente envueltos en cartón y papel engrasado, eran despachados —pues algunos de sus clientes pertenecían a la marina mercante— a los puertos del mundo entero. Pero estos encargos, en su mayoría de los dibujos originales de los chistes y las viñetas que Willis había hecho en el pasado para las revistas, habían ido

decreciendo paulatinamente en los últimos diez años, al igual que los propios dibujos. El número de lectores que se reía al ver dibujos de pasajeros mareados o de contramaestres que timaban al segundo oficial disminuyó rápidamente después de la guerra.

Algún que otro corresponsal ajeno al paso del tiempo aún le pedía confiado, desde cualquier lugar lejano, un cuadro de determinado barco. «Querido Willis: He sabido de buena tinta que has “tomado tierra” en algún lugar próximo al río de Londres y espero que puedas darme noticias del querido *Fortuna*, construido en 1892 y aparejado cuando lo vi por última vez, en 1920, como un bergantín de trinquete cuadrado. Los barcos antiguos nunca mueren, y estoy seguro de que aún sigue recorriendo la Costa Este, aunque supongo que a estas alturas Payne ya habrá atracado en su último puerto... Me interesaría un óleo sobre lienzo o cartón (¡que supongo saldría algo más barato!) del *Fortuna* doblando el cabo a todo trapo en malas condiciones climáticas, digamos que con viento de fuerza 6...».

Willis no podía sino rezar para que quienes le enviaban tales cartas, varados en puertos en los que la guerra había pasado casi inadvertida, no regresaran jamás y nunca llegaran a ver lo mucho que todo había cambiado.

Willis a veces llevaba a Tilda, en su calidad de aprendiz de pintora, a la Tate Gallery, situada a unos cinco kilómetros del muelle. No había entonces metro hasta Pimlico, y llegar hasta Victoria era toda una aventura. En la estación de Sloane Square, Willis señalaba la impresionante tubería de hierro que surcaba el aire muy por encima de la fila de pasajeros.

—Mira, ésa es la que canaliza el río Westbourne, que fluye desde Paddington. Si llegara a romperse tendríamos que salir todos a nado.

Tilda observó la enorme tubería.

—¿Dónde desemboca?

—¿El desagüe? En una de las grandes alcantarillas, cariño. Voy a preguntar su nombre exacto para que lo sepas —dijo Willis. Y lo anotó en un papel.

Los demás pasajeros se apartaron de los desaliñados habitantes del río, tan alejados de su elemento.

Laura no veía con buenos ojos que la niña pasara toda una tarde sola con un anciano, por lo demás poco escrupuloso. Le contó a Richard un montón de historias sobre el tema, algunas sacadas de los periódicos, y le sugirió que debía tomar cartas en el asunto. Pero Richard dijo que no era necesario.

—Tú mismo dijiste que no era un hombre honrado.

—No es necesario.

Willis y Tilda solían parar durante el camino para comprar bolitas de anís en una tiendecita de Vauxhall Bridge Road, donde parecían alegrarse de recibir a cualquier clase de clientes. Las bolitas se vendían a granel, pero se empaquetaban en una bolsa de papel especial donde se leía: *¡VAMOS, NIÑOS, PROBAD ESTA NUEVA GOLOSINA QUE SE CHUPA Y SE MASTICA!*

Willis nunca había conocido a muchos niños, y hasta que Nenna llegó al muelle más bien había tendido a olvidar que existían tales criaturas. El peculiar sabor de las bolitas de anís, de las peores golosinas que se hayan hecho jamás, le recordaba a Willis tiempos pasados.

Una vez en la Tate Gallery, sólo les quedaba tiempo para ver las pinturas marinas y fluviales, los Turner y los Whistler. Willis los alababa con esa mezcla de orgullo y humildad propia de un heredero, aunque fuera muy lejano. Para Tilda, esos hermosos cuadros eran prolongaciones de su vida a bordo. Le resultaba extraño que Turner, que había pasado tanto tiempo en el muelle de Chelsea, no supiera que una gaviota brilla siempre en su punto más alto. Muy consciente de hallarse en un lugar público, se esforzaba por hablar en voz baja, pero Willis no la oía, y Tilda repetía la frase subiendo el tono.

—¿Ese de ahí es de Whistler?

El vigilante la observaba con la esperanza de que la niña se acercase un poco más al cuadro y él pudiera aliviar el tedio de sus largos días en el museo diciéndole que se alejara.

—¿Por qué puso ahí esas dos luces rojas? ¿Por qué no están completamente cubiertas de agua? ¿Qué hacen ahí, entre las luces de fondeo?

—No se le escapa una —le dijo el vigilante a Willis—. Me refiero a su nieta.

A Tilda le entusiasmó la confusión.

—¿Seguro que no estás cansado, abuelito? Volvamos a nuestro barco. Cógete de mi brazo; aunque soy pequeña, soy fuerte.

Willis reaccionó admirablemente, casi sin prestar atención al comentario de Tilda.

—Whistler era un pintor excelente. No te quepa la menor duda. Sólo los aficionados piensan que no lo era. Mira, ése es el puente de Battersea. El antiguo puente de madera. Lo pintó sobre un fondo gris, para ahorrarse problemas. La marea está bajando y la gabarra aprovecha la corriente.

Acordaron que a su regreso tomarían el té en el *Grace*.

—¿Cuántos años le parece a usted que tengo, señora James? —preguntó Willis inclinándose tranquilamente hacia adelante—. No me diga que nunca se ha parado a pensar en eso. Sé por experiencia que todo el mundo se pregunta qué edad tienen los demás.

No había escapatoria.

—Puede que ande usted más cerca de los setenta que de los sesenta.

Willis nunca cambiaba de expresión rápidamente. Al parecer le costaba un gran esfuerzo mover las acartonadas mejillas tostadas y las rígidas cejas grises que parecían reposar sobre sus gafas de gruesos cristales.

—Cuando salgo a hacer una de mis excursiones o mientras dibujo, me olvido de mi edad.

Ahora ya no tendría tiempo para ninguna de las dos cosas. La limpieza del barco y preparar las visitas de los posibles compradores ocupaba su horizonte por completo.

Sus pensamientos partían de la simpleza y llegaban a la simpleza. Si era posible ocultar la filtración principal enseñando el barco sólo con la marea baja, pensaba Willis, también lo sería resolver el problema igualmente grave de la lluvia —pues las falcas estaban especialmente deterioradas en una zona en concreto— situándose directamente debajo de la gotera con una especie de enorme sombrero impermeable. Estaba seguro de que tenía uno guardado en alguna parte.

—Sólo sabe vender sus dibujos —le dijo Woodie a Charles—, y aún en ese caso me parece que no saca por ellos lo suficiente. Yo diría que es un inocente.

—Entiende mucho de barcos.

—Vive en el pasado. El otro día me preguntó por un tal Payne, que al parecer murió hace años.

Richard veía claramente, aunque con reservas, cuál era su deber y encomendó la venta del *Dreadnought* a la empresa de un viejo amigo de la Reserva Naval que, tras abandonar el ejército, se había asociado con un agente inmobiliario de Halkin Street. Puede que «conocido» fuese un término más exacto que «amigo», pero la diferencia estaba más clara en tiempos de paz de lo que lo había estado durante la guerra.

El agente inmobiliario era un hombre moderno y deseaba, según la moda de esos años, darle al anuncio un toque desenfadado, convencido de que éste debía aparecer no donde Willis había pensado publicarlo, en el *Exchange and Mart*, sino en los principales diarios.

—... en el Battersea de Whistler... agua caliente central... ¿no es eso? Bien; electricidad, dos camarotes, uno de ellos ideal para un pequeño holandés errante... enorme bodega estilo Cutty Sark espera reforma completa... con viejo lobo de mar a bordo... posibilidad de persuadirlo para que se esté quieto un rato si se le ofrece una ronda de ron.

El socio fundador se encargaba normalmente de redactar los anuncios, aunque los demás pensaban que, si se les diera la oportunidad, podrían hacerlo mejor.

—El *Cutty Sark* era un clíper que transportaba té —dijo Richard—. Y no creo que sea cuestión de que Willis permanezca a bordo. De hecho ése es el meollo de la transacción.

—¿Este barco estuvo en *Dunquerque*?

—Algunos fueron llamados a filas —dijo Richard—. El *Grace* y el *Maurice*, pero el *Dreadnought* creo que no.

—Es una lástima. Podría haber sido un buen reclamo para la venta. ¿Qué te parece si continuamos esta discusión con un buen vaso de ginebra con biter, Richard?

—Esta propuesta, muy habitual en el amigo o conocido de Richard, le había hecho ganarse el apodo de Pinkie^[2].

A raíz de este encuentro Richard tuvo un conflicto de conciencia. Sin duda era asunto del comprador solicitar la opinión de un perito, ya se tratase de una casa o de un barco, y Pinkie no ofrecía ninguna garantía sobre el estado del *Dreadnought*, si

acaso, eso sí, sobre su originalidad. Por otro lado, Pinkie parecía haber perdido la cabeza hasta cierto punto, llevado acaso por la perspectiva de destacar en los negocios con su novedoso enfoque. ¿Es posible que hubiera sido igual de irritante cuando era oficial de guardia en el *Lanark*? Pero el punto débil de la cuestión —el que más atención requería y aquel sobre el cual Richard siempre acababa insistiendo—, el punto más débil era ciertamente Willis. Según Laura, Willis había empezado a despreocuparse de sí mismo. Una vez fue a visitarlo sin avisar y se encontró con que una de las niñas de Nenna, la pequeña, estaba cocinando una especie de revoltijo para Willis en la cocina del *Dreadnought*. A Richard le gustaban bastante los cuadros de Willis y le había encargado un dibujo del *Lord Jim* a acuarela y pluma. Veía que el anciano estaba muy necesitado de lo que para otros sería una cantidad de dinero insignificante, sólo para ir tirando.

Richard no era consciente de que había dejado de razonar y había permitido que una serie de imágenes superpuestas —el dibujo del *Lord Jim*, Tilda cocinando— sustituyeran al razonamiento, de tal modo que el funcionamiento de su mente no se diferenciaba mucho del de Maurice o el de Nenna. Pero el producto final sería muy distinto: no múltiple y ambiguo, sino único y definitivo. El mundo no podría mantenerse en su estado actual si Richard careciese de esta facultad.

Una vez le hubo explicado detalladamente a Willis lo que se proponía hacer, Richard invitó a Pinkie a comer fuera. Tenía que llevarlo a un restaurante, pues el único club al que Richard pertenecía era el Pratt's, pero lo descartó porque era imposible almorzar allí. Había además algo inexplicable en Richard —acaso la misma obstinación que lo inducía a vivir en un barco aunque su matrimonio peligrase por esta circunstancia— que lo atraía hacia el Pratt's, pues allí sólo se organizaban fiestas con ocasión de la muerte de un rey o de una reina.

Richard invitó a Pinkie a un restaurante en el que tenía cuenta de crédito y en el que, al menos, no era difícil saber qué bebidas pedir. Pinkie bebía de un modo curioso, muy curioso en verdad, habida cuenta de la cantidad de ginebras que a buen seguro se había tomado en el curso de la semana, como si el vaso fuese un agujero en el hielo ártico y beber su única esperanza para sobrevivir.

—Por cierto, Richard, ¿cuándo pensáis Laura y tú acabar con esa tontería de vivir en medio del Támesis? Es el momento de comprar una vivienda; estoy seguro de que eres consciente de ello.

—¿Dónde? —preguntó Richard. Se preguntó por qué habría mencionado Pinkie a Laura y sintió que el corazón le daba un vuelco al comprender que Laura ya no ocultaba su descontento y que el eco de su malestar había recorrido sin duda cierta distancia.

—¿Dónde? En un lugar propio de un caballero —replicó Pinkie, abriéndose camino entre su barrera de hielo—, por ejemplo en Northamptonshire. Podrías venir en coche sin problemas todas las mañanas, estar en la oficina a eso de las diez y

volver a casa a las seis y media. Calculo que pasarías aproximadamente un sesenta por ciento de tu vida en el trabajo y un cuarenta por ciento en casa. No está nada mal. Ten en cuenta que este tipo de viviendas jacobinas no salen al mercado todos los días. Tenemos mucha suerte de poderles echar el guante. Aunque también podrías instalarte en Norfolk, si te interesan las embarcaciones pequeñas.

Richard se preguntó por qué el hecho de vivir en un barco más o menos grande debía significar automáticamente que le interesaran las embarcaciones pequeñas.

—Creo que Norfolk no me gustaría. —Algunos parientes de Laura vivían allí, pero Richard no había ido con Pinkie al Relais para hablar de ellos—. No creo que hagas negocio con el *Lord Jim* —añadió—. No me parece una buena inversión.

—Entonces, ¿por qué narices lo compraste?

Ésta era una pregunta a la que Richard no deseaba responder. Entretanto, el camarero puso frente a cada uno de ellos un plato caliente, con un nombre y un emblema grabado, y poco después volvió a retirarlo, lo que presumiblemente simbolizaba el cubierto que el restaurante cargaba en la factura. A continuación trajo diversos entrantes incomedibles, tales como pan duro y unos mariscos de dudosa calidad. Pinkie se puso a mordisquear un fragmento crudo.

—Si te parece mejor podemos llamarlo viejo cascarón y no mencionar al lobo de mar.

—¿A quién?

—A ese Willis amigo tuyo. Tampoco hay que ponerse demasiado literarios.

El camarero los invitó a elegir entre *coq au vin* y *ragôut* de cordero, platos ambos que en otras circunstancias recibirían simplemente el nombre de estofado.

—Este hombre sabe cómo hacer su trabajo —dijo Pinkie. Richard se mostró de acuerdo con él.

El vino no era especialmente bueno, aunque tampoco podía decirse que Richard fuese un *sommelier*. Pinkie no dijo nada al respecto, pues estaba algo aturdido por la ginebra y no era él quien pagaba, y Richard tampoco, porque después de pensarlo un rato concluyó que el vino tenía la calidad suficiente para el paladar de Pinkie.

Una vez les hubieron servido el *coq au vin*, el camarero lanzó sobre sus platos, desde una fuente misteriosamente dividida, unas verduras mustias, y Richard comprendió que había llegado el momento de ir directo al grano.

—La verdad es que no tengo un interés especial en la venta, pero quiero hacer todo lo posible por ayudar a este artista retirado, a Sam Willis —dijo—. Es un buen amigo, y recordarás que además de la foto en color te di todas las características del barco.

—Sí, claro. Las tienen en la oficina. La impagable señorita Barker. Bien, sigamos.

—Creo que debo decir que en ningún caso hablé de un peritaje... eso es cosa del comprador.

Otro camarero llegó con un carrito que mostraba diversos restos de tarta decorados con una sustancia blanca, y unas rodajas de manzana sumergidas en agua,

en un cuenco de cristal. La sola idea de comer aquello parecía del todo absurda, pese a lo cual Pinkie pidió que le sirvieran un poco.

—Sí, los detalles. Tendré que volver a la oficina para comprobarlo, como ya he dicho, pero supongo que no me negarás primero una copa de coñac.

Richard llamó al camarero.

—Hay algo que no he mencionado, pero que quisiera dejar muy claro, y es que tengo razones para pensar que ese barco, el *Dreadnought*, tiene una vía de agua importante.

Pinkie se echó a reír, escupiendo al aire cargado parte del coñac que le habían servido.

—Seguro que sí. Estos barcos viejos son como un colador. Igual que las casas de época, que están podridas como un queso rancio. Todo el mundo lo sabe. Pero la edad también tiene un valor.

Richard suspiró.

—Pinkie, ¿has pensado alguna vez lo que significaría pertenecer a una clase de objetos que se *revaloriza* con el paso del tiempo? Casas, robles, muebles, vino, ¡cualquier cosa! Tengo treinta y nueve años, no sé cuántos tienes tú...

Pero Pinkie no captó la idea, y media hora después Richard firmó la factura y ambos salieron juntos del Relais. Pinkie aún pensaba con suficiente claridad como para saber que había muy pocas posibilidades de que le encargasen la venta.

—Puesto que no hay quien te apee de tu propósito, Richard —dijo abrazando torpemente a su amigo por culpa del paraguas—, puesto que no das tu brazo a torcer y eres un cabezota testarudo, no puedo hacer nada para convencerte. Vives en ninguna parte; no perteneces ni a la tierra ni al agua. —Como Richard no respondiera, Pinkie añadió—: Ya hablaremos. Nos veremos pronto.

El segundo o tercer grupo de compradores enviados por Pinkie, un agente de seguros y su mujer, que buscaban un espacio para dar fiestas en verano sólo con la marea alta, se mostraron encantados con el *Dreadnought*. El día de la inspección llovía ligeramente, pero Willis, que no había logrado encontrar su sombrero impermeable y tuvo que conformarse con un sombrero de fieltro, se instaló en su puesto de guardia bajo la gotera, en las falcas, mientras un ingenuo empleado de la agencia mostraba el resto del barco. La cocina era muy estrecha, pero tanto los arcones, que aún llevaban el rótulo de *PARA DOS MARINOS*, como la camareta alta, desde donde Willis había observado el devenir de la vida en el río, causaban una buena impresión.

—Seguramente se han fijado ustedes en la calidad del tablazón de cubierta —dijo el empleado de la agencia—. Los extremos son de olmo inglés... a partir del centro, y el resto es de roble. A esto se refería Nelson cuando hablaba de tabiques de madera. No digo que no tengan algunos desperfectos... Está un poco deteriorado en algunas zonas...

Al cabo de unas semanas, que a Willis le parecieron años, los abogados del agente de seguros hicieron una oferta condicional por el viejo barcucho y finalmente accedieron a pagar 1.500 libras, siempre y cuando el *Dreadnought* siguiera en buen estado seis meses más tarde, en la primavera de 1962.

Seis meses, repetía Willis. La espera era larga, pero no imposible.

Richard sugirió que, entretanto, convendría cambiar las bombas y los pozos, y también algunas zonas del casco. No alcanzaba a comprender que estaba tratando con —o más bien intentando ayudar a un hombre que jamás había sentido la necesidad física o emocional de sustituir nada. El aspecto de Willis, su pelo negro, corto y erizado, y su cara de boxeador profesional, apenas había cambiado desde los tiempos en que hacía el vago en el colegio y empezaba a merodear por los muelles. A decir verdad, había tenido una esposa, así como una anciana y perdurable madre que había sido una excelente ciclista, además de defensora de la causa laborista en su localidad, pero ambas habían muerto de cáncer, y en casos así la sustitución resulta imposible. El organismo o se regenera espontáneamente o deja de funcionar, pero con las emociones no ocurre lo mismo, y mucho menos con las de Willis. Había llegado al extremo de dudar del valor de cualquier nuevo comienzo y a depositar su confianza en poco más que en el arte de ser coherente. El *Dreadnought* se había mantenido a flote durante más de sesenta años, y Richard, por más que fuese el Capitán, no entendía de maderas. Todo intento de reparar la vieja embarcación significaría muy probablemente su fin. Willis recordó la última vez que fue al dentista. En la década de 1960 los servicios odontológicos eran gratuitos, aunque había que firmar un montón de documentos ininteligibles con la esperanza de evitar la cirugía. Pero cuando el dentista le anunció que era urgente e imprescindible sacarle dos dientes, Willis se levantó y se fue, alegrándose de no haberse quitado el abrigo, lo que le ahorraría la necesidad de entrar en discusiones mientras iba a buscarlo a la sala de espera. Si pierdes uno, y aún peor si son dos, pierdes todos los demás, se dijo.

—Al *Dreadnought* aún le quedan unos cuantos años de vida —insistía—. ¿Qué clase de reparaciones puedes hacer en la madera de roble?

—¿Le has preguntado por la prima del seguro? —le preguntó Laura a Richard.

—No hay seguro. Estos barcos tan viejos... como mucho pueden conseguir un seguro contra incendios, pero no contra inundaciones o tormentas.

—Me voy a casa un par de semanas. Puede que sean más de un par de semanas... en realidad, no sé por cuánto tiempo.

—¿Cuándo?

—En seguida. Necesitaré algo de dinero.

Richard evitó mirarla, por temor a que ella interpretase que su mirada tenía alguna intención en particular.

—¿Y qué pasa con el Grace? —continuó Laura.

—¿Con el Grace?

—¿Está en mal estado?

Richard suspiró.

—No en tan buen estado como sería de desear. Aunque sus problemas están principalmente por encima de la línea de flotación. Le he dicho mil veces a Nenna que debería contratar a alguien de confianza, un marinero retirado sería lo más adecuado, para que venga de vez en cuando y se ocupe de ponerlo todo en orden. Para empezar, no hay tabiques entre los camarotes.

—¿Te lo ha dicho Nenna?

—Tú misma lo verás, si pasas por allí.

—Qué raro que te diga eso.

—Supongo que la gente se ha acostumbrado a contarme sus problemas, hasta cierto punto —dijo Richard mientras entraba en el camarote para quitarse los zapatos negros y ponerse unas zapatillas de piel rojas que, como el resto de sus viejas ropas, parecían no gastarse nunca. Las zapatillas le hicieron sentirse menos cansado.

—Hay más problemas en el *Grace* que en el *Dreadnought*, ¿verdad?

—No estoy seguro. Nunca lo he calculado exactamente.

—En todo caso, no vale la pena hablar de eso. Supongo que ellos también hablarán de nosotros.

—¿Tú crees?

—Dicen: «Mira, ahí va la señora Blake. Me pone enfermo; siempre parece harta de todo».

A Richard no le gustaba pensar en dos cosas al mismo tiempo, sobre todo al final del día. Besó a Laura, se sentó e intentó ordenar los dos asuntos, que se le presentaban en forma de titular de prensa. Una arruga inclinada se dibujó en su entrecejo, en la mitad superior de la frente. El problema de Laura era que no tenía suficiente actividad —no tenía hijos, aunque últimamente no había dicho nada al respecto—, y a Richard se le encogía el corazón, porque se había empeñado en hacerla feliz, pero no lo había conseguido. Nenna, por el contrario, tenía demasiado trabajo. Si su marido la había abandonado, como parecía ser el caso, debería entablar algún tipo de relación con otro hombre para hacer frente a las cosas. Según la experiencia de Richard, todas las mujeres tenían montones de relaciones con hombres. Laura, por ejemplo, tenía dos hermanos menores que no acababan de encajar en la empresa de agentes de bolsa en la que trabajaban, y un montón de tíos, uno de los cuales era un viejo verde que buscaba *au pairs* escandinavas poniendo anuncios en *The Lady*, y también primos en Norfolk. Nenna parecía no tener a nadie. Había venido desde Canadá. Este último pensamiento —Richard estaba seguro de que era Nueva Escocia— pareció resolver finalmente la cuestión, que en su mente se presentaba ahora como una estructura coherente y perfectamente engranada.

Laura era muy afortunada por el hecho de estar casada con Richard, quien por nada del mundo le habría hecho daño deliberadamente. Un par de semanas en casa de sus padres, pensaba Richard, en esa finca de tierra húmeda, seguramente servirían para que Laura reflexionase sobre las ventajas de vivir en el *Lord Jim*. Lo cierto es

que sus viajes no habían servido hasta el momento para nada similar, y Richard debía encontrar la mejor solución dadas las circunstancias. No estaba del todo satisfecho con el funcionamiento de su mente. Algo raro pasaba. No lo interpretó como un indicio de esperanza.

—Quiero invitarte a cenar fuera, Lollie —dijo.

—¿Por qué?

—Estás tan guapa que quiero que todo el mundo te vea. Seguro que se preguntan cómo aceptas salir con un tipo como yo.

—¿Adónde vas cuando invitas a comer a gente de la oficina?

—Al Relais, pero no es un buen sitio para ir de noche. Podríamos probar ese restaurante provenzal. Démosle una oportunidad.

—En realidad no te apetece salir —dijo Laura, pero desapareció en el camarote adicional donde, por desgracia, tenía que guardar sus vestidos. Richard se quitó las zapatillas, volvió a ponerse los zapatos negros y se marcharon juntos.

Martha y Tilda no disponían de dinero para sus gastos, pero como no iban al colegio, con lo que se evitaban comparaciones dolorosas, la situación tenía menos importancia, y no albergaban resentimientos hacia su madre porque ella tampoco tenía dinero. Nenna creía, no obstante, que en primavera conseguiría algún dinero cuando ocurriesen tres cosas, cada una de las cuales, al fundirse como bloques de hielo, empujaría lentamente a la siguiente. Edward volvería a vivir en el *Grace*, con lo que se ahorrarían la renta que él pagaba por su habitación; las niñas, una vez dejaran de rezar por ellas en la gruta, accederían a volver con las monjas; y con Tilda en el colegio, Nenna podría salir a buscar trabajo.

Martha no podía imaginar a su madre saliendo a trabajar, y sentía que el experimento resultaría probablemente desastroso.

—Vosotras no sabéis nada de mi vida —decía Nenna—. Durante las vacaciones trabajaba lavando platos, como asesora en campamentos de verano, en todo tipo de actividades.

Martha sonrió ante la idea de los viejos tiempos.

—¿Y sobre qué asesorabas? —preguntó.

Las niñas necesitaban dinero principalmente para comprar discos de Elvis Presley y Cliff Richard, cuyas fotografías, con una radiante sonrisa, presidían el camarote. Habían conseguido los carteles en la revista *Disc Weekly*. Si no podían permitirse los discos originales, podían comprar otros más pequeños que sonaban exactamente igual en el Woolworth de King's Road.

Como el resto de los niños londinenses que vivían en el río, Martha y Tilda sabían que el barro era una fuente de riqueza, pero eran demasiado listas para competir con los vecinos de Partisan Street en la búsqueda de monedas, medallas y lombrices de mar. Además, según les había dicho Willis, las lombrices eran mejores en el muelle de Limehouse. En los alrededores del *Grace* el gran río depositaba poco más que recipientes de plástico.

Estas expediciones exigían cruzar el puente, pues la corriente en el muelle de Battersea, situado entre los dos puentes, te arrastra hacia la orilla de Surrey. La responsabilidad de estas aventuras, que unas veces tenían éxito y otras no, terminó por dibujar en la frente de Martha una ligera arruga no del todo vertical e idéntica a la de Richard.

—Hoy vamos a buscar azulejos —dijo—. ¿Cómo está la marea?

—Alta en Gravesend a las 3, en el Puente de Londres a las 4, en el Puente de Battersea a las 4.30 —cantó Tilda rápidamente—. Marea viva, menguante durante siete horas y media, marea baja a las 12.

Martha observó a su hermana con escepticismo. Con tantos conocimientos, que

no le servirían más que para conseguir el título de piloto, y sus botas de agua sobre las que se había secado el barro de tantas mareas, tenía el aspecto de una criatura acuática, de un demonio de las profundidades, tal vez. Pase lo que pase no debo alejarme de ella, se prometió Martha.

Las niñas parecían aún más menudas de lo que eran mientras cruzaban el puente con su carretilla. Llevaban gruesos *anoraks* canadienses, enviados por su tía *Louise*.

Por debajo de la vieja iglesia de Battersea la marea había formado al retirarse una amplia plataforma de barro y grava. Aquí y allá se amontonaba la madera arrastrada por la corriente. Algunos ribereños la habían apilado y quemado junto al puente levadizo, con la intención de despejar la zona. El denso humo azul producía un olor hediondo, el desagradable espíritu del fuego y de la sal. A Tilda le entusiasmaba aquel olor, y aspiró con vehemencia.

Una vieja gabarra hundida yacía volcada un poco más allá del puente. Resultaba extraño, incluso inquietante, ver su fondo oscuro, plano y brillante boca arriba. Un barco abandonado, con la quilla vuelta hacia arriba, puede reposar con elegancia, pero una gabarra del Támesis no tiene más que un modo de conservar su dignidad.

La gabarra hundida llevaba el nombre de *Small Gains* y se había ido a pique hacía más de veinticinco años, cuando cientos de barcas aún navegaban a vela. Encallada en el fango, con su cargamento de ladrillos, no logró salir a flote con la marea alta y el agua terminó por volcarla. Los viejos ladrillos aún yacían desperdigados por la orilla. Una tormenta devolvió docenas de ellos, en su mayoría partidos o reducidos casi a polvo. Además de ladrillos, el *Small Gains* también había transportado cerámica. En determinado momento de la tarde, el sol se reflejaba sobre el agua desde la fábrica de gas, proyectando sus rayos casi al ras del muelle resplandeciente. Los expertos podían encontrar entonces un azulejo, aunque sólo si éste se había hundido en el ángulo correcto con respecto al lecho del río.

—¿Crees que mamá se está volviendo loca? —preguntó Tilda.

—No tenía intención de hablar de nuestros problemas hoy —respondió implacablemente Martha, añadiendo a continuación—... Mamá depende demasiado de Maurice o de cualquier persona amable. Debería evitar relacionarse con personas así.

Las niñas se sentaron a comer sus bocadillos en el muro del patio de la iglesia de Battersea. Los bocadillos contenían una sustancia para untar que a decir verdad lo pringaba todo.

—Si mañana te obligasen a casarte a punta de pistola, ¿a quién elegirías, Mattie?

—¿Te refieres a alguien de los barcos?

—No conocemos a nadie más.

Las gaviotas, capaces de detectar un trozo de pan a cientos de metros de distancia, avanzaron lentamente hacia las niñas sobre el banco de arena.

—A lo mejor te referías a Cliff.

—No, ni a Cliff ni a Elvis. Y tampoco a Richard, es demasiado evidente.

Martha se chupó los dedos.

—Últimamente parece muy cansado. Ayer por la noche invitó a Laura a cenar. ¡Nada más volver del trabajo! ¿Qué manera de relajarse es ésa? ¿Cómo puede un hombre llevar una vida así?

—¿Cómo iba vestida Laura?

—No lo distinguí. Llevaba puesto su abrigo nuevo.

—Pero ¿te pareció que Richard estaba cansado?

—Sí, sí.

—¿Crees que mamá se da cuenta?

—Todo el mundo se da cuenta.

Cuando les pareció que la luz alcanzaba el momento adecuado, arrancando destellos de fuego de los fragmentos de porcelana y vidrio roto, las niñas se pusieron manos a la obra. Tilda se tendió cuán larga era sobre una viga de madera. Éste era su cometido, porque Martha se magullaba fácilmente. Sólo ella sabía que era una princesa, y aguardaba el momento en que los moratones revelasen su verdadera identidad.

Tilda miraba con atención. Había que afinar mucho la vista.

—¡Ahí hay uno!

Comenzó a saltar de uno a otro, como si avanzase sobre una pasarela de piedras, sobre objetos que apenas soportaban su peso: neumáticos viejos, botas viejas y los esqueletos de embalajes sobre los que se posaban las gaviotas, que mostraban su disgusto al ser desalojadas. Más allá del punto en el que el fango empezaba a ser traicionero, allí donde el *Small Gains* había encallado para no reflotar jamás, Tilda se detuvo guardando el equilibrio sobre el manillar de una bicicleta hundida. ¿Cómo habría llegado la bicicleta hasta allí?

—¡Mattie, es una Raleigh!

—Si has visto un azulejo, cógelo inmediatamente y vuelve.

—¡He visto dos!

Con un azulejo en cada mano, balanceándose como una funambulista, Tilda regresó junto a su hermana. Bajo las llamativas luces de la carpa circense, hombres, mujeres y niños, todos a una, se pusieron en pie para aplaudir. ¿Quién era, se preguntaban unos a otros, esa desconocida que había conseguido lo que tantos otros habían intentado sin éxito antes que ella?

La fuente de agua limpia más próxima era la tubería del patio de la iglesia. A las niñas no les gustaba lavar allí sus hallazgos, porque el agua era para las flores de las sepulturas, pero Martha recogió un poco en un cubo.

A medida que la superficie del primer azulejo fue quedando libre de fango, aparecieron centímetro a centímetro, pequeñas zonas de lustre rojo rubí, resplandecientes como el corazón de una piedra preciosa; a continuación se reveló el perfil de un delicado pájaro de plata de estilo grotesco, que se sostenía sobre una de sus patas en el centro de un círculo de bayas y hojas negriazuladas, con el pico de

cobre bruñido.

—¡Qué bonito!

—Sí.

—¿Y el dragón?

La sinuosa cola de un dragón, también dorada y de vivos colores, se enroscaba como una orla en torno al borde del otro azulejo.

Ambos azulejos estaban deteriorados en su reverso, y sólo en uno de ellos se distinguían las letras *NDS END*, pero a Martha no le cupo la menor duda.

—Son de Morgan, Tilda. Dos de una vez; dos en una mañana.

—¿Por cuánto podremos venderlos?

—¿Te acuerdas de esa anciana, Tilda?

—¿La conozco?

—Tilda, la viste hace sólo tres meses. Me refiero a la señorita Stirling, la que vive en el caserón de Battersea. Su hermana estaba casada con William de Morgan, el propietario de la fábrica de cerámica, el que fabricaba este tipo de azulejos en la época victoriana. Tienes que acordarte. Estaba sentada en una silla de ruedas. Pagamos nuestra merienda, pero el dinero era para la Cruz Roja. Sólo pudimos tomar dos bollos cada una, porque de lo contrario la Cruz Roja no obtendría ningún beneficio. Nos contó todo esto y nos enseñó los azulejos y los cuencos, y el cepillo y el peine que usaba para peinarse la barba.

—¿Cuántos años tenía?

—Cumplirá cien en 1965.

—¿Cómo se llama?

—Wilhemina Stirling.

Tilda observó con atención el pájaro de pico brillante y dorado; había algo en él que inspiraba cierto temor.

—Será mejor que lo guardemos. Podrían robárnoslo.

Con expresión grave, como tantos buscadores ante la presencia del tesoro, envolvieron en el anorak de Tilda los azulejos, que en seguida perdieron su lustre y volvieron a quedar cubiertos por una fina capa de fango.

—¡Ahí está Woodie!

Tilda empezó a brincar, como un corcho arrastrado por la corriente.

—¿Qué está haciendo?

—Está sacando el coche.

No había garajes cerca de los barcos, y Woodie tenía que guardar su immaculado Austin Cambridge en el patio de un bar que había en la orilla de Surrey.

—Intento que nos vea —gritó Tilda—. Podría llevarnos a casa. Pondremos la carretilla en el asiento trasero.

—¿Es que no te das cuenta, Tilda? Se verá en la obligación de llevarnos porque siente lástima de nosotras. Una vez le oí diciéndole a Richard que estábamos desamparadas. Si nos lleva le estropearemos la tapicería, y eso sería aprovecharnos

de su amabilidad.

—No es culpa nuestra que sea amable. No son los amables quienes heredarán la tierra: son los pobres, los humildes y los mansos.

—¿Qué crees que les pasa a los amables?

—Que les dan una patada en la boca.

Woodie las invitó a subir al coche para atravesar el puente.

—Este invierno tendréis que cuidar de vosotras mismas —dijo—. Me temo que no podré llevaros más. Me marcho hasta la primavera. Estoy pensando en dejar el *Rochester* en dique seco. Necesita algunas reparaciones.

—¿Vas a embalarlo todo tú solo? —preguntó Tilda.

—No, bonita, mi mujer vendrá para echarme una mano.

—¡Tú no tienes mujer!

—Tú no la conoces, pequeña.

—¿Cómo se llama?

—Janet. —Woddie se puso a la defensiva, como si se hubiera inventado el nombre.

—¿Y cómo es?

—No le gusta demasiado el río. Siempre pasa el verano en otra parte.

—¿Te ha abandonado?

—Pues no. Tiene una caravana en Gales, en una zona muy bonita, cerca de Tenby. —Aunque Woodie había dado estas explicaciones a menudo, le sorprendía tener que hacerlo con una niña de seis años—. Pasamos el invierno juntos en nuestra casa de Purley. Tenemos un acuerdo amistoso.

¿Es que no había en todo el muelle de Battersea una pareja, casada o no, que conviviese con normalidad? Sí las había entre la gente que venía a pasar el verano en el muelle. Eran parejas que vivían juntas e incluso se multiplicaban, aunque nunca se había visto a un médico correr sobre la plancha del portalón con un maletín negro en la mano y caer al río. El *Bluebird*, alquilado por un grupo de enfermeras del Hospital de Waterloo, permanecía en estado de alerta, y cuando el parto era inminente, se ocupaban de que la ambulancia llegase de inmediato. Pero, a excepción del *Bluebird*, la zona central del muelle quedaría desierta a partir de la semana siguiente, o quizá de la siguiente a la siguiente.

Martha, que había decidido no pensar más en las molestias que estaban causando, le pidió a Woodie que no se detuviera junto a los barcos; seguirían con él hasta New King's Road.

—Queremos parar en el Bourgeois Gentilhomme —dijo, con ligeros restos del acento francés que las monjas le habían enseñado con tanto esmero.

—¿Es una tienda de antigüedades?

—Sí; vamos a vender una antigüedad.

—¿Habéis encontrado algo?

—Tenemos dos.

—¿Seguro que ya habéis estado en esa tienda?

—Sí.

—Os dejaré lo más cerca posible de allí —dijo Woodie. Se preguntó si debería esperarlas, pero quería volver al *Rochester* antes de que subiera la marea. Se quedó mirando a las niñas, que, en honor a la verdad, le dieron *cortesmente* las gracias; pensándolo bien no estaban tan mal educadas.

A veces Martha perdía el valor por completo. Su hermana, mucho más pequeña, siempre le llevaba ventaja en este sentido, y ambas lo sabían. Martha le dijo bruscamente a Tilda, que se había instalado en una mecedora a la puerta de la tienda, que entrase y le ayudase a negociar con el dueño. Tilda, que nunca se había sentado en una mecedora hasta ese momento, replicó que tenía las botas demasiado sucias.

—Además, soy Abraham Lincoln; estoy pensando.

—Tienes que entrar.

El Bourgeois Gentilhomme era uno de los muchos negocios de Chelsea dedicado a la venta de antigüedades. El ambiente, una vez cruzabas la pequeña puerta de la tienda, bloqueada por una mesa de billar victoriana, resultaba opresivo. Cada reloj daba una hora distinta. Desde una mesa situada en un rincón, una mujer vestida de negro y rodeada de muebles polvorientos les daba la espalda, ocupada al parecer en sus cuentas; acaso había sido cruelmente abandonada el mismo día de su boda y allí seguía desde entonces, negándose a tocar nada. No levantó la vista cuando entraron las niñas, aunque la mesa de billar estaba conectada por una cuerda a una campanilla que tintineó estridentemente.

—¿El señor Stephen, por favor?

Sin esperar respuesta, Martha y la reticente Tilda entraron en la trastienda, donde se encontraba la oficina. La destartada y estrecha estancia, que en su día fuera una despensa, no había sido *remodelada*; dos escalones bajaban a un pequeño patio donde se amontonaba la basura. El señor Stephen, sentado junto a una estufa de *parafina*, también estaba escribiendo en pequeños trozos de papel, haciendo sumas. Martha sacó los azulejos y los dejó delante de él.

Acostumbrado a los tesoros del río, el comerciante limpió la superficie hasta hacerla brillar, no con agua esta vez, sino con un líquido que sacó de una botella. Luego, quitándose sus gruesas gafas con gran parsimonia, cogió primero un azulejo, luego el otro, y los sostuvo por un extremo.

—¿Habéis venido desde tan lejos para enseñarme esto? ¿Qué creéis que son?

—Sé muy bien lo que son. Lo que quiero saber es cuánto puede ofrecernos por ellos.

—¿Tenéis más en casa?

—No estaban en casa.

—¿Dónde los habéis encontrado?

—Por ahí.

—¿Y estáis seguras de que no hay más?

—Sólo estos dos.

El señor Stephen examinó el pájaro de oro y plata a través de una lupa.

—Son unos azulejos muy bonitos, pero no valen nada.

—Entonces, ¿por qué se ha quitado usted las gafas con tanto cuidado?

—Siempre hago las cosas con cuidado, guapa.

—Son azulejos con lustre de rubí de William de Morgan —dijo Martha—, decorados en oro y plata... con acabado de «luz de luna y luz de estrellas».

—¿Quién os ha enviado aquí? —preguntó el señor Stephen.

—Nadie. Usted ya nos conoce. Hemos venido varias veces.

—Ya lo sé. Lo que pregunto es quién os ha dicho lo que debéis decir.

—Nadie.

—La señora Wilhemina Stirling —dijo Tilda—, que como mínimo tiene noventa y siete años.

—Bueno, sea quien sea esa persona, siento desilusionaros, pero estos azulejos no pueden ser de Morgan. Me temo que no entendéis lo suficiente. Supongo que no os habéis fijado en las letras que hay grabadas en el reverso: *NDS END*. William de Morgan tenía su fábrica en Cheyne Walk, y más tarde trasladó sus hornos a Merton Abbey. Esta marca no corresponde a ninguno de esos lugares.

—Claro que no. Estos azulejos son parte de una serie muy posterior. Su última fábrica estuvo en Sands End, en Fulham. ¿No lo sabía usted?

La dignidad exigía que el anticuario les devolviese los azulejos con una sonrisa compasiva, pero el hombre no se resistió a acercar el pájaro a la lámpara de sobremesa, de manera que la luz se extendió sobre la superficie del azulejo y pareció derramarse por sus bordes como una llama carmesí. En ese momento, Martha y el anticuario quedaron unidos por una extraña sensación de complicidad inesperada para ambos, de la cual se desprendieron con cierta dificultad.

—Bueno, creo que pueden interesarnos. El pájaro es el más bonito de los dos... el dragón me lo quedo sólo para que haga pareja con el pájaro. A lo mejor queréis cambiarlos por algo que veáis en la tienda. Hay cosas preciosas... juguetes muy antiguos. Tu hermanita...

—Odio los juguetes antiguos —dijo Tilda—. Los juguetes antiguos eran para los niños antiguos.

—Una cajita de música victoriana...

—Está rota.

—No lo creo —dijo el anticuario, dejando a las niñas y saliendo apresuradamente a la tienda. Empezó a buscar la llave con visible irritación. La mujer que estaba sentada a la mesa no hizo amago de ayudarlo.

—Tilda, ¿has estado toqueteando la cajita de música?

—Sí.

Martha comprendió que aquel descubrimiento, que no tardaría en realizarse, reduciría notablemente su ventaja.

—Queremos tres libras por los dos de Morgan. De lo contrario tendré que pedirle que nos los devuelva de inmediato.

El respeto que Tilda sintió por su hermana, a quien jamás había visto en posesión de tanto dinero, casi le hace enmudecer; con un roncó susurro preguntó si irían directamente a comprar los discos.

—Sí, iremos; pero primero le compraremos un regalo a mamá. Ya sabes que papá nunca le regalaba nada.

—¿Te lo ha dicho ella?

—¿Has visto alguna vez algo que él le haya regalado?

Bajaron caminando por King's Road, entraron en Woolworth y quedaron deslumbradas.

La misma marea que había traído tan buena recolección de azulejos amontonó también una gran pila de madera en el río. Woodie la miró con aprensión. Esta vez no tendría que pasarse los meses en Purley, como siempre, preocupado por el *Rochester* y preguntándose si en su ausencia el barco estaría expuesto al embate de los pecios. Faltaban apenas unas semanas para que el *Rochester* entrase en dique seco. Puede que inconscientemente Woodie supiera que la falta de preocupaciones le haría el invierno insoportable. Como si se aferrara a los últimos momentos de un placer que comienza a extinguirse, contó los montones de madera que avanzaban oscuros hacia los barcos.

Su mujer ya había llegado de Gales. Woodie tenía la perspectiva de ofrecer una tregua mientras Janet, una eficaz gestora, vestida con un conjunto de chaqueta y pantalón muy adecuado para la tarea, le ayudaba realmente a empaquetar los bártulos, al tiempo que hacía una serie de comparaciones intolerables entre la caravana y el barco. Estas comparaciones jamás se expresaban ni implícita ni explícitamente una vez regresaban a Purley. Sólo se planteaban durante su breve e incómoda estancia entre tierra y agua.

Mientras cruzaba la cubierta del *Grace*, Woodie observó con asombro el *Dreadnought*, que al ser un barco más grande y tener menos muebles a bordo se alzaba mucho más sobre el agua. En la camareta iluminada distinguió no sólo al viejo Willis, trajinando al parecer con latas y vasos, sino también a Janet, que llevaba puesto su otro conjunto de chaqueta y pantalón.

—Hay una fiesta —dijo Nenna, asomándose por la escotilla—. Te están esperando. Willis ha vendido el *Dreadnought*.

—Yo más bien diría que ha recibido una oferta provisional. Pero no tengo la intención de aguarle la fiesta. ¿Tú no vienes?

—No, a nosotras nos toca mañana. En la camareta sólo caben cuatro personas. — Fue entonces cuando Woodie vio que Maurice también estaba allí. Nunca sabía a qué atenerse con Maurice. La señora James parecía cobrar por horas por hablar con él en plena noche, eso pensaba a veces, y lo mismo pensaban las niñas.

—Dejé a tus hijas en un anticuario de King's Road —dijo—. Parecían saber exactamente lo que querían.

Nenna se puso la chaqueta. Conocía el Bourgeois Gentilhomme y temía que Martha acabase teniendo problemas. Si no estaban allí, seguro que estarían en Woolworth. Nenna salió en su busca.

Willis había visto a Woodie y gesticulaba desde la ventana de la camareta, dando muestras de alegría, señalando hacia Janet e invitando a Woodie a que se sumara al grupo.

Woodie no estaba de muy buen humor, pues había tenido que dejar el coche en la orilla de Surrey y volver al barco cruzando el puente. Pero la camarera resultaba en verdad acogedora, y la puerta, al cerrarla a sus espaldas, apagó en buena medida las voces del río. Era la única puerta del *Dreadnought* que podía considerarse en buen estado. Incluso los gritos de las gaviotas, que no cesaban en ningún momento del día, dejaban de oírse allí, y el ruido de las sirenas y las señales sonoras llegaba sólo como un gemido distante. Lo cierto es que a Willis el silencio le resultaba excesivo, aunque esa noche le venía bien, porque tenía invitados.

—¡Que se entere todo el mundo! —exclamó Willis, pensando sin duda en hacer un brindis.

Había abierto varias botellas de Guinness y una lata de Long Life —la bebida de las damas— en atención a la señora Woodie. Pero estaba contrariado porque no tenía vasos.

—Bajo ningún concepto puedo consentir que Janet beba en vaso —exclamó Maurice, que siempre encontraba la frase oportuna. Explicó que aquella cerveza la hacían los daneses, un pueblo de antiguos navegantes, y que había que beberla directamente de la lata para que las burbujas llegaran de inmediato al estómago y contrarrestaran el mareo producido por el balanceo del barco. Para sorpresa de Woodie, Janet se echó a reír.

—Nunca me habías contado que hubiera tanta animación en los barcos —dijo. Woodie se esforzó por sumarse a la alegría general. ¿Por qué diablos tendría que haber menos animación en un barco que en una caravana? Era la primera vez que veía a Janet beber directamente de una lata. Pero no debía olvidar que aquélla era una ocasión muy especial para el viejo Willis, que debía de rondar los sesenta y cinco y en cualquier momento podía sufrir un duro revés.

—Me alegro de que hayáis venido habiéndoos avisado con tan poca antelación. Me gustaría llamaros a todos camaradas. ¿Estáis de acuerdo? Y ahora me gustaría saber cuántos de vosotros vais con frecuencia a la marisquería de Lyons Dock.

En ese momento se fue la luz, cosa nada extraña en el *Dreadnought*, donde el tendido eléctrico era claramente improvisado. Quedaron a oscuras, mientras las luces del río, fijas o en movimiento, oscilaban sobre latas, botellas y rostros.

—Qué mala suerte —se lamentó Woodie.

—¡Hace cuarenta años no habríamos dicho eso! —exclamó Willis—. Desde luego no en presencia de una mujer. ¡Habríamos sabido qué hacer!

Maurice y Janet volvieron a reír estruendosamente. La camarera empezaba a convertirse en una especie de Liberty Hall. Como siempre, Woodie echó mano de su juego de destornilladores de bolsillo, pero antes de que tuviera tiempo de pensar en que debía ofrecer ayuda, Willis había encendido una lámpara de aceite que al parecer tenía siempre a mano. Sujeta a unos anillos de suspensión, la lámpara amplió gradualmente su círculo luminoso, alcanzando hasta el último rincón de la camarera.

Maurice se puso en pie de un salto, inclinando ligeramente la cabeza como para

evitar golpearse con el techo. Aunque los cuatro estaban prácticamente rodilla con rodilla, Maurice procedió como si se estuviera dirigiendo a un vasto auditorio.

—¿Me veis todos con claridad? ¿Usted también, señora... ahí al fondo? ¿Puedo dar entonces por sentado que se me oye bien en toda la casa?

Willis abrió más botellas. Sus gafas brillaban, incluso sus acartonadas mejillas brillaban.

—Bien, estaba hablando de la marisquería de Lyons Dock. Si no vais nunca por allí no tendréis la oportunidad de degustar sus mejillones al vapor. Los hacen en una sartén de hierro. Tiene que ser de hierro.

—¡La delicia más antigua del río! —intervino Maurice.

—Nada de eso. Son muy frescos. Estoy preparándolos en la cocina. Ya deben de estar listos.

—¿Seguro que estamos en temporada de mejillones? —preguntó Woodie.

—Te confundes con la morralla. Los mejillones no tienen temporada.

—Son órdenes de mi médico, en cierto sentido.

—Primera noticia que tengo —exclamó Janet.

—Los mejores mejillones son los de otoño —dijo Maurice—. Eso es lo que dicen siempre en Southport.

Animado por este comentario, Willis se ofreció a ir a por los mejillones en ese mismo momento, además de platos, tenedores y vinagre, y encendió la radio para que oyeran un poco de música entretanto. A Woodie le sorprendió que hubiera platos en el *Dreadnought*.

—¿Me concedes el primer baile, Janet? —preguntó Maurice levantándose otra vez. ¿Es que no veía que apenas había sitio para sentarse?

Mientras Willis se dirigía a la escotilla de popa, le llamó la atención que el *Dreadnought* estuviera tan hundido, casi al mismo nivel que el *Grace*. Miró para ver si veía a Nenna y a las niñas, con la intención de preguntarles qué opinaban ellas, pero al parecer todas habían bajado a tierra.

La bodega estaba muy oscura, aunque no tanto como Willis esperaba. De hecho no estaba tan oscura como debería estar. Había destellos y reflejos en lugares insólitos. Willis se detuvo en mitad de la carroza, y entonces sintió como si la bodega en toda su longitud avanzase hacia él de repente. Oyó un débil chapoteo, pero no logró determinar si había sonado dentro o fuera.

—¿Qué pasa? —se dijo.

Entonces percibió el inconfundible hedor a cadáver del agua del río, que se alzaba lenta pero inexorablemente, abriéndose camino entre todos los obstáculos.

¿Hasta qué punto era grave la situación?

Bajó otro escalón y el agua le cubrió los tobillos. Se empapó los zapatos. Se inclinó y metió una mano en el agua, lanzando una maldición al recibir una descarga eléctrica que le subió desde el codo hasta el hombro. Ahora comprendía la causa del

apagón. Una pálida luz de color azul lo desconcertó por un instante, hasta que comprendió que se trataba de la estufa de gas de la cocina. A duras penas distinguió al fondo de la sartén de hierro, donde los mejillones seguían cociendo para sus invitados.

La filtración había cedido por completo, y Willis se compadeció del viejo barco que luchaba contra el creciente peso del agua para mantenerse a flote. Era como una de esas atroces visiones del hipódromo o del campo de batalla, donde tambaleantes seres humanos se obstinan en seguir cumpliendo con su deber pese a estar irreversiblemente mutilados.

Llevaba una caja de cerillas en el bolsillo superior, pero cuando fue a cogerlas tenía las manos tan mojadas que no logró encenderlas. Su única esperanza era alcanzar la manivela de la bomba de la cocina para achicar el agua. A unos treinta centímetros por debajo de la cinta del casco había un gran agujero que nunca le había preocupado, pues estaba muy por encima de la línea de flotación. Ahora veía las luces de la costa a través de él. Si el barco seguía hundiéndose a esa velocidad, en menos de diez minutos el agujero no estaría por encima de la línea de flotación, sino por debajo.

Willis echó a andar por el agua oscilante. Tropezó con algo en la oscuridad y recibió un violento impacto justo debajo de la rodilla. Casi convencido de que se había roto la pierna, se detuvo e intentó desviar el objeto con las manos. Pero volvió a chocar y vio con dificultad que se trataba de una parte de su litera; uno de los paneles laterales. Por alguna razón esto le hizo rendirse, no ante el dolor, sino ante el hecho de que un mueble tan familiar, la cama en la que había dormido durante quince años, anduviese a la deriva con la aparente intención de atacarlo. De repente todo se había vuelto hostil. La nevera que lo derribó era la más valiosa de sus pertenencias.

Perdió pie y cayó rodando. Completamente a ciegas, con las gafas empapadas de agua al emerger a la superficie, intentó flotar hasta la cocina. Entonces cayó en la cuenta de que no había la menor posibilidad de alcanzar la manivela de la bomba. El agua llegaba ya hasta lo alto del hornillo y, como el gas estaba abierto, la sartén salió flotando; Willis se escaldó con el agua hirviendo, qué se mezcló con el agua fría. No había esperanza para el *Dreadnought*. Podría sentirse afortunado si lograba regresar a la carroza.

Arriba, en la camareta, los invitados no advirtieron nada, porque la música estaba a todo volumen y Maurice no paraba de entretenerlos con sus bromas. Sus conocidos del bar decían que Maurice ofrecía valor a cambio de dinero, pero esa noche sus palabras estaban tocadas por el genio. Dotado de un sentido del peligro más acusado que los demás, en el que a diferencia de otros se deleitaba, en seguida notó que algo estaba pasando, incluso antes de frotar con la mano el empañado cristal de la ventana y, al mirar en la oscuridad de la noche, ver que el horizonte descendía lentamente, centímetro a centímetro. Hizo un cálculo muy rápido. Aún podemos esperar un poco más, nos estamos divirtiendo mucho, pensó. Maurice no sabía nadar, pero eso no le

preocupaba. Si tuviéramos un piano les ofrecería «Rock of Ages» cuando llegara el momento fatal, se dijo.

Woodie llevaba un rato sin quejarse.

—¿Qué pasa con esos mejillones? ¿No están tardando mucho?

—¡Da lo mismo! —exclamó Maurice—. Así tendré tiempo de leeros vuestro destino. Ya os he echado un vistazo a las manos en otras ocasiones; ha sido sólo un vistazo, pero me ha parecido ver escrito en ellas algo realmente asombroso. ¿Quieres hacer el favor de extender la palma de la mano, Janet? ¿Te importa ser la primera?

—¿De verdad sabes leer la mano?

Maurice le ofreció una radiante sonrisa.

—Lo hago casi todas las noches. No te imaginas cuántas amistades consigo gracias a esto.

—Llevo puesta una pulsera de cobre para el reuma —dijo Janet—. ¿Puede influir en la lectura?

—No influirá en absoluto, te lo aseguro —dijo Maurice.

La puerta se abrió, y allí estaba Willis, como un ahogado que regresara del mundo de los muertos, sin gafas, chorreando agua y formando en pocos segundos un charco a sus pies. La cubierta del barco aún seguía estando aproximadamente medio metro por encima del agua. Logró escoltar a sus invitados en orden: a Maurice a través del *Grace*; a los Woodie por la plancha del portalón hasta el *Rochester*.

Dicen en el río que cuando una gabarra del Támesis se levanta con la marea no llega a hundirse por completo. Pero el *Dreadnought*, además de sus muchos otros puntos débiles, había quedado agujereado en el centro por el impacto de una viga de madera, y en poco tiempo el agua lo inundó todo, produciendo un sonido similar a un suspiro, y el barco se fue a pique en pocos segundos.

La pérdida del *Dreadnought* exigió una nueva reunión de los vecinos en el *Lord Jim*, que esta vez transcurrió en un ambiente más relajado que la anterior, pues al parecer la señora Blake estaba fuera, aunque todos guardaban silencio por la desgracia de Willis. Pero incluso esto tenía su lado bueno; sus barcos, por más reparaciones que necesitaran, aún se mantenían a flote.

Una copa de jerez añejo a cada uno —del mejor, no había otro que fuese «casi el mejor» a bordo del *Lord Jim*— les devolvió a todos la impresión de encontrarse en un funeral. Richard consultó una lista. Escribía listas en las páginas en blanco al final de su diario, y las arrancaba sólo en caso de necesidad, para no perderlas. Con la debida precaución, no había necesidad de perder nada, si acaso solamente un barco. Pero como el desastre ya no tenía remedio, la reunión debía centrarse en encontrar soluciones prácticas.

Grace se había ocupado de recoger toda la ropa de Willis que fue posible salvar, para secarla y remendarla. Las monjas, las monjas de Nenna, le habían enseñado

hacía una eternidad en clase de costura artes del pasado, tales como zurcir, poner parches o reforzar cuellos con cinta, lecciones que finalmente hallaron una utilidad en las ropas de Willis. Richard felicitó por ello al *Grace*. Nenna se dijo: «Me agrada que vea que soy capaz de hacer algo útil. ¿Por qué me agrada?».

Rochester hubo de hacer mayores sacrificios, ofreciéndose a alojar a Willis como inquilino. A cambio de una renta razonable, según sugirió Richard... pero los Woodie no quisieron aceptar ningún dinero. A fin de cuentas no sería por más de una semana, pues para entonces debían regresar a Purley.

—En ese caso me parece bien... podrá instalarse directamente con vosotros en cuanto salga del hospital. —Willis había sido admitido en el hospital de Waterloo, donde era difícilísimo encontrar una cama, gracias nuevamente a las enfermeras del *Bluebird*.

—Y ahora, si me lo permitís, os plantearé el problema más grave de todos... la situación económica de Willis... Ya sé que a ninguno de nosotros nos gusta hablar en público de estas cosas, pero me temo que dadas las circunstancias es imprescindible. He visitado a las autoridades portuarias y me han confirmado que el accidente del *Dreadnought* ha sido oficialmente declarado un naufragio y, lo peor, eso me temo, es que el barco está demasiado cerca de los canales navegables, y eso les permitirá hacer uso del poder que la ley les otorga para llevárselo de allí con la intervención de los equipos de rescate.

—¿Y qué importancia puede tener eso? —preguntó Woodie—. Será imposible reflotarlo.

Maurice sugirió que Willis se sentiría mucho mejor si no viera el *Dreadnought* hundido cada vez que bajase la marea.

—En eso estoy de acuerdo, pero, continuando con mi argumentación, todos los gastos que se produzcan como consecuencia de rescatar y remolcar el barco tendrán que ser satisfechos por los propietarios. No estoy seguro, para ser sincero, de que Willis pueda pagar esos gastos, ni siquiera parte de ellos. No veo otra opción que organizar lo antes posible una colecta. Si alguien tiene alguna otra sugerencia...

Nadie la tuvo, y como era obvio quiénes serían los suscriptores, Richard dio un giro a la reunión para leer una carta de Willis, recibida a través del *Bluebird*, en la que, dirigiéndose a todos ellos como sus camaradas, Willis les enviaba un apretón de manos y la bendición de Dios. Las palabras sonaron extrañas en la monótona voz de Richard, una voz que, aunque suave, siempre exigía atención. Era evidente que la catástrofe le había hecho perder a Willis su control habitual y que les hablaba con el corazón en la mano, pero ¿quién podía decir si algo más había sobrevivido?

Tres días más tarde, Richard se presentó en el *Grace* a primera hora de la mañana para avisar a Nenna de que tenía una llamada. El *Lord Jim* era el único barco del muelle con teléfono. Richard no dijo que le hubiera molestado, aunque el hecho de que te llamen por teléfono, o te requieran al teléfono, como Richard lo había

expresado, siempre parecía un reproche en sí mismo. Para mayor incomodidad, puesto que Laura se había marchado, tenía que cerrarlo todo antes de irse a la oficina, y hubo de esperar a bordo, con su paraguas y su portafolios y la determinación de no escuchar la conversación, mientras Nenna bajaba al salón.

Nenna estaba segura de que no podía ser nadie más que Edward. Aunque era bastante improbable, seguramente le habían facilitado el número de teléfono en la compañía de casas flotantes.

—¡Hola Nenna! ¡Soy Louise! ¡Sí, soy Louise!

—¡Louise!

—¿No has recibido mi última carta?

—Creo que no. A veces se pierden.

—¿Cómo es eso?

—La gente las recoge en la oficina con la intención de entregarlas, pero luego las pierde o se le caen al agua.

—Eso es completamente absurdo, Nenna.

—¿Qué importancia tiene, de todos modos? ¿Dónde estás, Louise? ¿Podemos vernos?

—Todavía no, Nenna.

—¿Desde dónde estás llamando?

—Desde Frankfurt del Rin. Estamos aquí en viaje de negocios. Es una lástima que no hayas recibido mis cartas. ¿Ha llegado Heinrich?

—¡Por Dios, Louise! ¿Quién es Heinrich?

—Nenna, conozco tu tono de voz como si fuera el mío y me parece que estás muy mal. Joel y yo queremos hacerte una propuesta en cuanto llegemos a Londres.

—Estoy perfectamente, Louise. ¿Vais a venir, por fin?

—Y Edward... ¿En qué situación exacta se encuentra tu matrimonio? ¿Sigue Edward contigo?

Nenna volvió a convertirse en una niña. Sintió que sus responsabilidades se diluían una tras otra, incluso su matrimonio se esfumaba.

—Dime, Louise, ¿aún sigues tomando sándwiches de langosta en Harris?

—Háblame de tu barco. ¿Adónde te estoy llamando, por cierto? ¿Es el número del club náutico?

—No exactamente... es de un amigo.

—Bueno, háblame de ese barco donde vivís las niñas y tú. Me parece comprensible que la gente viva en casas flotantes en el Sena, pero no en el Támesis. ¿No son muy fuertes las mareas?

—Sí lo son.

—Y ese barco tuyo, ¿está tripulado o es un barco de alquiler?

—Ninguna de las dos cosas, exactamente. Lo he comprado.

—¿Y por dónde navegas?

—Nunca navego; está amarrado.

—Hemos leído en el *Times* londinense que hace unos días se hundió un barco en el Támesis. En una de las noticias breves. Joel se lee el periódico de arriba abajo. Dice que hace tanto tiempo que no os ve a ti y a las niñas que no os va a reconocer. En todo caso, como ya te he dicho, queremos proponerte algunos planes, y entretanto quiero que saludes de nuestra parte al joven Heinrich.

—Louise, no cuelgues, por favor. Aunque te salga cara la llamada. No conozco a ese joven Heinrich.

—Ni nosotros tampoco. ¿No recibiste mi carta?

—Me temo que no, Louise.

—Es el hijo de un empresario muy buen amigo nuestro, y lo ha mandado a estudiar a Sales Abbey, con los benedictinos; ahora va a volver a casa porque por alguna razón tiene permiso para dejar la escuela un poco antes de que termine el trimestre.

—¿Vive en Frankfurt del Main?

—No, del Rin. En realidad no. Es austríaco. Vive en Viena. Sólo necesita pasar una noche en Londres; tiene que tomar un avión para Viena al día siguiente.

—¿Quieres decir que pretende pasar la noche en el *Grace*?

—¿Quién es *Grace*, Nenna?

—¿Cómo se llama ese chico? —preguntó Nenna.

—Sus padres son condes y se dedican a los negocios, como ya te he dicho; claro que esto a ti no te dirá nada, pero están en excelente posición. Debería haber ido a verte el viernes pasado.

—Pues no vino. Seguramente ha habido un malentendido sobre ese... Ay, Lou, ¡no sabes lo estupendo que es oír tu voz!

—Nenna, te estás poniendo sentimental. ¿No crees que ya va siendo hora de que alguien te ayude a poner un poco de orden en tu vida?

—¡No, por favor, no hagas eso!

—Siento tener que interrumpirte —dijo Richard desde la escotilla—, pero no puedo exigir a mis empleados que lleguen puntuales si yo me retraso.

Lo dijo en un tono tan cortés que casi parecía haber perdido la confianza en sí mismo, y Nenna, dejándose llevar, se imaginó cómo sería trabajar a las órdenes de Richard y dejarse dirigir en todo lo demás por Louise, subir y bajar como la marea sin voluntad alguna, arropada por el amor y la buena educación.

—Adiós, Louise. En cuanto vengas a Inglaterra... Perdona, Richard. Era mi hermana. No sé cómo habrá conseguido tu número de teléfono. Hace cinco años que no la veo.

—Me ha parecido que no está acostumbrada a que le lleven la contraria.

—No.

—Parecía muy firme.

—Así es.

—¿Estás segura de que es tu hermana?

«Para él no soy más que una bala perdida», pensó Nenna mientras sonreía y le daba las gracias. Richard se palpó los bolsillos para cerciorarse de que llevaba cerillas, gesto que gustaba mucho a Nenna, y se marchó caminando hasta el dique, donde tomó un taxi.

No me rendiré sin luchar, se dijo Nenna. Me casé con Edward porque deseaba vivir con él y aún lo deseo. Mientras planchaba la acartonada ropa interior de Willis, que aunque se aireaba a diario no terminaba de secarse nunca, las acusaciones contra ella, no en el interior de su mente, sino en algún lugar ajeno a ésta, prosiguieron sin pausa. Resultaban tanto más tediosas cuanto que todas ellas quedaban reducidas, a efectos prácticos, a una única pregunta: ¿por qué, después de todo lo que se ha dicho en este tribunal, no ha hecho usted aún el menor intento de visitar el número 42 b de Milvain Street? Nenna deseaba replicar que no era por lo que cabía imaginar: por orgullo, por resentimiento, ni siquiera por el peculiar carácter que acababan teniendo las gentes del río y que les hace sentirse perdidos en las calles de Londres. No; es porque ése es mi último recurso. Mientras no lo pierda puedo aferrarme a él cuando lo desee, y ahora aún lo conservo. Si lo pierdo no me quedará nada.

Le dijo a Martha que pensaba salir esa noche y que muy probablemente no regresaría hasta el día siguiente.

—¿Y dónde nos quedaremos nosotras?

—En el *Rochester*. Les preguntaré si no tienen inconveniente.

En menos de una semana el impecable *Rochester* se había transformado en una especie de pensión. A Nenna jamás se le había pasado por la cabeza hasta ese momento pedir a nadie que cuidara de sus hijas. A su regreso del hospital, Willis se había instalado allí, y aunque su presencia no molestase en absoluto, Willis se pasaba el día en el camarote y ni siquiera se asomaba para observar el tráfico del río. No subió a cubierta cuando llegó el remolcador de las autoridades portuarias para llevarse el barco, que aún permanecía bajo el agua, pero que emergía de cuando en cuando como si no llegase a aceptar del todo su derrota.

—Es una lancha remolcadora —dijo Tilda—, de menos de cuarenta toneladas. No hace falta mucho más para mover el *Dreadnought*.

Los hombres del equipo de rescate les entregaron todos los objetos que lograron salvar, incluida la sartén de hierro, pero los materiales de pintar de Willis habían quedado completamente inservibles. Nadie hablaba sobre el futuro inmediato de Willis, salvo para decir que difícilmente podía esperarse que su hermana lo acogiese con las manos vacías y que él no querría marcharse a Purley en esas circunstancias. Fue así como la rutina de los Woodie, que hasta entonces se limitaba casi exclusivamente a pensar qué harían cada día durante los próximos seis meses, se vio de pronto alterada. No tuvieron más remedio que desempaquetar muchas de las cosas que con tanto esmero habían embalado, aunque repetían sin cesar que Willis no causaba ninguna molestia.

Cuando Nenna les dijo que debía resolver un asunto urgente al otro lado de Londres y que no le quedaba más remedio que pedirles que Martha y Tilda se quedasen con ellos a pasar la noche, el *Rochester* aceptó sin protestas, y las niñas se fueron al barco con sus camisones, sus discos de Cliff, la fotografía de Cliff y dos cajas de cereales para el desayuno, porque a cada una le gustaba una clase de cereales distintos. Tilda, que se había enfadado mucho por perderse el hundimiento del barco, bajó directamente al camarote de Willis para pedirle que le dibujara la escena. Martha se enfrentó a su madre.

—Vas a ver a papá, ¿verdad?

—A lo mejor consigo traerlo conmigo. ¿Te gustaría?

—No lo sé.

El conductor le aconsejó a Nenna que comprase un abono de transporte diario si quería ir desde Chelsea hasta Stoke Newington.

—O quizá debería mudarse —dijo.

Aunque al cambiar de autobús Nenna se libró al fin de las voces acusadoras, tuvo tiempo de pensar en un par de cosas, sobre todo en que debería haberse puesto otra ropa y haberse cortado el pelo. No sabía si quería parecer diferente o la misma de siempre. Tal vez debería haberse puesto su mejor abrigo, para dar la impresión de que no se había abandonado, pero, por otro lado, su vieja chamarra de leñador podría indicar, lo cual era muy cierto, que tenía demasiadas preocupaciones para pensar en su aspecto. Sin embargo, entre todas estas dudas no se le ocurrió que podría llegar hasta el número 42 b de Milvain Street y llamar al timbre, y que Edward no acudiera a abrir la puerta.

Puede que el problema estuviera en la «b». La «b» parecía indicar un apartamento en una planta superior, pero sólo había un timbre en el número 42. Las casas de ladrillo grisáceo daban directamente a la calle, que logró encontrar tras recorrer otras dos calles. Junto a la puerta de algunas casas, la leche aún esperaba a ser recogida. Nenna echaba de menos el balanceo del barco.

Edward podría estar en casa, o podría no estar. Había luz en el vestíbulo y aparentemente en el segundo piso, aunque también podría tratarse de un rellano. Nenna luchó contra el impulso de correr hasta el local de la esquina, donde vendían pescado frito y patatas fritas, el único que había en la calle, para preguntar si alguna vez habían visto salir a alguien del número 42 b con aspecto solitario, o si realmente habían visto a alguien salir de allí.

La figura que acababa de girar en la esquina y caminaba pesadamente no podía ser Edward, pero al menos sirvió para que Nenna se liberase con alivio de la sospecha de que la calle estaba deshabitada. Cuando el hombre de andar cansino se detuvo en el número 42, Nenna no daba crédito a su suerte. El hombre volvía a casa, aunque a juzgar por su modo de andar parecía que su salida no había sido muy afortunada y que tampoco esperaba gran cosa a su regreso.

Mientras se detenía y sacaba dos llaves, ninguna de ellas de un coche, Nenna lo abordó con descaro.

—Discúlpeme, quisiera entrar.

—¿Puedo saber quién es usted?

El «puedo saber» la desconcertó.

—Soy *Grace*. Quiero decir, soy Nenna.

—No parece usted muy segura.

—Soy Nenna James.

—¿La señora de Edward James?

—Sí. ¿Vive aquí Edward James?

—Bueno, en cierto modo. —Se pasó las llaves de una mano a otra—. No es usted como la había imaginado.

Nenna se sintió ofendida.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y dos.

—Pensaba que tendría usted como mucho veintisiete o veintiocho.

El hombre se quedó pensativo. Nenna intentó no impacientarse.

—¿Le ha hablado Edward de mí?

—No.

—¿Qué le ha dicho?

—Lo cierto es que no hablamos mucho.

Nenna lo estudió con atención, esforzándose por identificarlo como un aliado. Llevaba los puños de la gabardina pulcramente vueltos hacia arriba. Seguro que alguien le cosía la ropa, como hacía ella con Willis, y esa idea le hizo sentir una punzada de dolor que no logró relacionar con ningún otro sentimiento. Observó con atención el amplio rostro del desconocido.

—No podemos pasarnos la noche aquí en la calle —dijo sin soltar las llaves.

—En ese caso, ¿no será mejor que me permita entrar?

—No creo que sea lo más adecuado.

—¿Por qué no?

—Bueno, su visita podría ser una molestia para Edward.

Nenna no debía ofenderlo.

—¿En qué sentido?

—Por mí puede usted seguir llamando al timbre. De todos modos, Edward no está.

—¿Cómo lo sabe, si acaba de llegar? ¿Vive usted aquí?

—Bueno, en cierto modo.

El hombre observó a Nenna con mayor atención.

—Tiene usted un pelo muy bonito.

Había empezado a lloviznar. No había razón alguna para que no se quedaran allí eternamente.

—En realidad —dijo el desconocido—, me acuerdo de usted. Me llamo Hodge. Gordon Hodge.

Nenna negó con la cabeza.

—No lo recuerdo.

—La he visto varias veces con Edward.

—¿Y entonces le pareció que era una molestia para él?

—Mire, esta casa no es mía. Es de mi madre. Mi madre le ha alquilado una habitación a su marido, aunque le ocasiona muchos trastornos.

—¿Es su inquilino?

—Mi madre aceptó a alquilársela sólo porque Edward y yo fuimos juntos al colegio.

Ante Nenna se abría un abismo de respetabilidad tras otro. ¿Cómo podía Edward vivir en casa de la madre de un amigo, y, sobre todo, de la madre de Gordon Hodge?

—¿Por qué dice que no habla mucho con Edward?

—Vivimos aquí tranquilamente con mi madre; somos dos hombres tranquilos que intentamos resolver nuestros asuntos sin pedir ayuda.

Una oleada de frío desánimo invadió a Nenna. El desacuerdo sobre dónde debían vivir ella y Edward parecía ser el único obstáculo. Pero quizá Edward estuviera mucho mejor sin ella. Quizá él lo supiera. Quizá la hubiese oído llamar al timbre.

—Bueno —dijo Gordon—, supongo que será mejor que entre. —Una vez hubo introducido la llave en la cerradura empujó con las dos manos, una en la puerta, la otra en la espalda de Nenna, de manera que ésta al final entró en el número 42 de un empujón. La madre de Gordon tenía un paraguero y un juego de campanillas chinas en el recibidor.

—Vamos, suba deprisa. —Dejaron atrás dos rellanos; Gordon caminaba majestuosamente detrás de Nenna, aunque más deprisa de lo que cabía esperar, pues, si bien había perdido algún tiempo en colgar su gabardina en el recibidor, fue el primero en llegar a la puerta y abrirla sin previo aviso; y allí estaba Edward, al principio de espaldas a ellos, más delgado y menudo de lo que Nenna recordaba, aunque siempre le pasaba lo mismo cuando transcurría algún tiempo sin verlo... Se dio la vuelta, protestando; y era Edward.

¿Quién si no podría haber sido? Pero, en su alivio, Nenna olvidó todas las frases sensatas que había preparado en las paradas de autobús, en los autobuses, durante todo el camino hasta Stoke Newington.

—Cariño, cariño.

Edward la miró con unos ojos grises, como los de Tilda, en los que apenas había indicios de vida.

—¿No estás sorprendido, cariño?

—No mucho. Te he oído llamar al timbre.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Nenna, ¿has venido hasta aquí, después de tanto tiempo, para que vuelva contigo al barco?

Nenna se había olvidado por completo de Gordon, o más bien había supuesto que se habría marchado, pero no. Para su sorpresa, Gordon seguía plantado tras ella.

—Edward, Nenna. Parece que tenéis pequeñas diferencias de opinión. Sí, aceptémoslo; estáis en desacuerdo. Y en circunstancias como éstas suele ser útil que un tercero esté presente. Así es como ganan dinero los asesores matrimoniales.

Debía de ser una broma, porque Gordon se echó a reír, aunque puede que cualquier alusión al matrimonio fuese como un chiste para Gordon, quien se adelantó

y se instaló entre Nenna y Edward en una silla muy pequeña, una silla de niño, un objeto que había sobrevivido al traslado desde una antigua casa familiar más grande, y tan baja para Gordon que éste hubo de cruzar las piernas varias veces hasta acomodarse. Gordon crujió al sentarse como un barco. ¿De verdad había ido al colegio con Edward? Había estirado las piernas y Nenna leyó la marca *EXCELLA* en las suelas de sus zapatos nuevos.

—¡Salga de aquí!

Gordon permaneció sentado unos segundos, luego descruzó las piernas y salió de la habitación, una habitación de su propia casa, o mejor dicho, de la casa de su madre. Como la casa era suya, Gordon cerró la puerta con cuidado, sin hacer ruidos molestos, aunque la puerta no llegó a encajar del todo.

—Siempre se te dio muy bien deshacerte de mis amigos —murmuró Edward.

Como cualquier mujer, Nenna era incapaz de negar esta afirmación.

—¡Es un hombre odioso!

—Gordon es un buen hombre.

—No podemos hablar con él delante.

—Su madre se ha portado muy bien conmigo.

—¡Eso es absurdo! ¡Tener que decir que la madre de alguien se ha portado muy bien contigo es absurdo! ¿No te parece?

—Sí.

—¿Dónde conociste a los Hodge? No recuerdo haberte oído hablar de ellos.

—Tenía que meterme en alguna parte —dijo Edward.

Disponían de mucho tiempo, pero Nenna sentía que apenas tenían unos minutos.

—Edward, te diré lo que he venido a decirte. ¿Por qué no vienes a pasar una semana con nosotras, o al menos una noche?

—¡En ese barco! No soy yo quien tiene que acercarse a ti, sino tú quien debe deshacerse de ese barco. No estoy discutiendo por el dinero. Si no quieres venderlo, ¿porqué no lo alquilas?

—No creo que sea posible en este momento.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—Es muy húmedo. Sería más fácil alquilarlo en primavera.

—He leído en el periódico que uno de esos barcos se ha hundido, ¿es cierto? ¡Ni siquiera sé si es un lugar seguro para las niñas!

—Algunos de esos barcos son muy bonitos. El *Lord Jim*, por ejemplo; por dentro es mejor que una casa.

—¿Quién vive en el *Lord Jim*? —Edward formuló esta pregunta movido por los celos, el arte del enamorado, que Nenna, en su angustia, no logró reconocer.

—No lo sé, no me importa. Bueno, viven los Blake. Richard y Laura Blake.

—¿Tienen dinero?

—Supongo que sí.

—Y viven en un barco porque les parece original.

—A Laura no le gusta.

—¿Cómo es ese tal Richard Blake?

—No lo sé. Creo que estuvo en la marina durante la guerra, o en la Reserva Naval de voluntarios.

—¿No sabes cuál es la diferencia?

—No estoy segura, Eddie.

—Seguro que él sí lo sabe.

Las cosas no podían ir peor. En la habitación de abajo alguien había empezado a tocar al piano un nocturno de Chopin con mucho brío, pero el piano no era en absoluto adecuado para Chopin, y el sonido ascendía hasta el piso de arriba como un infernal hormigueo de quejumbrosas cuerdas.

—¿No tienes más que esta habitación, Eddie?

—No le veo ninguna pega.

Nenna advirtió entonces que había una especie de armario en un rincón, donde probablemente Edward guardaría una palangana, y una cama pequeña, cubierta con una colcha de cuadros escoceses. Seguro que harían el amor mucho mejor a bordo del *Grace* que sobre unos pocos metros de tela escocesa.

—¡No puedes pretender que vivamos todos aquí!

Debía de ser Gordon el que tocaba el piano. Había pausas, luego aporreaba las teclas lastimeramente, saltándose los pasajes que no se sabía bien, y así hasta que puso un disco de Chopin y empezó a acompañarlo, siempre un par de notas por detrás.

—¿Qué es lo que quieres, Eddie? ¿Por qué vives aquí? ¿Por qué?

—Mi trabajo está aquí —respondió con desgana.

—No sé en qué trabajas. ¡Gráficas Strang! ¿Qué es eso?

Seguían de pie, frente a frente, más o menos a la misma altura.

—Strang es una empresa de publicidad. Es pequeña; por eso está aquí, porque los alquileres son más baratos. Tienen perspectivas de crecer en poco tiempo y entonces se trasladarán. No pretendo dárme las de que mi trabajo es muy importante. Soy un simple administrativo.

Las referencias que la empresa constructora panameña ofreció de Edward no habían sido muy buenas. Nenna lo sabía, pero estaba segura de que Edward no tenía la culpa, y en ese momento le daba igual.

—¡No tienes necesidad de quedarte aquí! ¡Hay montones de trabajos! ¡Cualquiera puede encontrar trabajo en cualquier parte!

—Yo no.

Edward volvió la cabeza, y al reflejarse la luz en su rostro con determinada inclinación, Nenna comprobó horrorizada que Edward tenía razón y que jamás llegaría a ninguna parte. No era por ella o por las niñas por quienes sentía horror, sino por el propio Edward, que acaso era consciente de que lo que acababa de decir era cierto. Nenna olvidó todo lo que había pensado decirle, se acercó a él y lo cogió

cariñosamente de las orejas.

—Calla, Eddie.

—Me alegro de que hayas venido, Nenna.

—¿De verdad?

—Es curioso, no pretendía decir eso.

Nenna lo abrazó con fuerza, lo amaba y nunca lo abandonaría. Se tumbaron en el suelo, y Nenna se quemó parte de la cara con la horrible estufa de gas de la madre de Gordon, frente a la cual había un cuenco con agua tibia. Edward le acarició la cara con su mejilla enrojecida; la otra estaba pálida.

—Estás horrorosa.

—Gracias.

Se oyó un ruido muy débil por encima del sonido del piano.

—Disculpe, señora James. Soy la madre de Gordon. Me ha parecido que debía entrar a saludarla; no tengo el placer de conocerla.

Nenna se puso en pie, intentando bajarse el jersey.

—Espero que la estufa no esté demasiado fuerte —dijo la señora Hodge—, es fácil graduarla. Basta con girar la llave que hay a la derecha.

Como no recibiera respuesta, la señora Hodge añadió:

—Y espero que no les moleste la música. Gordon es un buen pianista.

—No me lo parece —dijo Nenna.

El rostro de la madre se marchitó, pero corrigió de inmediato su expresión como si nada pasara. Se retiró. Nenna se sintió avergonzada, aunque en ese momento no podía hacer nada por enmendar su comportamiento. Pensó que le pediría sinceramente disculpas a la mañana siguiente, que alabaría el talento pianístico de Gordon con no tanta sinceridad y que se ofrecería para que alguien viniese a afinar el piano.

Entonces miró a Edward y vio que estaba muy enfadado.

—¡Sólo has venido hasta aquí para ofender a esta gente!

—No. ¡Ni siquiera sabía que existían! ¡Perdóname!

—No es cuestión de perdón, es cuestión de simple educación.

Estaban discutiendo, aunque al principio discutían tan mal como Gordon interpretaba a Chopin.

—Te quiero, Eddie; ésa es la única razón por la que he venido. Te quiero a mi lado a todas horas, de día y de noche, y cada vez que tenga que doblar un mapa.

—Estás delirando, Nenna.

—Dame, por favor.

—¿Que te dé qué? Siempre estás diciendo lo mismo. No sé qué sentido le das a eso.

—Dame algo.

Nenna tampoco sabía por qué le daba tanta importancia a eso. No quería regalos, no le importaban los regalos; era el hecho de recibir: añoraba esa sensación.

Pero la pelea siguió creciendo por su propio impulso y, una vez más, Edward y Nenna se encontraron en un juicio en el que ambos eran los acusadores, aunque también se veían a sí mismos como detectives de ínfima categoría, como unos miserables asalariados que levantaban las piedras en busca de basura. Las raquetas de squash, las declaraciones del Papa, que era el responsable de que hubieran pasado su primera noche juntos, una tarde en realidad, aunque daba lo mismo, otra vez las raquetas de squash, el dinero gastado en el *Grace*... Y una descripción de su matrimonio distinta de la que conocían, casi irreconocible de hecho, y nadie para decírselo.

—Tú no me quieres —repetía Edward—, si me quisieras habrías pasado todo este tiempo conmigo. Lo único que te importa es recibir la aprobación de los demás, como una niña en una fiesta.

Ha debido de olvidarse de cómo es Tilda, pensó Nenna, y se asustó de sólo pensarlo. Pero Edward siguió diciendo que a Nenna en realidad no le importaban las niñas, que fingía que le importaban para sentirse bien consigo misma.

Hasta ese momento ninguno de los dos había levantado la voz más de lo necesario para que se les oyera a pesar del ruido que hacía Gordon. Pero cuando Nenna le suplicó por última vez y le dijo, aunque sabía que no era del todo cierto, que Martha le había pedido que llevase a su padre a casa, y luego cometió la torpeza de referirse nuevamente a la señora Hodge, a la casa y a la cama pequeña, e incluso a las campanillas chinas, y le preguntó por qué no entraba en razón y si no pensaba que sería más feliz viviendo con una mujer, aunque fuese en un barco, Edward se volvió hacia ella, tirando el cuenco de agua que había junto a la estufa, y gritó:

—¡Tú no eres una mujer!

Nenna salió a la calle. Al abandonar la habitación, rompiendo a llorar por primera vez, tropezó con la madre de Gordon, quien suponía que podía estar donde le apeteciese en su propia casa, y aunque Edward la hubiese llamado, Nenna no lo habría oído. Echó a andar por Milvain Street lo más deprisa que pudo. La tienda de pescado y patatas fritas aún estaba iluminada y abierta. Nenna había pensado que pasaría la noche con Edward, y que se despertaría junto a él, a su izquierda, lo cual había llegado a convertirse en un hábito, aunque sin duda era un error permitir que el matrimonio se convirtiese en una cuestión de hábito, pero eso no demostraba que ella no fuese una mujer.

Caminó por distintas calles, girando siempre a la derecha, abriéndose camino entre los autobuses hasta que llegó a un puente por el que pasaba el ferrocarril. Seven Sisters Road. Era tarde. La estación estaba cerrada. Nenna tenía las manos vacías. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que se había dejado el bolso en la habitación de Edward. Eso significaba que no tenía dinero, y el abono de transporte diario también estaba en el bolso.

Nenna echó a andar. Dos kilómetros y medio por Green Lañes, más de medio

kilómetro por Nassington Green Road, dos kilómetros y medio en dirección contraria, por Balls Pond Road, tres kilómetros por Kingsland Road. Y al final no sabía dónde estaba. Como suele ocurrir en estas situaciones, su cuerpo se obstinaba en seguir adelante, consciente de que un pie le dolía más que el otro, pero decidida a no admitirlo hasta alcanzar algún objetivo, mientras sus pensamientos, que se negaban a aceptar la situación tanto en el tiempo como en el espacio, se tornaron infantiles e inconexos. Se le ocurrió que no estaba bien rezar cuando uno se encontraba en apuros. La oración debía estar por encima del yo, y Nenna rezó un avemaría por todas las personas del mundo perdidas en Kingsland Road sin billete de autobús. También le habían enseñado que, en los momentos difíciles, debía imaginar una vida ejemplar y tomarla como modelo. Nenna pensó en Tilda, quien sin duda se habría subido al autobús nocturno sin pagar el billete o incluso le habría pedido dinero prestado al conductor. A Richard jamás se le olvidaría nada en ninguna parte y, en caso de que tal cosa llegara a ocurrir, volvería a buscarlo. Louise, en primer lugar no había fracasado en su matrimonio, y Nenna supuso que ella sí había fracasado, pues Edward le había dicho que no era una mujer.

Nenna no tenía más que un instinto animal de la orientación y la distancia, pero le parecía que lo más sensato era ir hacia el centro de Londres, porque desde Blackfriars sabía llegar hasta el río, y, aunque terminaría en el muelle de Lambeth o en el muelle de Kings, bastante más abajo de donde estaban los barcos, una vez en el río podría volver a casa. Nenna había trabajado en una oficina de Blackfriars antes de que naciera Tilda.

Eso significaba que debía dirigirse hacia el sur, pero necesitaba que alguien le indicara el camino. Miró a su alrededor con la vaga esperanza de que alguna persona amable y que no tuviera demasiada prisa pasara por la acera de enfrente, aunque sería más razonable preguntarle a alguien que pasara por la misma acera. La llovizna empezaba a transformarse en aguanieve. Una tienda de radios, una tienda de bicicletas, un centro de planificación familiar, una funeraria, bicicletas, repuestos de radio, alquiler de televisiones, herbolario, planificación familiar, una floristería. El escaparate de la floristería aún estaba iluminado y ocupado enteramente por un tributo funerario: una portería de fútbol soportada sobre crisantemos blancos. Bajo la portería había un balón de fútbol rojo, esta vez de crisantemos rojos. Nenna se quedó mirando el escaparate mientras el aguanieve se le metía por el cuello del abrigo. Uno de sus zapatos parecía estar más mojado que el otro y se le había roto la hebilla, de manera que se apoyó en el escaparate y se quitó el zapato para observarlo mejor. Al hacerlo sintió mucho frío en el pie izquierdo, y se lo enroscó alrededor del tobillo derecho. Alguien se acercaba, y Nenna pensó que no podría soportar que aquel hombre, pues de un hombre se trataba, le dijera: «¿Tienes problemas con el zapato?». Por un momento pensó que podía tratarse de Gordon Hodge, que la había seguido para asegurarse de que no volvería a la casa para importunar a Edward.

El hombre se detuvo muy cerca de Nenna, fingió que miraba el escaparate y,

acercándose con un curioso movimiento lateral, dijo:

—¿Le gustan las flores?

—En este momento no mucho.

—¿Busca un sitio donde pasar la noche?

Nenna no tuvo necesidad de responder. Sintió lástima del hombre, que seguramente había formulado la misma pregunta en multitud de ocasiones. Olía a soledad. Bueno, al final siempre se acababan marchando, aunque normalmente se quedaban un rato, como hizo éste, silbando entre dientes, como cómicos de micrófono a punto de atreverse con otro chiste.

El hombre le arrebató el zapato de la mano y lo lanzó violentamente a la calzada.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

Nenna se quitó el otro zapato y se marchó, medio andando, medio corriendo, lo más deprisa que podía y sin volverse a mirar hacia atrás; pasó por Laburnum Street, Whiston Street, Hows Street, Pearson Street; al final de Cremers Street se encontró con un grupo de gente parada en mitad de la calle y riéndose, seguramente de ella. Le sangraba un pie. Seguro que piensan que estoy borracha.

En la esquina de Hackney Road con Kingsland Road se le acercó un taxi.

—Un poco tarde para andar por ahí.

—No sé qué hora es.

—Un poco tarde para ir a nadar. ¿Adónde vas?

—Al río.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—La gente a veces se ahoga.

Nenna le dijo, sin demasiadas esperanzas de que la creyese, que vivía en el muelle de Battersea. El conductor estiró un brazo hacia atrás para abrir la puerta.

—¿Quieres que te lleve?

—No tengo dinero.

—¿Quién ha hablado de dinero?

Nenna entró en el cálido interior del taxi, que apestaba a tabaco y a sexo antiguo, y al momento se quedó dormida. El taxista fue primero hasta Old Street, donde había una gasolinera abierta para el gremio, y compró un bidón de gasolina. Luego atravesó el centro de la ciudad desierta y silenciosa en dirección al Strand, donde por primera vez se sintió la humedad del aire que llegaba desde el río por las calles laterales con la brisa del amanecer.

—Si quieres podemos pasar por Arthur's, en el Covent Garden, para tomar un sándwich —dijo—, no nos arruinaremos por eso.

Entonces vio que su pasajera se había dormido. Detuvo el coche para tomarse una taza de té y explicó a los porteros del Covent Garden, que querían saber qué llevaba en el asiento de atrás, que se trataba de la Bella Durmiente.

El taxi cruzó el puente de Battersea en dirección al muelle. La expresión del

conductor dejaba traslucir lo que para él significaría vivir en un sitio así. Aunque quizá a otros no les pareciera tan mal. Con mucho cuidado, dando muestras de estar acostumbrado a este tipo de situaciones, despertó a Nenna.

—Ya estás en casa, guapa.

Luego giró, describiendo una U, y se marchó tan deprisa que Nenna no logró distinguir el número de matrícula, sólo la luz trasera roja cada vez más pequeña, alejándose a una velocidad superior a la permitida por el dique desierto. Nunca podría darle las gracias.

Aunque debían de ser las tres o las cuatro de la mañana, aún había luces en el *Lord Jim*. Richard estaba en la cubierta de popa, con una trenca de marinero.

—¿Qué te ha pasado, Nenna? ¿Y tus zapatos?

—¿Qué haces ahí fuera, Richard, con esa trenca?

Ninguno de los dos hablaba con sensatez.

—Mi mujer me ha abandonado.

Seguramente era verdad, pensó Nenna; de lo contrario no se habría referido a Laura como «mi mujer».

—Se habrá marchado a pasar una temporada con su familia. Tú mismo me lo dijiste.

A pesar de que era poco probable que pudiesen molestar a nadie, los dos hablaban casi en susurros, y el último comentario de Nenna, que en realidad no merecía respuesta alguna, se perdió en el aire, ahogado por el chapoteo de la marea alta.

—No tenía intención de hablar de esto, pero supongo que la noche que te quedaste a tomar una copa con nosotros notarías que mi mujer no era ella misma.

—A mí me pareció que sí.

A Richard le sorprendió esta respuesta:

—¿Es que no te cae bien?

—No lo sé. Necesitaría tratarla en otras circunstancias.

—Seguro que te parezco un cerdo y un cabezota por obligarla a vivir aquí, en el *Lord Jim*. La verdad es que nunca se me ocurrió pensar que no le gustaría. Me temo que mi cabeza funciona algo despacio, no es tan rápida como la de otros. Yo quería alejarla de su familia, porque su influencia no le hace ningún bien; no me importa decírtelo.

—¿Son pianistas? —preguntó Nenna. Ya no sentía los pies, pero se los miró con disimulo, para que Richard no se sintiera en la obligación de ofrecerle ayuda, y vio que los dos estaban sangrando. Se estremeció al hacer inconscientemente una remota asociación religiosa. El Sagrado Corazón la miraba con reprobadora actitud en el pasillo del convento. ¿Y si hubiera manchado el taxi de sangre?

—Yo nunca le habría pedido que viviera en un lugar indigno de su condición. Me ocupé de que un profesional competente hiciera la instalación eléctrica y pusiera la

calefacción. Pero me parece que eso no es lo más importante. La cuestión era más bien si el hecho de vivir sola conmigo en un barco era una buena idea o no.

—Volverá, Richard.

—Eso no cambiará el hecho de que se haya marchado.

Richard sintió con absoluta claridad que el recuerdo debía permanecer en el lugar que le correspondía; de lo contrario, ¿cómo podría calibrarlo con precisión?

—¡Nenna, tienes los pies destrozados!

Angustiado por no haberse dado cuenta antes, por su falta de educación, de atención, cualidades que le habían inculcado desde la infancia, Richard bajó al muelle a paso ligero para escoltar a Nenna hasta el *Lord Jim*.

—No les pasa nada, Richard, de verdad. No es más que un rasguño. —Eso era lo que decían las niñas—. Basta con que me prestes un pañuelo.

Richard era de esa clase de hombres que lleva encima dos pañuelos limpios a las tres y media de la mañana. En la bodega, donde todo estaba perfectamente ordenado, cogió un frasco de desinfectante y un par de botines de agua. Los botines parecían demasiado grandes, pero Nenna le agradeció que no le prestara unos zapatos de Laura. Aunque puede que Laura se hubiese llevado todas sus cosas.

—Tienes los pies muy pequeños, Nenna.

A Richard le gustaba que las cosas tuvieran el tamaño adecuado.

—Sí, me parecen más pequeños de lo normal. —Richard la sentó bajo una de las luces y, sin pedir disculpas ni cometer torpezas, le puso las botas limpias. Los pies agradecieron el calor de sus manos y se relajaron como un animal que confía en su veterinario.

—¿Qué haces dando vueltas por ahí en plena noche, Nenna? ¿Has estado en una fiesta?

—¿De verdad piensas que voy a fiestas en las que todo el mundo se olvida los zapatos?

—Bueno, no sé. Llevas una vida un poco bohemia, quiero decir, mucho más bohemia que la mía. Quiero decir que conozco a varias personas en Chelsea, y todas se parecen bastante entre sí.

—Esta noche vengo de un poco más lejos que Chelsea —dijo Nenna.

—Por favor, no creas que te estoy interrogando. No pienses que intento entrometerme en tu vida privada.

—¿Cuántos años tienes, Richard?

—Nací el 2 de junio de 1922. Tenía justo diecisiete años cuando estalló la guerra. —Richard sólo consideraba su edad en relación con sus responsabilidades.

Nenna se sentó y movió los pies en el interior de las espaciosas botas. Era la hora más esquiva en el río, cuando la oscuridad se desprende de la oscuridad y los perfiles de las cosas se transforman en un instante, definiéndose como edificios o como barcos anclados. Soplaban un ligero viento del noroeste.

—¿Te apetece navegar un rato en la lancha fueraborda, Nenna?

Demasiado cansada como para sorprenderse por nada, Nenna miró hacia el pescante y vio que la lancha ya había sido arriada. Richard no le habría hecho este ofrecimiento si no estuviera todo en orden.

—Podemos pasar por el puente de Wandsworth hasta el depósito de Fina Oil, y luego apagar el motor y dejarnos llevar por la corriente.

—¿Adónde pensabas ir? —preguntó Nenna. Parecía importarle mucho.

—Sólo esperaba que viniese alguien y me hiciera compañía.

—¿Quieres decir que lo has dejado al azar? —Nenna no podía creerlo.

—Te esperaba a ti.

Vaya, se dijo Nenna.

Descendieron por la escala de cuerda lateral, Richard en primer lugar. A Nenna le dolían bastante los pies, y aunque no quería ser desagradecida, pensó que tal vez estaría más cómoda sin las botas. Pese a todo consiguió saltar a la crujía sin que la lancha del *Lord Jim* se moviese un solo centímetro.

—Larga la amarra, Nenna.

Por un momento, Nenna se vio transportada al Bras d'Or, largando la amarra, adujando con cuidado la boza de la lancha, y mereciendo por ello la aprobación de su padre y de Louise.

Recordó entonces que la prueba que permitía calibrar el éxito del día era si el motor de la fueraborda arrancaba a la primera. El de Richard Johnson, obediente al botón de arranque, cobró vida de inmediato, y Nenna comprendió que a Richard jamás se le habría pasado por la cabeza que pudiera no ser así. Las barcas pequeñas son un buen estímulo para las emociones, y Nenna se sintió dispuesta a ir con Richard hasta el fin del mundo si su fueraborda siempre arrancaba así de bien. Lo cierto es que la realidad parecía perder su habitual control sobre las cosas mientras el día se debatía inciertamente entre la noche y la mañana.

—Nenna, hace tiempo que quiero decirte que no sé si tienes la fuerza necesaria para hacer todo el trabajo que exige el *Grace*. Me parece que a veces derrochas tu energía en cosas inútiles. Por ejemplo, el otro día te vi en la cubierta intentando abrir los fanales desde fuera, a pesar de que todos los cierres de seguridad deben estar dentro.

—No tenemos cierres de seguridad. Los fanales se sujetan con un par de ladrillos. Funciona perfectamente. —Nenna se enfadó mucho—. ¿No me estarás espiando desde el *Lord Jim*?

Richard consideró con interés este comentario.

—En cierto modo sí.

Nenna había sido injusta. Sabía que Richard era un buen hombre y que vigilaba a todo el mundo, el muelle entero.

—No creo que deba sentirme más feliz por el hecho de que todo funcione correctamente en el *Grace*.

Richard la miró con asombro.

—¿Qué tiene que ver eso con la felicidad?

La lancha seguía la orilla izquierda y pasó muy cerca de la desembocadura del arroyo de Chelsea. Richard y Nenna observaban atentamente el agua envuelta en bruma, vigilando que ningún madero a la deriva atascase el motor.

—¿Hablas mucho con Maurice? —preguntó Richard.

—A veces todo el día y parte de la noche.

—¿Y de qué diablos habláis?

—De sexo, de celos, de música, de amistad y a veces de los barcos, de cómo cebar la bomba y cosas así.

—¿Qué tipo de bomba tienes?

—No lo sé, pero es igual que la de Maurice.

—Cuando quieras te enseño cómo se ceba —dijo Richard. Pero no estaba satisfecho—. Y cuando terminas de decir todo lo piensas sobre ese tipo de cosas, ¿tienes la sensación de haber llegado a una conclusión definitiva?

—No.

—Entonces ¿al final no llegas a ninguna conclusión?

—¿Sobre los celos y la música? ¿A qué conclusión podríamos llegar?

—Supongo que Maurice tiene mucha sensibilidad para la música.

—Tiene una voz muy bonita y toca cualquier cosa de oído. Le he oído tocar el Campanello de Liszt con un par de cucharillas, sin fallar una sola nota. En realidad no era música, pero lo pasamos muy bien... además, no sé, también hablamos de otras cosas, sobre todo del aprieto en el que los dos estamos metidos.

Nenna guardó silencio, consciente de que sería una imprudencia que Richard se enterara de las visitas de Harry. La crisis de conciencia y responsabilidad sería demasiado dolorosa para él. Aunque a Nenna le habría gustado no ocultarle nada.

—Eso nos lleva a algo que siempre he querido preguntarte —continuó Richard—. Me parece que tienes una gran facilidad para expresar tus sentimientos.

—Sí.

—¿Y Maurice?

—También.

—Yo no la tengo. Lo cierto es que me asombra que la gente hable tanto. No entiendo qué necesidad hay de decir lo que se siente. De hecho, me parece que al expresarlo con palabras se pierde algo, no sé si me entiendes.

Richard parecía nervioso, y Nenna comprendió que era consciente de que no resultaba fácil entenderlo.

—Bueno, Maurice y yo somos comunicativos por naturaleza. Hablamos de todo lo que nos interesa, puede que por la misma razón por la que Willis dibuja y pinta.

—Eso es muy diferente. A mí me gustan mucho los dibujos de Willis. Le he comprado un par de ellos, y estoy seguro de que se revalorizarán con el tiempo.

Más allá del puente de Battersea, la luz, entre gris y plateada, perseguía con sus sombras a las barcas, que se mecían dulcemente sobre sus amarras.

De repente, aunque habiendo calculado a la perfección el momento preciso, pues no consultó a Nenna y apenas miró hacia la orilla, Richard se inclinó, apagó el motor y lo haló a bordo. Una vez hubo ajustado el timón para poner la lancha a contracorriente, retomó el hilo de la conversación. Una vida entera no resultaría demasiado larga si al menos llegara a captarlo todo exactamente.

—Digamos que las cosas no te han ido demasiado bien, me refiero en lo personal. ¿Sabrías expresar con palabras qué es lo que ha fallado?

—Creo que sí.

—Eso puede resultar muy útil.

—Como las instrucciones del fabricante: si fracasa, intente expresarlo con palabras.

Richard ignoró este comentario, pues no le pareció del todo pertinente. Por lo general le desagradaban las comparaciones, porque te obligaban a pensar en más de una cosa al mismo tiempo. Calculó el ángulo de deriva. Satisfecho al comprobar que los conduciría exactamente hasta el punto del costado de estribor del *Lord Jim* al que él quería llegar, preguntó:

—¿Qué sientes hacia tu marido?

Nenna experimentó una sacudida, como si Richard hubiese virado de rumbo bruscamente. Si a Richard no se le daba bien expresarse con palabras, aún se le daba peor hacer preguntas de carácter personal. Igual podría haber volcado la lancha y hundirse con ella. Pero Richard aguardó la respuesta, observando a Nenna con actitud grave.

—¿No eres capaz de explicarlo?

—Sí, soy capaz. Me resulta muy fácil. Ya no lo quiero.

—¿De verdad?

—No.

—Me parece que no te estás expresando bien, Nenna.

—Quiero decir que ya no lo odio. Seguramente es lo mismo.

—¿Desde cuándo sientes eso?

—Desde hace tres horas.

—¿Es que lo has visto recientemente?

—Sí.

—¿Te refieres a esta noche? ¿Qué ha pasado?

—Insulté a su amigo, y a la madre de su amigo. Y él me dijo lo que pensaba al respecto.

—¿Qué te dijo?

—Dijo que yo no era una mujer. Eso es absurdo, ¿no te parece?

—Supongo que sí. Evidentemente sí. —Intentó mejorarlo—. En el sentido normal de la palabra, sí.

—Lo único que me importa es el sentido normal de la palabra.

—¿Y cómo definirías lo que sientes por él en este momento? —preguntó Richard.

—Bueno, me siento en paro. No hay nada más triste que estar en paro, aunque te encuentres en una cola con otros miles de parados. No sé qué hacer para no seguir pensando en él a todas horas. No sé qué hacer con mi mente. —Nenna se sintió invadida por una vaga melancolía—. Tampoco sé qué hacer con mi cuerpo.

Fue una terrible imprudencia autocompadecerse de ese modo. Richard la miró fijamente.

—¿Sabes? Una vez le dije a Laura que no me gustaría pasar ni un momento a solas contigo.

—¿Por qué?

—No lo sé. No recuerdo qué explicación le di. Debió de ser una soberana tontería.

—Richard, ¿por qué tienes una opinión tan baja de ti mismo?

—No creo que eso sea cierto. Intento valorarme en la justa medida, como hago con todo lo demás; de verdad. Es difícil. Me cuesta mucho hablar de estas cosas. Pero he entendido perfectamente lo que querías decir con eso de estar en paro.

Habían llegado al *Lord Jim*. Bastó con rozar levísimamente la palleta para que la lancha se acercase al costado del barco.

—¿Dónde echo la amarra?

—Puedes atarla a la escala, pero suelta mucho cabo, para que no se afloje cuando baje la marea.

Nenna sabía perfectamente cómo tenía que amarrar la lancha, pero sentía una profunda paz.

Richard se levantó con vacilación, no porque no supiera lo que quería hacer, sino porque no sabía cómo hacerlo. No podía fallar. Un capitán siempre ha de ser el último en abandonar su barco, pero un hombre siempre ha de ir por delante cuando la situación se pone delicada. Justo cuando amarraba la cuerda, Nenna comprendió que al fin había llegado el momento en el que Richard se sentía aún más perdido que ella. Ambos perdieron el control de la situación e intercambiaron los papeles. Nenna se quitó las botas de un puntapié y empezó a subir por la escala.

—¿Está abierta la escotilla? —preguntó, pensando que Richard se sentiría más cómodo si hacía una pregunta de orden práctico. Por otro lado, era innecesario. La escotilla del *Lord Jim* siempre estaba cerrada, pero Richard jamás olvidaba la llave.

Las hijas de Nenna no mostraron ningún interés por saber dónde había estado su madre, ni tampoco por qué no había regresado hasta la mañana siguiente. De vuelta en el *Grace*, Tilda se puso a jugar a los pies del mástil con una bandera negra y amarilla, una de las pocas que tenían.

—Tampoco tenemos suficiente cabo, tendré que cogerlo de los estays.

—¿Qué significa eso, Tilda?

—Esto es una L: *Tengo que comunicarte algo importante*. Era para ti, mami, por si habías salido cuando volviésemos.

—¿Adónde pensabais ir?

—Íbamos a llevarlo a dar una vuelta por ahí.

—¿A quién?

—A Heinrich.

Martha subió desde la carroza seguida de un muchacho mucho más alto que ella. A Nenna le sorprendió lo cambiada que parecía su hija mayor desde la última vez que la vio. Se había soltado la rubia cola de caballo, y los rizos le caían graciosamente sobre su única camisa de Elvis, como si tuvieran vida propia.

—Mami, éste es Heinrich. Hace tres semanas que cumplió dieciséis años. Tú no sabes quién es.

—Sí lo sé. Tía Louise me ha hablado de él, pero creo que ha habido una pequeña confusión, porque ella me dijo que vendría el viernes pasado.

—Se ha cambiado la fecha del viaje, señora James —explicó Heinrich—. Me he retrasado un poco porque la dirección que me facilitaron fue 626 Cheyne Walk, y no la encontraba, pero al final la policía fluvial me indicó el camino.

—En cualquier caso, bienvenido a bordo Heinrich, ¿cómo estás?

—Señora James, Heinrich von Furstenfeld.

Heinrich tenía una elegancia excepcional. Una educación pensada para adaptarse a continuos cambios de vida y de frontera, acaso desprovista de cualquier posesión material, y en momentos de crisis, prolongadas estancias con parientes lejanos instalados en lugares donde se toleraba a la aristocracia, desde la frontera polaca hasta la puerta de Hyde Park, es decir, una sólida herencia europea lo había convertido en un joven independiente y capaz, con una radiante sonrisa y el formal apretón de manos propio de un atleta, que hacía que todo el mundo se sintiera cómodo, incluso la nerviosa Nenna.

—Espero que Martha te haya dicho dónde puedes poner tus cosas.

Martha miró a Nenna con impaciencia.

—No necesita desempaquetar mucho; mañana se va al aeropuerto. Llegó anoche, muy tarde, y tuvieron que prepararle una litera en el *Rochester*. Willis se puso muy

contento, y dijo que el barco le recordaba a esas antiguas casas de huéspedes.

—Iré a pedirle disculpas a la señora Woodie.

—No es necesario. Ya le he enseñado a Heinrich el *Grace*. Y ya sabe que sólo puede ir a proa cuando la marea esté baja.

—No estoy acostumbrado a calcular las mareas, señora James —dijo Heinrich en tono agradable y familiar—. El Danubio, que pasa cerca de donde yo vivo, no tiene mareas, de modo que tendré que confiar en sus encantadoras hijas.

—¿Cómo es tu casa de Viena? —preguntó Tilda.

—Es un piso en Franciskanerplatz, en pleno centro de la ciudad.

—¿Qué sueles hacer en Viena? —preguntó Nenna—. Si sólo vas a pasar un día en Londres, tendremos que pensar qué podemos hacer.

—Viena es una ciudad vieja... En realidad, lo que quiero decir es que a todo el mundo le llama la atención lo vieja que es la gente allí. Por eso, aunque mi ciudad es muy bonita, tengo muchas ganas de conocer el bullicio de Londres.

—¿Cómo dejáis que Heinrich esté aquí en cubierta mientras vosotras dos hacéis el vago? —dijo Tilda—. Deberíais ofrecerle una taza de café inmediatamente.

—¿Es que aún no ha desayunado?

—¿Dónde están tus zapatos, mamá? —preguntó Martha, llevándose a su madre a un lado y hablando en voz muy baja y en tono urgente, casi trágico—. Estás hecha un asco. Seguro que a Heinrich no le pareces en absoluto una madre.

—No sé cómo será su madre. Sé que su padre es un viejo conocido de tía Louise y tío Joel.

—Su madre es una condesa.

Tilda se había llevado a Heinrich abajo y había puesto al fuego un cazo de leche para el café. El joven conde no olvidaría hasta el día de su muerte la amable mano que se le tendió cuando nadie más había tenido en cuenta su difícil situación.

—¿Por qué va descalza tu madre? —preguntó Heinrich—. Aunque no quiero hacerte preguntas inoportunas. A lo mejor ha estado bailando.

—Ya te acostumbrarás a ella.

Diplomático por instinto, Heinrich pensó a cuál de sus veinte o treinta pequeñas primas europeas se parecía más Tilda. Seguro que a las suizas. Heinrich habló en tono dulce y lisonjero.

—Tendré que llevarte conmigo a Viena, pequeña Tilda; lo siento, pero creo que no podré arreglármelas sin ti. Por fortuna eres tan pequeña que aquí nadie te echará de menos, y te llevaré conmigo como si fueras un amuleto. Pero este comentario no resultó muy acertado, porque a Tilda no le gustaba en absoluto ser tan pequeña.

—Dejemos eso —dijo cerrando de un golpe la cafetera y cortando enérgicamente una rebanada de pan.

Con ligera sonrisa, el joven conde se volvió para dar las gracias a su salvadora, mientras sus pálidas mejillas recuperaban parte del color que habían perdido.

Maurice, que había decidido tomarse unas vacaciones y llevaba varias noches sin

ir por el bar, se unió a Martha y a Nenna en la cubierta.

—¿Quién es tu amigo? —le preguntó a Martha.

—Es el hijo de un amigo de mi tía.

—Tómalo con calma. Y pon buena cara, pase lo que pase.

—Maurice —dijo Martha—, ayúdame. Estoy intentando que mi madre se vista y se comporte como es debido.

Eran justo las nueve menos diez, y Richard pasó camino de World's End, donde tomaría el autobús hasta su oficina. Nenna pensó: Si no me mira no volveré a dirigirle la palabra nunca más, ni a él ni a ningún hombre, salvo a Maurice. Pero cuando pasó por delante del *Grace*, Richard le lanzó a Nenna una sonrisa que le derritió el corazón, y la saludó con la mano de un modo impropio de él, con una mezcla de saludo naval y un discreto ademán con el paraguas cerrado.

Maurice se cruzó de brazos.

—Felicidades, Nenna.

—No digas eso.

—¿Por qué no?

—Dios te ha dado una inteligencia muy viva. No sé qué me está pasando exactamente.

—Falta de carácter.

—Más bien remordimientos.

—¿Por qué, cariño?

Martha los dejó a solas y bajó a la carroza. Bien pertrechada contra cualquier posible desengaño en la vida, consciente de la responsabilidad de proteger a su madre y a su hermana, preocupada por las lagunas de su educación, inquieta por las monjas y los anticuarios, Martha había olvidado durante algún tiempo la necesidad de ser feliz. Al principio, Heinrich le resultó extraño.

Los tres chicos se sentaron en torno a la mesa y planearon qué harían durante el día. Tilda, aprovechando que los otros no la miraban, vació el paquete de cereales, en el fondo del cual los fabricantes introducían pequeños tanques y ametralladoras de plástico y fotografías de Elvis. Cuando hubo encontrado sus tesoros, volvió a guardar el trigo y el centeno de cualquier manera en la caja.

—Al parecer no tenéis padre, Martha —dijo Heinrich tranquilamente.

—Se ha marchado.

A Heinrich no pareció sorprenderle.

—Mi padre también se pasa la vida viajando.

—Eres arcaico —dijo Martha. Heinrich, sin dejar de comer con auténticas ganas, le cogió la mano.

—En realidad he venido a traerte un telegrama —dijo Maurice—. Lo he recogido en la oficina del muelle.

—Gracias, Maurice. Parece que últimamente he perdido algunas cartas; mi hermana no deja de preguntarme si he recibido sus cartas.

—Las cartas tienen que luchar contra viento y marea, querida mía, como todos nosotros.

El telegrama era de Louise. Habían llegado a Londres. Se alojaban en el Carteret Hotel y Nenna debía llamarla lo antes posible.

—Hola, ¿puedo hablar con la señora Swanson? Hola, ¿es la habitación del señor Swanson? Louise, soy Nenna.

—Nenna, estaba a punto de llamarte al mismo número que te llamé la otra vez, desde Frankfurt.

—Preferiría que no llamas allí, Louise.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—No exactamente.

—¿Está Edward contigo, Nenna?

—No.

—Es lo que suponía. Queremos que vengas a almorzar con nosotros, querida.

—¿Puedo pasar para veros directamente, Louise?

—Será mejor que almorcemos juntos, y después dedicaremos el resto del día a analizar a fondo tus problemas. Parece que hay mucho por resolver. Joel está totalmente de acuerdo conmigo en esto. Me refiero a ti, y a las niñas, y a la posibilidad de que regreses a Halifax.

—Es la primera vez que lo mencionas, Louise.

—Pero he pensado mucho en ello, Nenna; y también he rezado. Joel no es católico, como bien sabes, pero me ha dicho que cree que la Providencia no está tan lejos de nosotros, que en realidad está justo encima de nuestras cabezas, aunque no la veamos, y eso hace que las cosas finalmente salgan bien. Esa idea me gusta mucho.

—Escucha, Louise. Anoche fui a ver a Edward.

—Me alegro mucho. ¿Ha entrado en razón?

Nenna vaciló.

—Yo tengo tanta culpa como él, incluso más. No puedo dejarle sin nada.

—¿Dónde vive?

—Con unos amigos.

—Entonces tiene amigos.

—No debes entrometerte, Louise.

—Mira, Nenna, no pensamos proponerte nada espectacular. Creo que debemos admitir que lo has intentado y has fracasado. Y si os ofrecemos un billete para volver a casa, a ti y a las niñas, y os ayudamos a instalaros una vez allí, y buscamos un buen colegio de monjas para las niñas, para que sigan con las monjas y no noten el cambio, considera todo esto como un préstamo que te ofrecemos con mucho gusto durante

todo el tiempo que necesites, con la esperanza de que vuelvas con la gente que te quiere.

—Pero aquí también hay gente que me quiere, Lou. Me gustaría que vinieras a ver el *Grace*.

—Ya buscaremos un momento, cariño. A ti siempre te encantaron los barcos. Siempre recuerdo con cariño lo contento que se ponía papá porque tú compartías su pasión por los barcos y por el agua. Háblame de tus vecinos. ¿Tienes trato con ellos?

—No tenemos dinero —dijo Martha—, de manera que tendrás que conformarte con nuestra limitada idea de diversión.

—No hay que avergonzarse de ser pobres —dijo Heinrich.

—Yo creo que sí —replicó Martha, con una firmeza que difícilmente podía haber heredado de su padre o de su madre—, pero no hay razón para que no salgamos a dar una vuelta y veamos algunas cosas. Mirar es muy importante, te lo aseguro. Es lo que hacemos nosotras la mayor parte del tiempo. Esta tarde podemos ir al King's Road.

—Me gustaría pasar por alguna tienda —dijo Heinrich.

—La mejor hora será entre las cinco y las seis, cuando la gente sale de trabajar. Muchas tiendas no abren hasta esa hora.

Tilda había perdido el interés por la conversación y se había marchado en busca de Stripey, a quien una rata perseguía por el *Maurice*. Woodie y Richard no dejaban de aconsejarle a Maurice que engrasase las amarras para que las ratas no pudieran trepar por ellas, pero Maurice siempre se olvidaba de hacerlo.

Poco más tarde se prepararon para su excursión a Chelsea.

—¿Y tu madre? —preguntó Heinrich.

—¡No paras de preguntar por ella! —exclamó Martha—. ¿Qué te parece?

—Es una mujer muy atractiva, para la edad que tiene. Aunque en el continente sabemos apreciar a las mujeres de treinta años.

—Ha ido a ver a tía Louise, que también es una mujer atractiva para su edad, aunque bastante mayor y muy distinta. Vive en Nueva Escocia, y es rica y muy activa.

—¿De qué tienen que hablar?

—Supongo que mamá pretende llevarnos a Canadá. No lo ha dicho, pero supongo que se trata de eso.

—En ese caso nos veremos a menudo. Tengo parientes en Canadá y en Estados Unidos.

Martha se esforzó por no desear que Tilda se despistara en el momento de salir. No recordaba haber sentido nunca algo parecido por su harapienta hermana.

Sin la vigilancia de las monjas, Tilda parecía haber perdido por completo el sentido del decoro. Partisan Street, la primera calle que encontrabas al subir desde los barcos, era, como ya dijimos anteriormente, un lugar bastante peligroso: una hilera de decrepitas viviendas adosadas de ladrillo donde se refugiaban criaturas tullidas y

deformes. A los sociólogos les correspondía aclarar si eran pobres porque estaban lisiados o si estaban lisiados porque era pobres, y pocos años después, cuando sus viviendas fueron derruidas para construir viviendas municipales de rentas muy superiores a las que ellos podían pagar, debió de suponerse que aquellas gentes desaparecerían de la faz de la tierra. A Tilda, que los conocía a todos, le encantaba imitarlos, y subía renqueando por Partisan Street, cojeando y arrastrando los pies alternativamente, sin dejar de hacer muecas.

—Tu hermana me hace reír, aunque no me parece bien reírse de una cosa así —dijo Heinrich.

Martha le contó que todo el mundo se reía.

—Le pidieron que actuara en el Club Navideño —dijo—. No te imaginas cuánto nos reímos.

Giraron hacia el Worlds End y abrieron la puerta para entrar en el apacible jardín donde yacían enterrados los fieles de la secta moravia.

—Los entierran de pie, para que el día del Juicio Final puedan incorporarse sin dificultad.

—¿Entierran juntos a los hombres y a las mujeres?

—No, los entierran por separado.

Cerraron la puerta del muro y echaron a andar. Martha, consciente hasta en la última fibra de su cuerpo de la mano de Heinrich bajo su codo, le preguntó cuál fue la primera frase que aprendió a decir en inglés.

—Soy el padre del zapatero.

—¿Y en francés?

—No recuerdo cuándo aprendí el francés. Debió de ser en algún momento, porque ahora lo puedo hablar. También me defiendo en polaco y en italiano, aunque no creo que estas lenguas me resulten muy útiles en el futuro.

—Todo lo que se aprende es útil. ¿No sabías que todo lo que aprendes y todo lo que sufres acaba resultando útil en algún momento de tu vida?

—Eso te lo ha dicho la Madre Ignatius —interrumpió Tilda—. Hace algún tiempo, en los últimos años del siglo pasado, una pobre mujer se ganaba el sustento trabajando largas horas con su máquina de coser. En aquella época lo único que se hacía era trabajar y trabajar; todo era trabajo. Su pie derecho subía y bajaba sin descanso, arriba y abajo, arriba y abajo. A causa del ejercicio, el pie derecho creció, se volvió más largo y más grande, mientras que el otro pie siguió teniendo el mismo tamaño, hasta que al final la pobre mujer no se atrevía a salir a la calle por miedo a tropezar y caer de bruces. Pero, a pesar de sus tribulaciones, esa mujer tenía fe en la bondad de Nuestra Señora.

—Tilda —dijo Martha deteniéndose bruscamente y sujetando a su hermana de los hombros—, te daré lo que quieras, dentro de unos límites razonables, si vuelves al barco y te quedas allí.

Había entre las hermanas un amor singularmente puro y capaz de superar

cualquier prueba. Tilda no podía pasar por alto la petición, o más bien la súplica, que detectó en los ojos de Martha. Sus protestas fueron meramente formales.

—La historia de la máquina de coser es mucho más larga.

—Ya lo sé.

—Tendré que quedarme sola. Mamá se ha marchado a Londres.

—Vete al *Rochester*.

—Ya he estado allí.

—La señora Woodie me ha dicho que los niños nunca le molestan.

—A lo mejor se arrepiente de haberlo dicho.

—Willis también estará allí.

Tilda asentía y negaba con la cabeza alternativamente, lo cual significaba que estaba de acuerdo.

—Prométeme que irás directamente al *Rochester* —le dijo Martha—. Júralo por el Sagrado Corazón. Allí te lo pasas bien. No te gusta ir a King's Road porque no te dejan entrar en las tiendas y eres demasiado pequeña para probarte la ropa.

Tilda se alejó dando brincos.

En aquella época el King's Road estaba en pleno apogeo y bullía como un poblado de gitanos con sus mejores galas, mientras la gente del mundo del espectáculo se levantaba a una hora determinada y salía a patrullar por las aceras entre Sloane Square y el ayuntamiento. Heinrich y Martha recorrieron todas las tiendas, de ropa, medias, complementos, trapos, bolsos. Un auténtico paraíso infantil, un batiburrillo de pintorescas tiendas que echaban por tierra de un plumazo todos los conceptos de la historia del comercio tradicional. Los vendedores, vestidos con ropa de vivos colores, deslumbraban a los clientes, y en lugar de darles la bienvenida, los ignoraban o se mostraban tan groseros que parecía que quisieran ahuyentarlos. Los clientes, por su parte, curioseaban entre la ropa y la dejaban tirada por el suelo. No había precios, ni tallas, todos los estilos de la moda se mezclaban allí de cualquier manera, y los largos percheros cargados de ropa eran trasladados como por arte de magia de una tienda a otra. Las puertas de las tiendas estaban abiertas, en el interior olía a incienso y a humanidad, y el ambiente era el propio del mercado callejero en una pantomima cuando el elenco de actores, animado por el público, deja que el espectáculo se le vaya de las manos.

Heinrich y Martha recorrían aquel mundo, destinado a morir pocos años más tarde, una vez roto el hechizo, como un príncipe y una princesa. En una de las tiendas Heinrich se probó unos pantalones de satén azul pálido que le estaban muy ajustados. Martha, que le sujetaba sus vaqueros mientras se cambiaba, lo admiró más por desecharlos que si los hubiera comprado.

—¿No te gustan? —le preguntó.

—En el continente nadie se viste así.

—Pensé que a lo mejor no tenías suficiente dinero.

Lo cierto es que Heinrich tenía muchísimo dinero, y su propio talonario de

cheques, pero no lo dijo por delicadeza, para no herir el orgullo de Martha.

—Vayamos a un café.

También los cafés eran una novedad en Londres, aunque no lo fueran en Viena. El resplandeciente Gaggia ofrecía cuatro centímetros de espuma amarga en taza de loza, y por dos chelines los enamorados podían pasarse horas sentados en las sombras marrones oscuras, con un azucarero delante.

—A lo mejor les molesta que tomemos sólo una taza.

Heinrich volvió a poner su mano fina, de largos dedos, sobre la de Martha. A ella le sorprendió su aspecto inmaculado. Las manos de Martha estaban casi tan negras como las de Tilda.

—No te preocupes. Yo me encargo de todo. ¿Qué te parece?

—No estoy segura. Ya te lo diré dentro de un rato —dijo Martha, deseando que alguna de sus compañeras de clase pasara por allí en ese momento para verla. Se lo contarían al padre Watson y a las monjas, pero a Martha no le importaba; al fin y al cabo debían saber por qué no iba al colegio.

—Supongo que viviendo aquí, en Chelsea, saldrás mucho por ahí.

—No tengo con quién salir. Seguro que te encantarían las pastelerías de Viena, y los conciertos. Me gustaría presentarte a mi madre y a mis tías abuelas. Están abonadas a la *Musikverein* para todos los conciertos de la temporada de invierno. ¿Te gusta la música?

—Claro que me gusta —dijo Martha con impaciencia—. ¿Qué tipo de música les gusta a tus tías?

—Mahler, Bruckner...

—Yo la odio. No me gusta que me hagan sentir con tanta intensidad.

Heinrich inclinó la cabeza y entornó los ojos.

—¿Sabes? Creo que podrías estar a punto de caer en una depresión muy grave.

Martha se sintió halagada. Le pareció que nadie se había preocupado tanto por ella hasta ese momento.

—¿Quieres decir que podría derrumbarme por completo?

—Escucha, Martha, creo que deberías contarme tus problemas. Seguro que la clase de religión no te sirve de gran ayuda. Las monjas no son capaces de entender las causas de tu malestar psicológico, y los curas tampoco. A lo mejor no te gusta que hable de este modo.

—No me importa, Heinrich. Continúa.

—Yo también tengo muchos problemas en el colegio. No sé si tú lo entenderías. Todos somos muy jóvenes, entre dieciséis y dieciocho años, y pasamos muchos meses alejados de las mujeres. Yo personalmente llevo la cuenta en un calendario que tengo en la taquilla. Esto puede producir cierto grado de desequilibrio mental.

—¿Qué dicen los profesores?

—¿Los curas? Bueno, lo entienden, pero no pueden satisfacer todas nuestras necesidades. Un buen amigo mío, que viene conmigo a clase de física y química,

llegó a tal grado de desesperación que cogió unas tijeras y cortó todos los alzacuellos que nos ponemos los domingos; los hizo pedazos.

—Como un perro en un circo —dijo Martha horrorizada.

—Quería llamar la atención. Se marchó del colegio, pero hace poco recibí una carta suya. Ahora quiere hacerse sacerdote.

—¿Pero tú estás contento allí?

Heinrich sonrió con intención de consolarla.

—No estoy dispuesto a permitir que el sexo domine mi vida. Sólo tengo que ponerlo en su sitio, nada más... Pero estamos aquí para hablar de ti, bonita.

Martha sintió que Heinrich hablaba sinceramente, y pensó que tal vez no volvería a presentarsele la oportunidad.

—Yo cometo muchos pecados —empezó a decir rápidamente—. Sé que una gran parte de mí está dominada por la oscuridad, no por la luz. Me gustaría que mis padres viviesen juntos, pero no porque me importe que sean felices. Quiero mucho a mi madre, aunque supongo que sabe que a su edad ya no tiene muchas esperanzas de ser feliz. Me gustaría que viviesen juntos en una casa normal y corriente, para que yo pudiera volver a casa y decir, ¿cómo pretendéis que viva en un sitio así? Pero nunca llevaré una vida normal, porque soy demasiado bajita —las dos lo somos—, por eso Tilda se pasa el día en cubierta, porque alguien le dijo que sólo creces si estás mucho tiempo de pie. Además, no me desarrollo. Una vez en clase nos pidieron que hiciéramos una redacción sobre «Mi mejor amiga», y la chica que iba a describirme levantó la mano y pidió una regla para dibujarme de cuerpo entero.

—Eso no es amistad —dijo Heinrich.

—Debo de tener algún problema. A lo mejor sigo siendo una niña toda mi vida.

—Seguro que no. Eres como la amante rubia de Heine, del poeta Heine, *wenig Fleisch, sehr viel Gemüt*, poca carne, pero mucho espíritu. —Heinrich se inclinó hacia adelante y besó a Martha en la mejilla, que había perdido su frialdad y se había sonrosado desde que entraron en el café. Eso era exactamente lo que había que hacer en un café de King s Road. Pero a partir de entonces se distanciaron un poco más.

—Ha sido muy agradable pasar el día aquí, Martha, y conocer tu barco.

—Sí, bueno, al menos es algo que no tienes en Viena.

El padre de Heinrich era socio del Club Náutico vienés.

—Desde luego, no tengo uno tan grande como el tuyo.

Fuera, en las tiendas, la ropa seguía brillando, amontonada a los pies de los desdeñosos vendedores. El volumen de la música había subido, y el Chelsea Granada acogía con los brazos abiertos a todos los que quisieran entrar para ver la retransmisión de *Bootsie y Snudge*. Heinrich y Martha echaron a andar sin rumbo fijo.

—Dos personas pueden llegar a sentirse muy cerca en muy poco tiempo —dijo Heinrich—. Todo depende de saber aprovechar las circunstancias. Tengo la intención, como ya te he dicho, de construir mi propia vida.

Tilda no se fue directamente al *Rochester*. Consciente del extraño ambiente que rodeaba a Martha y a Heinrich, y separada de su hermana, se sintió por primera vez un poco perdida. Aterrizando de un salto en la cubierta del *Grace*, buscó a la sorprendida Stripey para abrazarla con fuerza. Luego la observó con atención.

—Tienes gatitos en la tripa.

Dejó a la gata en el suelo, que al instante se aplanó como una tabla, y trepó por el mástil. Marea baja. Pasó un remolcador en el que ondeaba una bandera blanca con la cruz roja de San Jorge y una chimenea que no se sabía muy bien si era de color blanco o crema.

—Vigilancia del Támesis. No deberían llegar hasta esta zona tan baja del río. ¿Por qué habrán pasado de Teddington?

A cuatro metros por debajo de Tilda, Harry parecía inusualmente ocupado en el *Maurice*, aprovechando la ausencia de su propietario. Intentaba conectar con un cable la escotilla principal por encima de la bodega, mostrando a todas luces su impericia como electricista profesional, para que si alguien intentaba entrar recibiera una descarga eléctrica.

Tilda no entendía lo que estaba haciendo, pero lo estuvo observando desde lo alto del mástil hasta que Harry advirtió su presencia y se dio la vuelta. Dejó los alicates y levantó la vista. La miró con unos ojos curiosos que mostraban un globo ocular mucho más grande de lo normal.

—¿Quieres un caramelo?

—No.

—¿Quieres que te enseñe un tebeo?

—No.

—Claro, no sabes leer ¿o sí?

—Sí que sé.

—¿Por qué no vienes? Puedes sentarte en mis rodillas si quieres, y te enseñaré un tebeo.

Tilda se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, agarrada al palo con un solo brazo.

—¿Tienes el semanario de Cliff Richard?

—Claro que sí.

—¿Y Dandy?

—Ése también.

—¿El de esta semana?

—Eso es.

—No necesito que me lo enseñes.

—Aún no has visto todo lo que tengo.

—¿Qué tienes?

—Cosas que no has visto en tu vida, bonita.

—No tienes derecho a estar en ese barco —observó Tilda—. Es de Maurice.

—¿Lo conoces?

—Claro que lo conozco.

—¿Sabes cómo se gana la vida?

—Trabajando.

—Si vienes te lo enseñaré. Eso no lo verás en ningún tebeo.

Tilda insistió:

—¿Por qué estás poniendo cables en el barco?

—¿Por qué? Porque tengo muchas cosas bonitas aquí dentro.

—¿De dónde las has sacado?

—¿No quieres saber lo que son?

—No, quiero saber de dónde las has sacado.

—¿Por qué?

—Porque eres un ladrón.

—¿Quién te ha dicho eso, mal bicho?

—Almacenas productos robados —replicó Tilda.

Tilda lo miró de soslayo, con ojos encendidos y vivos. Harry sólo podía llegar hasta el *Grace* por dos vías, cruzando por la plancha del portalón desde el *Maurice*, donde Stripey hacía la digestión incómodamente, o bajando al muelle y saltando por la cubierta de popa.

Harry se inclinó y levantó con una mano la plancha del portalón, dejándola suspendida en el aire. Stripey salió disparada, saltó y perdió el equilibrio, cayendo despatarrada sobre el lecho del río.

—Tu gatito ha reventado, cariño.

—No. Se ha comido una gaviota. Si hubiera reventado se verían las plumas.

Harry tenía una botella en la mano.

—¿Vas a emborracharte?

—Lo que hay en esta botella no se puede beber. Si lo bebiera me quemaría. Cualquiera se quemaría.

Era alcohol de salitre. Harry la miró de reajo, sin dejar de mover el globo ocular. Sostenía la botella con la mano derecha, y la balanceó un par de veces, como para calibrar su peso. Luego se dirigió hacia el muelle y dio la vuelta para subir a bordo del *Grace*.

Tilda trepó por la tabla de lavar y, aferrándose a la madera con dedos y uñas, bajó medio deslizándose, cogió a la gata y se marchó volando en dirección al *Rochester*. Tilda sabía que la escala real estaría puesta.

—¿Puede cuidar de mí, señora Woodie? Martha me ha mandado venir. He venido directamente.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó la señora Woodie, para entonces resignada a casi todo.

—Es mi gatita, mi gatita, el único animalito que me han dejado tener desde que

era un bebé.

La señora Woodie miró al hinchado animal.

—¿Estás segura, bonita, de que no está...?

—¿Qué intenta decir, señora Woodie? Creo que tiene un ángel de la guarda.

La bodega del *Rochester* había cambiado durante las últimas semanas, transformándose en una acogedora caravana. Habían cubierto el suelo con un trozo de moqueta, y Tilda se sentó con la boca abierta delante del televisor, donde parpadeaba el doctor Kildare. La señora Woodie empezó a cortar sándwiches en cuadrados perfectos.

—¿Dónde estás? —llamó a su marido.

Woodie apareció, un poco molesto.

—Le llevaré algo a Willis. En mi opinión está demasiado anclado en el pasado.

—Dile que ha venido Tilda.

Willis entró en silencio y se sentó junto a la niña, sobre el armario cubierto con unos flamantes almohadones de flores.

—¿Dónde está tu hermana?

—Ha salido con Heinrich.

—¿Con el chico alemán? Parece muy agradable. Seguro que no se acuerda de la guerra.

Tilda empezó a contarle exactamente lo que había ocurrido en *Doctor Kildare* lo mejor que pudo. No dijo nada de Harry, pues por el momento se había olvidado de él por completo.

Richard volvió ese día del trabajo más tarde de lo que esperaba. Decepcionado al no ver luces en el *Grace* —no se le ocurrió pensar que Nenna no estaría allí esa noche—, estaba dando la vuelta para llegar hasta el *Lord Jim* por el dique cuando vio a un extraño en el *Maurice*. Entonces cambió de dirección y recorrió el muelle.

—Soy un amigo del propietario —dijo—. Buenas tardes.

No hubo respuesta, y Richard advirtió que la plancha del portalón estaba bajada entre el *Maurice* y el *Grace*. Algo raro pasaba, y Richard saltó a cubierta sin vacilar.

Harry no levantó la vista, sino que continuó soltando el cable hasta que rodeó la esquina de la camareta y vio a Richard, sin molestarse en volver la cabeza. Soltó los alicates que tenía en la mano y cogió una llave inglesa.

—¿Qué está haciendo en este barco? —preguntó Richard.

—¿Acaso es usted Dios? —respondió Harry.

La luz declinaba hasta el punto de que las almenas de la torre de Hovis apenas se distinguían del cielo gris rosado. Cuando Richard se acercó unos pasos más —jamás se marcharía hasta resolver el asunto satisfactoriamente—. Harry, un poco sorprendido, como si no pudiera creer que las cosas fuesen tan sencillas, levantó la llave inglesa y le golpeó en el lado izquierdo de la cabeza, justo debajo del oído. Richard cayó sin hacer ruido. Se encogió de lado contra la maquinilla e intentó

levantarse de inmediato. Más le habría valido no hacerlo, porque se había roto una costilla al caer contra la manivela de la maquinilla, y, con los esfuerzos por ponerse en pie, la astilla del hueso roto le perforó ligeramente el pulmón. Harry lo vio caer de nuevo mientras de su boca brotaba sangre en abundancia. Limpió la llave inglesa con un trapo y la guardó con las demás herramientas. Tal vez le pareció que eso había sido más fácil que montar el tendido eléctrico. Se perdió en el muelle con su bolsa de herramientas en dirección a Partisan Street y el King's Road.

—Ése es el bar de Maurice —se dijo Martha—; seguramente estará allí. —Y a medida que se acercaban añadió—: ¡Ojalá estuviera todavía la farola veneciana; era muy bonita de noche! —Aunque en realidad no era necesario decir nada.

El lecho del río estaba oscuro como un pozo, pero las farolas de la calle iluminaban pálidamente la cubierta del *Maurice*. El cuerpo de un hombre yacía sobre la maquinilla, con un brazo colgando a un lado.

—No mires, Martha.

No era extraño que, al atardecer, apareciesen cuerpos tendidos en lugares extraños, tanto en Partisan Street como en el muelle. Además, los clientes de Maurice eran imprevisibles. Pero ninguno de ellos estaba tan quieto como aquél.

—Puede que sea Harry —dijo Martha—. Si es él, y si está muerto, Maurice se sentirá muy aliviado.

Se acercaron un poco más y vieron sangre en la cubierta, negruzca a causa de la escasa luz.

—Es *Lord Jim* —susurró Martha.

La visión de un lord abatido por los delincuentes encajaba exactamente con la idea que Heinrich tenía del bullicio de Londres.

—Es el señor Blake —dijo Martha.

—¿Qué hacemos?

Martha sabía que, con un poco de suerte, la lancha de la policía estaría en el *Bluebird*.

—Van allí por la noche para recoger a las enfermeras y llevarlas al hospital.

—En Viena eso no estaría permitido.

—Y aquí tampoco.

Echaron a correr por el muelle. La música, que suscitaba las quejas de los vecinos de la orilla, sonaba a todo volumen en el alegre *Bluebird*, en pleno centro del muelle. Se podría oír a más de un kilómetro de distancia. La lancha de la patrulla fluvial, rápida como un silbido, esperaba junto a un costado del barco.

Así fue cómo Richard ingresó aún con vida en el servicio de urgencias del hospital de Waterloo. Una de las jóvenes enfermeras en prácticas del *Bluebird* estaba de guardia, y le puso una inyección para ayudarle a dormir.

—¿Es la señorita Jackson? —preguntó Richard en voz apenas audible. Le habían

enseñado a reconocer a todas las personas que habían trabajado con él, o que le habían ayudado en cualquier sentido. La señorita Jackson había ayudado a trasladar a Willis. Pero el cortés intento de Richard por incorporarse y hacer una especie de reverencia no hizo sino hundir aún más el hueso en el pulmón.

Le curaron la herida, y pasó la noche dormitando.

La larga y pálida mañana hospitalaria transcurrió ininterrumpidamente entre cuidados y curas, y todo el personal auxiliar que gravitaba alrededor de la cama era recibido por el agradable señor Blake, que sufría terribles dolores, con grave cortesía. Las enfermeras le animaban a recordar que mejoraba por momentos, y la enfermera jefe le aconsejó que no hiciera esfuerzos y no intentase coger nada con la boca.

—Me temo que estoy ocasionando muchas molestias —intentó decir Richard.

—Es mejor que no hable —le respondieron.

Cuando lo dejaron a solas, su cabeza se despejó, y Richard empezó a pensar. Recordaba que se había caído, que el suelo de la cubierta se había levantado hasta golpearle, lo cual le hizo revivir —aunque en realidad no había sido así—justo el momento anterior en que el torpedo alcanzaba el *Lanark*. También recordaba el aspecto de la llave inglesa, y le parecía normal que al haber sido golpeado con una herramienta, su cuerpo se encogiese y se tensase alternativamente. Seguro que se trataba de una asociación de ideas, y se recuperaría mucho antes si tuviese la certeza de que todo tenía sentido.

Luego de repasar lo mejor que pudo su trabajo en la oficina y hacer un valeroso aunque inútil esfuerzo por recordar si había dejado sin responder alguna carta urgente, sus pensamientos volvieron a Nenna. El día anterior, o el anterior al anterior, o cuando fuese, él había sido el primero en subir a bordo del *Lord Jim* por la escala, pero Nenna fue la primera en entrar en el camarote. Al pensar en esto se sintió más contento, y al instante lo invadió una sensación de paz. Había sido una coincidencia que Nenna llevase un jersey azul oscuro idéntico al de Laura, con un cuello muy estrecho que exigía una lucha a ciegas para pasárselo por la cabeza. Richard no sintió insatisfacción alguna al recordar el incidente, y mucho menos remordimientos. Ciertamente podía pensar que no sólo había hecho lo mejor, sino lo único posible.

Al final de la mañana un joven médico pasó a ver a Richard y le ordenó que no hablase bajo ningún concepto, aunque su visita fue simple rutina.

—Limítese a responder con un gesto —le dijo en tono tranquilizador—, pronto le daremos el alta y se encontrará en plena forma. —Menos sensible que las enfermeras, era evidente que había tomado a Richard por un mecánico pendenciero.

—¿Ha sangrado por los oídos?

El joven médico consultó una lista, y Richard, ansioso por ayudar a un principiante, intentó indicar que sangraría por los oídos si eso podía ser beneficioso. Con respecto a la localización exacta del dolor, resultaba difícil explicar que éste había aumentado, y que en lugar de tener dolor Richard se sentía ahora sumido en él. El doctor le dijo que le darían algo para aliviárselo.

—Y reposo absoluto, nada de policías por el momento. Ha venido un oficial para tomarle declaración, pero tendrá que esperar un par de días. Sin embargo —añadió inesperadamente—, seremos flexibles con las normas y le permitiremos que vea a sus hijas.

Desde la tierra de nadie situada en la entrada de la sala, donde el linóleo marrón se convertía en azul, llegaba la voz de Tilda preguntando si les permitían, a su hermana y a ella, llevarle al señor Blake una botella de Suncrush.

—¿Es tu papá, bonita?

—Sí, pero hace muchos años que no lo vemos; tantos que ya no nos acordamos de él.

—Bueno, si el doctor Sawyer lo autoriza...

Tilda entró sin pensarlo dos veces, mientras Martha vacilaba y se rezagaba un poco, y quitó algunas plantas del abarrotado alféizar de la ventana para poner allí el Suncrush.

—¿Te acuerdas de nosotras, papaíto?

La enfermera seguía diciendo que los niños no podían visitar a los pacientes si no iban acompañados de un adulto. Mas, por fortuna, llegó otra visita. Era Willis, quien de inmediato se hizo cargo de las niñas. La desgracia de Richard le había devuelto a la realidad. La gratitud, que para la mayoría de la gente es una carga, era bien aceptada por un hombre sencillo como Willis.

—Es una pena verte en este estado, Capitán. No hace mucho que el que estaba aquí era yo, pero en la vida habría imaginado...

Willis no sabía qué llevarle a Richard, y finalmente se decidió por un paquete de Whiffs. Cuando él estuvo en el Waterloo les permitían fumar durante una hora al día.

—Aunque veo que aquí es diferente —dijo, como si también eso fuera un indicio de la superioridad del Capitán. Richard no fumaba, pero Willis jamás se había fijado en ese detalle.

—Creo que quiere escribir algo —le dijo la enfermera a Martha. Tilda, sin ningún reparo, se había metido en la cocina y ayudaba a los celadores a quitar las tapas de las bandejas de la cena. Richard miró a Martha y vio los desconcertados ojos de Nenna, aunque los suyos eran mucho más oscuros. Garabateó con dificultad en un trozo de papel: *¿CÓMO ESTÁ TU MADRE?*

Martha le respondió con otra frase escrita; no se le ocurrió decirlo en voz alta, aunque Richard podía oírla perfectamente: *OCUPADA, ESTÁ HACIENDO LAS MALETAS.*

¿PARA QUÉ?

NOS VAMOS A CANADÁ.

¿CUÁNDO?

Pero Martha no supo responder a esta pregunta.

Habían avisado a Laura, que llegó a Londres al día siguiente, por la tarde. Se

ocupó eficazmente de hablar con la oficina de Richard, con la policía, con el hospital. Sólo habló con la enfermera jefe y el especialista del pulmón.

—No sirve de nada hablar con el personal de planta. Están desbordados de trabajo los pobres, y no distinguen a un paciente de otro.

La encargada de planta se la había llevado aparte para preguntarle si no le parecía buena idea permitir que su marido viese a sus hijas más a menudo en el futuro.

Richard seguía sin poder hablar —la recuperación no estaba resultando tan rápida como había esperado—, y poco pudo replicar cuando Laura le dijo que eso era exactamente lo que ella deseaba, y que pensaba deshacerse del *Lord Jim* de inmediato. Su familia había empezado a buscar una casa adecuada en el campo, no demasiado lejos de Londres, en buenas condiciones y recientemente amueblada, para que Richard pudiera trasladarse allí directamente en cuanto le dieran el alta en el hospital.

Nenna pensó que podría haberle respondido mejor a Louise si al menos Edward se hubiese tomado la molestia de devolverle su bolso. No era sólo el dinero lo que había perdido, sino su tarjeta de la biblioteca, su cartilla para el subsidio familiar, el recibo de la relojería, sin el cual no podría recuperar su reloj de pulsera, fotografías arrugadas, entre las que había algunas del propio Edward, su agenda, casi su identidad completa, en suma.

De todos modos, pensaba que si se marchaba a Canadá tampoco importaba demasiado. En cierto sentido, Halifax no estaba mucho más lejos que el número 42 b de Milvain Street, en Stoke Newington. Las distancias son las mismas para quienes no se ven.

Halifax estaba igualmente lejos de la frontera de Essex/Norfolk, adonde Laura se había llevado a Richard. El cartel de *SE VENDE* colgado en la chimenea del *Lord Jim* entristecía tanto a Nenna que siempre que podía daba un rodeo para llegar al *Grace*. Si Nenna le hubiese hablado a Richard de Harry, y del sospechoso cargamento que se almacenaba en el *Maurice*, Richard no habría acabado tirado en un charco de sangre esperando a que su propia hija le salvase la vida. Pero, curiosamente, los remordimientos que sentía no por lo que hubiera hecho, sino por lo que no había llegado a hacer, pusieron fin a esa vieja y agotadora fantasía de la acusación y el juicio. Ya no tenía la necesidad de defenderse ni de dar explicaciones ante nadie. Edward ya no sentía el menor interés por ella. Caso cerrado.

Como Louise no parecía tener mucho interés en ver el barco, Nenna se vio obligada a llevar a las niñas a almorzar en el lujoso Carteret. La tarea de vestirlas de un modo mínimamente decente produjo a Nenna una gran ansiedad. En la planta número 12 del hotel, desde donde se veía el río, a lo lejos, las niñas se mostraron encantadas con su próspera tía. Más alta, más fuerte, no tan rubia como su madre, pero mucho más decidida, daba muestras de no haber perdido en absoluto la capacidad de sorprenderse ante la vida.

—¡Martha! ¡Tilda! ¡Hace mucho tiempo que no os veo, pero no habéis cambiado nada! ¿Qué os parece la idea de venir con nosotros a Canadá?

—Eso depende de muchas cosas, Louise. Para empezar tenemos que vender el *Grace*.

—¿Qué pasa si toco esa campana? —preguntó Tilda.

—Pues que vendría uno de los camareros de la planta a preguntar si queremos té o galletas, o algo así. Tócala si quieres, cariño.

Tilda tocó la campana. Su llamada fue atendida de inmediato, y llegó el pedido.

—¿Te parece bien, cariño?

—Sí, esto es lo que más nos gusta a Martha y a mí. ¿Hay barcos en Canadá?

—No tenemos escasez de barcos, ni de agua.

Tilda estaba favorablemente predispuesta hacia el Nuevo Mundo.

—Aunque no me parece bien dejar a Maurice solo —dijo chupándose los dedos uno tras otro—. Ahora que no estará mamá para hablar con él y que no habrá ningún señor Blake para organizar una colecta si Maurice tiene problemas, creo que se sentiría completamente hundido. Además la policía no deja de pasar por allí para interrogarlo.

—¿Quién es Maurice, cariño? —preguntó su tía con cierta brusquedad.

—Maurice está en el *Maurice*, igual que los Blake estaban en el *Lord Jim*.

—Ah, sí, Richard Blake. Me ha llamado por teléfono.

—¿Que te ha llamado? —exclamó Nenna.

—Claro, ¿no te acuerdas de que yo llamé a su teléfono para hablar contigo desde Frankfurt? Cuando hablamos le dije que al llegar a Inglaterra nos alojaríamos en este hotel. Nos gusta mucho, aunque Joel insiste en que el servicio era mucho mejor antes de la guerra.

—Pero ¿qué te dijo?

La pregunta de Nenna provocó cierta confusión en Louise, que ésta logró superar poco a poco. ¿Qué había dicho el tal Richard Blake? Bueno, Louise tenía la impresión de que Richard pensaba asistir a una serie de conferencias de seguros al otro lado del Atlántico en la próxima primavera, y que primero iría a Montreal, o a Nueva York, no recordaba el orden exacto, dijo Louise, no le parecía que el asunto tuviera demasiada importancia.

—Pues yo no sé si la tiene o no la tiene —dijo Nenna—. Richard iba a enseñarme cómo se dobla un mapa.

—Joel también te puede enseñar, cariño.

—No podremos llevarnos a Stripey —dijo Tilda, sumida en sus propios pensamientos—. No querrá marcharse del *Grace*. La señora Woodie le ha comprado una cesta muy bonita, de esas que hacen los ciegos, pero Stripey no querrá meterse ahí dentro.

—¿La señora Woodie?

—Una señora muy amable, un poco mayor.

—Le vendrá muy bien volver al colegio con niñas de su edad —le comentó Louise a Nenna en voz baja.

El señor Swanson entró en la habitación, saludó a todo el mundo y pidió un *whisky* de centeno.

—Hoy me ha llamado von Furstenfeld. Su hijo ha llegado sano y salvo a Viena, y están encantados con la hospitalidad que tú y tu familia le habéis brindado, Nenna. Estoy en deuda contigo por esto.

Martha sonrió, sin perder la serenidad.

Joel Swanson no entendía, ni llegaría a entender jamás, lo que estaba pasando exactamente, pero la actividad que parecía oír a su alrededor sólo entrecortadamente

era justo lo que había esperado de la familia de su mujer. Sonrió a Nenna y a las niñas con muy buena voluntad.

Pinkie, encargado de la venta del *Lord Jim* y del *Grace*, dudaba de las posibilidades de vender ninguno de los dos barcos, aunque ambos se hallasen en extremos opuestos de la escala de precios. Pero el mercado no andaba bien desde que el decepcionado agente de bolsa no vaciló en pregonar a los cuatro vientos lo afortunado que había sido al no llegar a instalarse en el *Dreadnought*, que se había ido a pique como una piedra en un estanque. También era un inconveniente, desde el punto de vista de la venta, que Richard se encontrase a bordo de uno de los barcos cuando recibió el golpe en la cabeza. Por fortuna Richard no había ido pregonando la noticia. El pobre Richard, que había sido torpedeado en tres ocasiones, fue abatido finalmente con una llave inglesa. Pinkie consultó con el socio principal.

—No todo el mundo compra. Pero si alguien busca un sitio original para la noche...

Lo cierto es que el *Grace* no daría demasiado trabajo. Los barcos, diseñados para ser gobernados por un hombre y un niño, podrían estar a punto en cuestión de días. El problema era el mástil. Por más que lo intentaba, Woodie no lograba bajarlo.

—Se me ha ocurrido otra idea para el mástil —decía todas las mañanas ilusionado, pero la gruesa capa de óxido impedía moverlo. La señora Woodie, ansiosa por ayudar en la mudanza, se sintió decepcionada al ver que había tan poco por hacer. Las pertenencias de la familia James eran muy escasas. La señora Woodie se sintió tentada de prestarles algunas cosas, para estar más ocupada clasificando y desechando.

Stripey, ajena a cuanto ocurría a su alrededor, dio a luz. El astuto animal escogió para ello la cálida bodega del *Rochester*, y Willis, que siempre se levantaba muy temprano; encontró a Stripey sobre las ruinas de los almohadones nuevos, con cinco gatitos del color del barro. Martha se los llevó a todos, menos uno, al padre Watson. La parroquia necesitaba un toque de alegría, según había insinuado el sacerdote en más de una ocasión. Pero el padre Watson, que tenía un instinto de conservación muy acusado, trasladó la camada de gatitos fluviales al convento, como premio para la rifa de Navidad. Muy aliviado, discutió con las monjas la emigración de la familia James; tanto mejor así, visto que no había posibilidad de reconciliación.

La noche antes de que Nenna y sus hijas abandonaran Inglaterra, se desató una tormenta en el muelle. Había llovido mucho, el nivel del Támesis había subido, y el viento del noroeste había embalsado el agua en la desembocadura del río, a la espera de que una marea fuerte se encargase de arrastrarla. Antes de que anoheciera, la fuerza del viento arreció considerablemente.

Las tormentas siempre resultan extrañas en las grandes ciudades, donde hay tantas cosas inamovibles. El revoloteo de hojas y papeles frente a los altos y rígidos

edificios cobraba una cualidad siniestra, como si intentaran escapar justo a tiempo. Pero empezaron a volar también objetos más grandes: cajas de cartón, ramas y azulejos. Las bicicletas apoyadas en las fachadas cayeron al suelo. Se oía ruido de cristales rotos, que se sumaba luego a los misiles que el viento lanzaba sobre el erosionado pavimento. El muelle, impecablemente barrido, estaba desierto. La gente que salía del metro se inclinaba de un modo extraño para contrarrestar el empuje del vendaval y se perdía corriendo por las calles interiores.

Las gaviotas se esforzaban por mantener el vuelo sobre el río, con la esperanza de que la turbulencia les ofreciese algún hallazgo, pero luego, derrotadas y maltrechas, gritaban y corrían en busca de refugio. Las ratas del muelle se comportaban de un modo extraño; se arrastraban hasta el extremo de los tablones e intentaban alcanzar los barcos desde tierra firme.

Nadie en el río podía pensar que aquélla sería una noche normal. Los patrones de los remolcadores, que hasta ese momento parecían ignorar la presencia de los barcos amarrados, llamaban a voces o daban la señal de alerta: cinco rápidos fogonazos seguidos. Antes de que bajase la marea, la lancha de la policía recorrió el río, deteniéndose en cada uno de los barcos para advertirles del peligro.

—¿Disculpe, señor, ha comprobado el ancla recientemente?

Las anclas de los barcos resultaban casi irreconocibles; parecían más bien crustáceos, ejemplares de alguna especie gigantesca y descartada por la naturaleza mucho tiempo atrás, pero que aún se aferraba a su viejo hábitat, hundidas en los profundos pozos que habían perforado en el lecho del río. Pero por debajo del fango estaban medio podridas. El ancla del *Dreadnought* se había desprendido sin dificultad cuando la patrulla de rescate vino a llevarse el barco. El lodo, por más que se agarraba tenazmente, podía ceder en cualquier momento si cambiaban las condiciones.

—¿Y qué longitud tiene la cadena? ¿Las quince brazas reglamentarias? ¿Está todo en buen estado?

Éstas, como tantas de las preguntas que la policía se veía en la obligación de hacer, eran puro formalismo, pues era evidente que los propietarios de los barcos no podían responderlas. La única esperanza era que las amarras estuviesen en mejores condiciones que las anclas. De hecho, la visita era una cortés excusa para dejar el número de teléfono de la división del Támesis más próxima.

—Waterloo Pier. WAT 5411. Para cualquier emergencia. ¿Seguro que tiene el número de teléfono?

—Para llamar por teléfono tenemos que ir a tierra —dijo Woodie con recelo cuando le llegó el turno. Estaba pensando en llevarse la dotación del *Rochester* directamente en coche a Purley, se pusiera como se pusiera Willis.

—¿Qué opina usted de la tormenta, oficial?

El sargento lo entendió como un inglés entiende a otro inglés. El viento había arrancado la lona de algunos barcos amarrados, y enormes fragmentos de hule

volaban caprichosamente, enroscándose en palos y regaldas.

Las gabarras del Támesis, construidas de una madera viva que cedía y saltaba al embate del viento, se sentían tan a sus anchas como los demás objetos del río. A sus crujidos y gruñidos se añadía un sonido nuevo, semejante a una música. Al subir la marea, el viento desgarró las nubes en el cielo y produjo un fuerte oleaje, y los barcos comenzaron a balancearse como en otro tiempo se balancearan sobre el mar.

Nenna y Martha le habían prohibido terminantemente a Tilda que saliera a cubierta. Desterrada a su camarote, se tumbó en la litera llena de alegría, compartiendo con el viejo barco el insensato deseo de navegar a merced de la corriente. Cada vez que el *Grace* ascendía con el oleaje, Tilda notaba que la cadena del ancla se tensaba hasta el límite.

—Nos vamos todos a tierra —avisó Nenna—. *Rochester* ya se ha marchado. Nos llevaremos solamente una bolsa y volveremos a por lo demás cuando el viento haya amainado.

Tilda se puso el anorak. Pensó que eran todos unos cobardes.

Nadie supo que Maurice seguía en el barco, pues no se veían luces a bordo. Aunque no era en modo alguno un bebedor habitual, esa noche se sentó en la oscuridad con una botella de *whisky*, dispuesto a cometer un exceso.

No era la incertidumbre sobre cómo se ganaría la vida lo que le preocupaba, ni las visitas de la policía, aunque en dos ocasiones fue invitado a acompañar a los agentes a comisaría. Hasta el momento no habían solicitado una orden de registro para entrar en el barco, y a Maurice tampoco le importaba que la consiguieran. Y menos que a todo temía a la tormenta. El peligro y el ridículo le resultaban imprescindibles para no dejarse llevar por el sentimentalismo. Y en ese momento sentía su amenaza, pues lo que Maurice no soportaba era la visión del muelle vacío. Primero el *Dreadnought*, luego el *Lord Jim* y ahora el *Grace*. Maurice conocía casi a demasiada gente por asuntos de negocios, pero cuando se imaginó que tendría que vivir sin amigos, se sentó con la botella de *whisky* en la oscuridad.

Al oír pasos arriba, en la cubierta, encendió la luz. Como tardara en encontrar el interruptor, se preguntó si tal vez no debería dejar de beber. Claro que eso dependía de quién llegara; no reconocía aquellos pasos. Alguien andaba dando traspiés; era evidente que no conocía el barco, probablemente no sabía nada de barcos, no encontraba la escotilla. Maurice, siempre hospitalario, acudió a abrirla. Sus propios pasos le parecieron enormes cuando subió las escaleras flotando; a decir verdad, nadar no debería de ser tan difícil, teniendo en cuenta que se había vuelto ingrátido. Maurice alcanzó la escotilla justo en el mismo momento que el extraño, tropezó con ella, y ambos cayeron el uno en los brazos del otro. Era un hombre delgado y joven, no muy alto, y para alivio de Maurice, estaba tan borracho como él.

—Me llamo James.

—Pase.

—Esto es un barco, ¿verdad?

—Sí.

—¿Es el *Grace*?

—No.

—¡Qué lástima!

—¿Dijo usted que se llamaba James?

—No; Edward.

—Da lo mismo.

Edward se sacó del bolsillo una botella de *whisky* y, curiosamente, dos vasos. Los vasos entristecieron a Maurice. Debía de llevarlos con la esperanza de celebrar algo que finalmente no llegaría a celebrarse.

—Ha elegido una noche muy adecuada para venir —dijo.

Maurice, absorto en sus obligaciones de anfitrión, intentaba conducir a su invitado a salvo, bajo cubierta. Por fortuna tenía mucha experiencia en estos menesteres. Al llenar los vasos su desánimo se esfumó.

Edward, desplomándose sobre el armario, dijo que quería ofrecerle una explicación.

—Los médicos te dicen que no bebas demasiado. Son muy insistentes en este sentido. Y cuentan con la ayuda de equipos de fisiólogos e investigadores.

Pronunció estas palabras tropezando, con la misma dificultad con que había recorrido la cubierta.

—Lo que deberían estudiar esos supuestos científicos son los efectos. Mi caso, por ejemplo. Si un *whisky* me pone alegre, cuatro *whiskys* deberían ponerme muy alegre. ¿No le parece?

—Estoy de acuerdo.

—Pues no. Me he tomado cuatro *whiskys* y me encuentro fatal. Estoy hecho un asco. Se lo aseguro. Y ahora, me gustaría dejarle con esta reflexión...

—¿Pronuncia usted muchos discursos a causa de su trabajo? —preguntó Maurice. Edward recuperó la lucidez por un instante.

—No; soy administrativo.

El barco recibió la embestida del oleaje, y Maurice oyó que la percha de la que colgaba su único traje decente, a la espera del trabajo que jamás llegaba, se deslizaba desde un extremo a otro del raíl.

—He venido a traerle a Nenna un regalo —dijo Edward. Del mismo bolsillo del que había sacado los vasos, sacó entonces una cajita azul y dorada.

—Dentro de esta caja hay un frasco de perfume.

—¿De qué marca?

—Se llama L'Heure Bleue.

—¿Le importa que lo apunte? —preguntó Maurice.

—Desde luego que no. Tome mi «biro».

—Así es como se dice bolígrafo en ruso.

—En húngaro.

—En ruso.

—El que lo inventó era húngaro.

—En ese caso se habrá hecho rico. ¿Qué tiene de especial este perfume? Lo ha comprado para Nenna. ¿Es el que usa ella?

—No lo sé. Me temo que no. No tengo demasiado olfato.

—No creo que Nenna use perfume de ningún tipo.

—Entonces, ¿la conoce usted?

Los dos vaciaron sus vasos.

—Me lo sugirió la madre cuyo hombre en la casa vivo.

—¿Cómo?

—¿No me ha entendido? Me temo que estoy perdiendo el control.

—En absoluto.

—Gordon dijo que debería regalarle un perfume.

Un ruido, como la explosión de una cantera, sonó justo encima de sus cabezas. Algo pesado se había desprendido y, tras rebotar dos veces, aterrizó en la cubierta directamente encima de ellos. Las tablas de cubierta emitieron un grito de protesta. Edward pareció no notar nada.

—Le he traído su bolso.

También se lo sacó del bolsillo, y los dos se quedaron mirándolo como si con ello pudieran transformarlo en otra cosa.

—¿Crees que me aceptará?

—No lo sé —dijo Maurice dubitativamente—, Nenna quiere a todo el mundo. Igual que yo.

—Entonces, ¿conoce usted a Nenna?

—Sí.

—Debe de conocerla muy bien, si vive en el mismo barco.

—En el de al lado.

—Supongo que a veces vendrá a pedirle azúcar. O quizá cerillas.

—Los dos nos pedimos cosas.

—No es fácil entender a Nenna. Para entender a esa mujer hace falta mucho tiempo.

Quedaba aproximadamente un cuarto de botella, y Edward lo sirvió en los dos vasos. Esta vez el movimiento del barco lo ayudó, y Maurice acunó el *whisky* formando dos montículos, uno para cada vaso.

—¿Usted entiende a las mujeres?

—Sí —dijo Maurice.

Con gran esfuerzo, atrapando su concentración como si la tuviese entre las manos, añadió:

—Tiene que entregarle estas cosas. Déselas, eso es; déselas. Tiene que ir al *Grace*.

—¿Y cómo voy?

—No es difícil. Es difícil cuando pesas. Por suerte esta noche no pesamos nada.

—¿Cómo voy?

Salir de la carroza resultó más difícil que nunca, mucho peor que la última vez. El barco entero se hundía, pero esta vez no lo hacía al compás del balanceo de Maurice y Edward. Lograron subir tres escalones. La escotilla se abrió de golpe y el marco, inclinándose de un lado a otro, les permitió ver el enfurecido cielo. Había una rata sentada sobre la carroza. Un destello de luz iluminó sus dientes retorcidos. Edward se inclinó hacia adelante con gran esfuerzo.

—Ya te atraparé, bestia.

—¡Es una criatura de Dios! —exclamó Maurice.

Edward lanzó todo lo que llevaba en las manos: el bolso, el perfume, que alcanzó a la rata en la barriga. Lanzando un fuerte chillido, la rata giró sobre sus patas traseras y desapareció, azotando en su huida el último peldaño con la cola como si fuera una cuerda.

—¿Se ha roto el perfume?

—Me temo que sí, porque lo estoy oliendo.

—He venido para traerle un regalo.

—Lo sé, James.

—¿Qué le ofreceré ahora?

Edward se sentó en la carroza con las manos vacías. Maurice, que aún no se había dado cuenta de quién era aquel joven, se sintió de pronto profundamente consternado por la pérdida.

—Otro regalo.

—¿Qué?

—Cientos. Tengo cientos.

Agarrados el uno al otro, siguieron la línea de la sobrequilla hasta la escotilla de proa.

—¡Cientos!

Grabadoras, guitarras eléctricas, transistores, tenacillas eléctricas para rizar el pelo, tostadores, el tesoro escondido de Harry, la extraña divisa de la década de 1960 apilada en el suelo, sobre las literas, todo ello impecablemente envasado, envuelto en plástico. Maurice cogió un montón de cajas y se las puso encima al tambaleante Edward.

—Le vendrán muy bien para el *Grace*.

—¿Cómo voy hasta allí?

¿Cómo lograron volver a cubierta? Cuando quedaban atrapados por el azote del viento, se agachaban en la oscuridad, buscando desesperadamente un agarre, primero la base de la vieja polea, luego el mástil. Tres tostadores salieron volando como la espuma en medio del vendaval. El viento aún soplaba con fuerza del

noroeste. La plancha del portalón que unía el *Maurice* con el *Grace* había desaparecido. El ruido que habían oído cuando estaban en la carroza fue el que hizo la plancha al desprenderse y aterrizar sobre la cubierta.

—La escala sigue en su sitio.

El *Maurice* tenía una escala de hierro fija a babor.

—¿Ése es el *Grace*? —gritó Edward por encima del viento.

—Sí.

—No veo ninguna luz.

—Claro que no. Está a oscuras.

—No había pensado en eso. No entiendo mucho de barcos.

Edward estaba mucho más aturdido que Maurice y necesitaba toda la ayuda que éste le ofrecía para subirle a pulso hasta lo alto de la escala. Maurice conservaba aún la lucidez suficiente para saber que estaba borracho y que el agua se agitaba entre los dos barcos enfurecida como nunca. Por un momento, la idea de que algo terrible podría ocurrir llamó su atención, pero se desvaneció antes de que pudiera tomar plena conciencia de ella. La intuición estaba relacionada con el hecho de pasar al *Grace*.

—Normalmente no vamos por aquí.

Edward había perdido todo su cargamento de regalos cuando terminó de bajar los veinte travesaños de hierro de la escala. Al llegar al último, el barco se levantó violentamente, alejándose de Edward, de tal modo que la falca, en lo alto de la escala, se perdió de vista, y apareció un nuevo fragmento de cielo.

—¡Mire!

Maurice estaba medio desmayado sobre la borda. Incluso en estas circunstancias, completamente borracho y exhausto, había en torno a él un magnético halo de promesa, de todo cuanto significa la amistad.

—¡Tienes que volver cuando mejore el tiempo!

Se asomó, inclinándose peligrosamente, con el tiempo justo de ver la cara blanca de Edward al pie de la escala. Edward gritó algo que el viento se llevó de inmediato, pero parecía estar diciendo, una vez más, que no estaba acostumbrado a los barcos.

La última sacudida del oleaje había arrancado del fango el ancla de Maurice, y las amarras, incapaces de soportar por sí solas el peso de la barcaza, se soltaron y se alejaron del muelle. Fue así como el *Maurice*, con dos hombres que se aferraban a la preciada vida, se dejó arrastrar por la corriente.



PENELOPE FITZGERALD (Lincoln, Reino Unido, 1916 - Londres, Reino Unido, 2000). De soltera se apellidaba Knox. Era la hija del editor de *Punch*, Edmund Knox, y sobrina del teólogo y novelista Ronald Knox, del criptógrafo Dilly Knox y del estudioso de la Biblia Wilfred Knox. Fue educada en caros colegios de Oxford. Durante la segunda guerra mundial trabajó para la BBC. En 1941 se casó con Desmond Fitzgerald, un soldado irlandés, con el que tuvo tres hijos. Durante algunos años vivió en una casa flotante en el Támesis. Autora tardía, Penelope Fitzgerald publicó su primer libro en 1975, a los cincuenta y ocho años, una biografía del pintor prerrafaelita Edward Burne-Jones. En 1977 publicó su primera novela, *The Golden Child*, una historia cómica de misterio ambientada en el mundo de los museos. A lo largo de los siguientes cinco años publicó cuatro novelas vagamente autobiográficas, que la consagraron como una de las figuras más importantes de la nueva narrativa inglesa, comparable a Iris Murdoch o A. S. Byatt. Con *La librería* (1978) fue finalista del Booker Prize, premio que finalmente consiguió con su siguiente novela, *A la deriva*. Siguió *Human Voices* (1980) y *At Freddie's* (1982). En este punto, Fitzgerald declaró que ya estaba cansada de escribir sobre su propia vida, y se decantó por la novela que desvelaba hechos y acontecimientos del pasado, desde un punto de vista histórico. La primera de ellas sería *Innocence* (1986), desarrollada en la Italia de los años 50 y que narra la historia de amor entre la hija de un aristócrata arruinado y un médico comunista. En 1988 publicó *El comienzo de la primavera*, que tiene lugar en el Moscú de 1913, protagonizada por un pequeño impresor inglés perdido en los albores de la Revolución rusa. Siguió *The Gate of Angels* (1990) y

La flor azul, centrada en la vida del poeta alemán Novalis. Penelope Fitzgerald murió en Londres en abril del año 2000.

Notas

[1] Mujeres miembros de la marina británica. (*N. de la t.*) <<

[2] De «pink gin» [ginebra con bíter]. (*N. de la t.*) <<